



**La resistencia sublime del cuidado: Conflictividades urbanas y subjetividades políticas de mujeres en Villatina (1995 – 2005)**

Angie Estefanía Martínez Alzate

Trabajo de grado presentado para optar al título de Antropóloga

Asesora

Irene Piedrahita Arcila Magíster (MSc) en Ciencia Política

Coasesor

Pablo Bedoya Molina Magíster (MSc) en Historia

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Antropología

Medellín, Antioquia, Colombia

2022

---

Cita

(Martínez Alzate, 2022)

---

Referencia

Martínez Alzate, A. E. (2022). *La resistencia sublime del cuidado: Conflictividades urbanas y subjetividades políticas de mujeres en Villatina (1995 – 2005)* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)

---



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

**Repositorio Institucional:** <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - [www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)

**Rector:** Jhon Jairo Arboleda Céspedes.

**Decano/Director:** Alba Nelly Gómez García.

**Jefe departamento:** Sneider Rojas Mora.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

## **Agradecimientos**

A Isidora y Orfilia, mis abuelas, quienes cautivaron mi corazón por primera vez al contarme sus historias de vida.

A mí mamá, por aprender del abrazo como expresión máxima de apoyo. De ella emana mi determinación y fuerza.

A Yesika, por abonar la tierra del jardín donde continuamos flore-siendo juntas.

A Yenifer por reír y llorar este proceso conmigo.

A las mujeres de Villatina por reconocer el interés en mi mirada al escuchar sus historias de vida, permitirme conocerlas y acompañarlas en el dolor, las risas y los silencios de sus relatos.

A mis amigas y profesoras, que, sin saberlo, me alentaron a seguir en la antropología desde epistemologías más moradas.

A Irene, por revelar la relación asesora – asesorada, como un campo empático y horizontal. Sus consejos, correcciones y sugerencias fueron vitales para no dejar enfriar la escritura y ramificar mis reflexiones.

A mí, a las versiones que siempre desconfiaron, temblaron, pero nunca pararon.

## Tabla de contenido

Resumen .....	8
Abstract .....	9
Introducción .....	10
1 Marco teórico: Conceptos para de-situar: Conflictividades urbanas y subjetividades de las mujeres. ....	15
2 Reflexiones metodológicas: Hilar la cercanía: Una mujer hablando de y con otras mujeres. ....	22
3 Cuerpo del texto .....	29
4 Capítulo I. Conflictividades urbanas en Villatina entre la década de 1995 – 2005: Hacia una lectura des-centralizada .....	30
4.1 Un paso por la historia de Villatina.....	32
4.2 Villatina entre los años 1995 – 2005: “De traquetos a paracos” .....	47
4.3 Reflexiones de cierre.....	55
5 Capítulo II. Ser madre en medio de conflictividades urbanas: Percepciones, sentires y vivencias situadas.....	58
5.1 Primera parte. ¿Importa lo que sienten las mujeres?.....	58
5.1.1 Relatos etnográficos: “Yo he tenido una vida muy horrible” .....	60
5.1.2 “Lo personal es político”: Aquello que vive una mujer, lo he escuchado de muchas mujeres.....	70
5.2 Segunda parte. Un acercamiento feminista en torno a las subjetividades de las mujeres. ....	73
5.2.1 Las “obviedades” hay que nombrarlas: Mujeres cissexuales.....	74
5.2.2 “Eso es cosa de hombres, entre hombres se entienden”: ¿Cuáles son entonces, las cosas de mujeres en medio de las conflictividades urbanas? .....	77
5.2.3 El “destino” de materner: Madres que no parieron, esposas que no tuvieron sexo.....	89
5.2.4 “Sí no fuese por mis hijos yo sería otra”: Dolores, silencios y decisiones del ser madre en medio de las conflictividades urbanas.....	92
5.3 A manera de cierre .....	102

6 Capítulo III. Sobrevivencias y resistencias de las madres en medio de las conflictividades urbanas: “Hice lo que pude con lo que tenía”, un punto de fisura en el cautiverio. ....	104
6.1 ¿Qué parte de nuestra historia tiene rostro de mujer? .....	104
6.2 Leer Villatina como un grupo doméstico: Alcances y des – limitaciones de la maternidad. ....	106
6.3 “Las mujeres como las aguas, cuando se juntan crecen”: Resistir con otras ante el hambre y la muerte. ....	110
6.4 “Somos amigas de tierra, de matas, de materos”: Cultivar vínculos para sobrevivir al control, miedo y soledad. ....	115
6. 5 (H)ilaciones de cierre: ¿Por qué hablar de una reconfiguración de las subjetividades políticas de las mujeres?.....	119
7 Consideraciones finales.....	122
Referencias .....	126

## Lista de figuras

- Figura 1** Mujer enseñando su tejido en uno de los talleres colectivos. ....24
- Figura 2** Mapa de la comuna ocho donde se aprecia la distribución espacial de todos los barrios que la conforman, entre ellos Villatina. ....33

## **Siglas, acrónimos y abreviaturas**

<b>AUC</b>	Autodefensas Unidas de Colombia
<b>BCN</b>	Bloque Cacique Nutibara
<b>DDR</b>	Desarme Desmovilización y Reinserción
<b>FARC – EP</b>	Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo
<b>INDER</b>	Instituto de Deportes y Recreación
<b>JAC</b>	Junta de Acción Comunal
<b>UVA</b>	Unidades de Vida Articulada

---

## Resumen

Las reflexiones que se presentan en este trabajo de grado surgieron a raíz de un acercamiento investigativo en torno a la relación entre las conflictividades urbanas y las subjetividades de mujeres que habitaron el barrio Villatina de la ciudad de Medellín, entre los años 1995 – 2005. Inicialmente, el texto propone una reconstrucción contextual de las conflictividades urbanas en el barrio, integrando los recuerdos de las mujeres con quienes construí cercanía en campo. Posteriormente se abordan las percepciones, sentires y vivencias de las mujeres a través de la construcción de relatos etnográficos, generando un diálogo teórico y reflexivo en torno a dos dimensiones subjetivas que posiciono como políticas: la identidad sexo – genérica y la maternidad. Finalmente, se desarrolla una reflexión emergente sobre la reconfiguración de las subjetividades políticas, integrando prácticas de resistencia y sobrevivencia que las mujeres madres agenciaron en Villatina para afrontar algunas conflictividades urbanas. Esta construcción académica aboga por posicionar las experiencias y emociones de las mujeres como relevantes en el análisis social de las conflictividades, partiendo de una posición crítica respecto a la lectura del conflicto urbano y una recuperación sensible de las implicaciones políticas que se trazan en el relacionamiento social, desde escenarios personales y cotidianos.

*Palabras clave:* conflictividades urbanas, subjetividades políticas de las mujeres, Villatina, madres, cotidianidad



### **Abstract**

The reflections presented in this thesis arose from an investigative approach to the relationship between urban conflicts and the subjectivities of women who lived in Villatina's neighborhood (Medellin) between 1995 and 2005. Initially, the text proposes a contextual reconstruction of the urban conflicts in the neighborhood, integrating memories of women with whom I built proximity during fieldwork. Subsequently, women's perceptions, feelings and experiences are approached through the construction of ethnographic narratives, generating a theoretical and reflexive dialogue around two subjective dimensions that I position as political: gender identity and motherhood. Finally, I develop an emerging reflection on the reconfiguration of political subjectivities, integrating practices of resistance and survival that women mothers did in Villatina to face some urban conflicts. This academic construction seeks to position women's experiences and emotions as relevant in the social analysis of conflicts, starting from a critical position regarding the reading of the urban conflict and a sensitive recovery of the political implications that are traced in social relationships, from personal and daily scenarios.

*Keywords:* urban conflicts, women's political subjectivities, Villatina, mothers, everyday life

## Introducción

La oleada generacional en la que habité la universidad estuvo permeada por uno de los acontecimientos más grandes en la historia de Colombia: El acuerdo de paz firmado entre el gobierno colombiano y las FARC – EP en el 2016. Como sociedad, habitábamos un momento desconocido pero alentador, como estudiantes en formación, se erigieron ante algunos ojos, una amplia gama de intereses académicos, donde rondaban preguntas sobre un fenómeno tan repetitivo y repasado como tristemente común: el conflicto armado de nuestro país.

Esquinas e inclinaciones para afinar la perspectiva con la que se decide acercarse a este fenómeno conforman un diverso entramado investigativo, que hasta el momento parece inagotable. Y no es para menos, pues, ¿quién en la sociedad colombiana puede afirmarse distante de la guerra? ¿acaso ésta sólo ha sido conformada por quienes tomaron las armas? ¿por quienes sufrieron el horror de la crueldad, el derramamiento de sangre, el exilio? Si el conflicto sólo ha involucrado a quienes disparan y a quienes pierden la vida y/o padecen violencias, entonces, ¿por qué seguimos sin poder siquiera detener la supuración de esta herida?

Quienes vieron, callaron, gritaron, amaron, se incomodaron, criaron, quienes aparentemente estuvieron en otros lugares más *periféricos* a la violencia, también hacen parte de esta historia, ocupan lugares que no se agotan en lo testimonial, y que, de identificarse, podrían aportar cada vez más, otras perspectivas de lo acontecido. Nombrar, conocer y contar estos lugares es importante en la apuesta de construir una sociedad que no desayune sangre y plomo, una sociedad que se reconozca partícipe de la guerra y, por ende, se sienta responsable de gestar caminos diferentes para las generaciones venideras.

Estos lugares se concretaban a mis ojos en la cotidianidad, a través de acciones tan orgánicas en el relacionamiento social, que tejían pulso a pulso articulaciones con los macros – sucesos que caracterizan las violencias. Quería apostarle entonces, a adentrar mi observación etnográfica en lo aparentemente común, en los escenarios que no se suelen vincular con los horrores de la guerra: la intimidad, y con los seres que suelen habitar y sostener este espectro de la vida social: las mujeres.

De esta forma, encontré las raíces de mi inquietud académica: ¿Cómo se han leído las vivencias de las mujeres en situaciones de guerra o conflicto armado? ¿acaso sólo existen cuando son nombradas como víctimas, lideresas o cuando deciden tomar las armas? ¿Son tan tajantes estos lugares, o logran coexistir entre sí y con otros? Y si es así, ¿cómo lo han hecho?

Leer sus vivencias más que como consecuencias del conflicto, se posicionó –en la construcción de este trabajo de grado-, como una apuesta epistémica que aboga por reconocer a las mujeres como sujetas particulares y diferenciadas, lo cual implica una lectura feminista sobre la vinculación entre el sistema sexo – género y la guerra.

Para Goldstein (2002), analizar el género en el escenario de la guerra es clave para leer el conflicto y comprender sus dinámicas, puesto que la relación estrecha que existe entre la guerra y el género se basa en la proyección de identidades genéricas que prepara tanto a los hombres como a las mujeres para la guerra. El género inscribe posiciones de poder y sometimiento que se agudizan en las dinámicas de la confrontación armada, por lo tanto, es importante no perder de vista que:

El punto de partida de un análisis de género sobre la guerra es que entre ambos –género y guerra– existe una relación de retroalimentación. Si bien la guerra se “alimenta” de las concepciones dominantes sobre la masculinidad y la feminidad y de los mitos construidos a partir de concepciones esencialistas sobre hombres y mujeres, ella a la vez juega un papel determinante en las construcciones de género (Blair, 2003, citado por Salazar, 2010, p. 50).

Partiendo de esta reflexión, quise plantear un acercamiento investigativo en torno a la construcción de subjetividades de las mujeres en contextos conflictivos, quería entender y aterrizar la relación anteriormente expuesta al contexto de Medellín. No obstante, para agudizar dicho análisis era imprescindible cuestionar la comprensión del conflicto mismo, reconociendo que no existe una lectura homogénea de éste, sino la confluencia de múltiples lecturas situadas. En Colombia, gran parte de las diferencias vivenciales del conflicto armado se dan entre el campo y la ciudad, donde las experiencias son bastante diferentes y trascienden la lectura de que el conflicto en las ciudades es tan sólo un “traslado” del que se vive en las ruralidades.

Para el caso de Medellín, esta diferenciación se debe a que cuando grupos armados como guerrillas y paramilitares llegaron a pujarse el control territorial, la ciudad ya venía enfrentando fenómenos como el narcotráfico, sicariato, desplazamiento, empobrecimiento etc., por lo que, las comunas –según cada contexto- tenían conflictividades barriales preexistentes, las cuales no desaparecieron tras la llegada de estos grupos, por el contrario persistieron y se articularon, generando múltiples dinámicas violentas que azotaron con crudeza los barrios (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017).

En 1995 empezó a incrementar de manera exacerbada la violencia en Medellín. Esta época, caracterizada por la disputa territorial entre paramilitares, milicianos, bandas delincuenciales, guerrilleros y fuerzas militares, se ha catalogado como uno de los momentos más violentos que ha acontecido en la ciudad, prolongándose hasta el 2005 (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017). Por tal motivo, estos años constituyeron el período de interés para mi acercamiento investigativo.

Una de las comunas más afectadas por esta confluencia de actores fue la comuna ocho, ubicada al oriente de Medellín. Esta fue concebida por diferentes grupos armados como un lugar geoestratégico, puesto que era un punto de acceso fácil debido al control que tenían estos grupos en las zonas más rurales con las que lindaba la comuna.

La desmovilización de algunos grupos milicianos a mediados de los noventa, permitió a las fuerzas de milicia directamente relacionadas con las FARC y el ELN consolidar su presencia inicialmente en los barrios pobres de Medellín, específicamente en las zonas ubicadas en la periferia urbana, cerca de los asentamientos de desplazados o barrios de extrema pobreza, como los correspondientes a las comunas 8, 9 y 13. De esta manera, la insurgencia empieza un proceso de consolidación creciente de su presencia en la ciudad (...) La disputa aquí estuvo centrada, entre otros objetivos, por la valoración de la zona como un territorio estratégico, ya que es la entrada al corregimiento de Santa Elena y punto de ingreso al aeropuerto José María Córdoba y al Oriente antioqueño (Nieto, 2009, p. 43).

La llegada de los actores armados se cobijó bajo una intención similar: el control territorial. Su interés de dominio se extendió sobre varios barrios de la comuna ocho, entre ellos Villatina, territorio sobre el cual delimité mi observación etnográfica. Este barrio no sólo ha padecido la inmersión de algunos de estos grupos armados, sino también condiciones de desigualdad que han recaído sobre quienes se fueron asentando y apropiando de aquel territorio (Quiceno et al., 2008).

Gran parte de las personas que llegaron a construir una vida en este barrio asediado por las conflictividades urbanas, fueron mujeres, madres cabezas de hogar, cuidadoras. Mi interés académico residía en conocer cómo sus vidas habían sido trastocadas por las conflictividades urbanas durante la década de 1995 – 2005, ¿Cómo había sido para ellas vivir en este contexto?, ¿sus vivencias recogían un relato común?, ¿por qué?, ¿qué parte de la historia aportaban sus percepciones, sentires y vivencias en torno a las conflictividades?

Mi ejercicio investigativo se movió bajo la firme convicción de que las mujeres sí tienen algo que aportar a la comprensión de cualquier fenómeno de la vida social. Por esta razón, son las sujetas principales de interlocución en este trabajo de grado, porque la decisión epistémica y política fue escuchar sus voces, debido a que éstas han sido históricamente silenciadas y subestimadas.

A través de este recorrido reflexivo preliminar, la pregunta que condensó mis inquietudes, y que –finalmente- consolidó esta propuesta investigativa fue: ¿Cómo incidieron las conflictividades urbanas en la construcción de subjetividades de las mujeres, en el barrio Villatina de la ciudad de Medellín entre 1995 - 2005? Teniendo presente que esa construcción subjetiva pasa por una agencia política que emergió durante las reflexiones del trabajo de grado, la cual desarrollo a lo largo de los capítulos.

Para acercarme a este planteamiento investigativo, fue crucial construir un contexto situado de las conflictividades que ocurrieron en el barrio en aquella época, a través tanto de los recuerdos de las mujeres con quienes trabajé como de fuentes académicas. También acercarme mediante conversaciones personales y colectivas a los relatos de vida de algunas mujeres del barrio, quienes

a través de la confianza y cercanía me permitieron conocer sus percepciones, sentires y vivencias en relación a las conflictividades urbanas.

Y finalmente, lo que posibilitó una aproximación a la comprensión de la relación entre las subjetividades de las mujeres y las conflictividades urbanas, fue identificar en los relatos de vida decisiones personales que tomaron algunas mujeres para resistir y sobrevivir a conflictividades que padecieron. Esta reflexión emergente –desarrollada en el capítulo final- detonó algunas observaciones, en torno a dos dimensiones de las subjetividades de las mujeres que posiciono a lo largo del texto como políticas.

Estos objetivos fueron un paso a paso para preguntarme académicamente por las experiencias de las mujeres en relación a las conflictividades urbanas. Puesto que escuchar a las mujeres, no sólo es una deuda histórica sino también una clave para acercarse a la comprensión de las conflictividades, desde una postura menos totalizante y binaria.

En ese sentido, este texto es un intento por develar la necesidad de una lectura feminista sobre las conflictividades urbanas, que posibilite no sólo integrar experiencias que históricamente han sido subestimadas, sino también, ampliar la mirada para reconocer que las relaciones sociales que articulan y dinamizan las conflictividades, se acentúan también allí, en aquellos escenarios que han padecido invisibilización histórica: lo privado e íntimo. Comprender que la guerra va más allá de las armas, y a las mujeres más que como víctimas, son premisas que atraviesan este texto y que pretenden generar tanto incomodidades como preguntas.

## **1 Marco teórico: Conceptos para de-situar: Conflictividades urbanas y subjetividades de las mujeres.**

Como feminista, le aposté a posicionar la premisa “*lo personal es político*”<sup>1</sup> a mi acercamiento académico sobre las conflictividades, como un punto de partida imprescindible para construir esta propuesta. De entrada, esto implicó cuestionar la tradicional lectura del conflicto armado en Medellín como una guerra urbana, reconociendo que la cotidianidad es la muestra palpable del entrecruzamiento constante de problemáticas, vínculos afectivos y rencillas personales que tienen cabida en los hogares, cuadras y barrios que componen las comunas de Medellín.

Para esta reflexión fue imprescindible el desarrollo teórico del concepto *conflictividades urbanas* elaborado por las investigadoras sociales Elsa Blair, Marisol Grisales y Ana María Muñoz (2009), quienes cuestionaron en el campo investigativo la lectura tradicional del conflicto urbano en Medellín. Esta planteaba el conflicto como una manifestación a pequeña escala de una guerra que se expandía desde las ruralidades hacia los centros urbanos del país.

El acercamiento investigativo a la inmersión de grupos guerrilleros y paramilitares a la ciudad ha generado postulados teóricos que nombran el conflicto urbano como una *urbanización de la guerra o guerra urbana*, lo cual ha dejado de lado que, si bien la incursión de los distintos actores armados en las ciudades sí se desplegó desde una estrategia militar propia de la guerra<sup>2</sup> que se acentuaba en el campo colombiano, también entró en unas dinámicas propias de los barrios de Medellín donde el conflicto cobró otros matices, dinámicas y carácter propio.

Sostenemos que más que una «guerra» urbana, explicable desde el ámbito de lo nacional y bajo una concepción muy estatal e «instrumental/racional» de lo político o del poder, Medellín ha vivido insertada en una multiplicidad de conflictos que se articulan de maneras específicas y que involucran aspectos bastante más subjetivos, presentes en dinámicas

---

<sup>1</sup> Esta expresión la retomo de la feminista Kate Millett (1969), en su libro “*Política sexual*”.

<sup>2</sup> Esta estrategia implicó que a partir de los años noventa las ciudades fueran catalogadas como territorios claves en la estrategia militar y política de las insurgencias y grupos paramilitares.

barriales preexistentes a la «guerra», que justo por eso preferimos llamar «conflictividades urbanas» (Blair et al., 2009, p. 30)

Las conflictividades urbanas hacen referencia a la articulación entre los actores armados y las dinámicas conflictivas preexistentes a su llegada, generando un enfoque de atención en la cotidianidad y el tejido de las relaciones sociales entre todos los actores, incluyendo los no armados. Opacar o restarle importancia a esta articulación es desvincular las conflictividades barriales de la confrontación armada, generando un análisis dicotómico y dividido respecto al carácter delincuencial y/o político de los actores, pensando que la incidencia de éstos en el conflicto, sólo se evidencia en el ámbito público (Blair et al., 2009).

El concepto de conflictividades urbanas posibilita un acercamiento más completo a la problemática, debido a que no deja de lado la presencia de los diferentes actores armados y sus interacciones o confrontaciones entre sí, pero tampoco las particularidades socio – históricas de los barrios periféricos de la ciudad, las cuales visibilizan la incidencia de sus habitantes desde las relaciones sociales que han entablado con los diferentes actores armados, las implicaciones que esto ha tenido en las dinámicas cotidianas y las configuraciones culturales e identitarias que han construido como parte de sus vidas a raíz del contexto mismo.

Integrar esta mirada posibilita también, cuestionar el conflicto armado como un escenario de dos lados: víctimas y victimarios. Por el contrario, según muestran algunos de los testimonios en el informe “*Medellín: memorias de una guerra urbana*” realizado por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), el conflicto en Medellín se ha desarrollado a través de una red de actores que involucra escenarios y disputas, bastante difíciles de delimitar. La cercanía y la cotidianidad entre estos actores armados y los habitantes de barrios y comunas, propone una visión cercana de la violencia entre seres humanos:

La capucha oculta el rostro del hijo del vecino (o al vecino) y por eso las formas y repertorio de violencias no son totalmente ajenos a las dinámicas comunitarias. En un número importante de casos los grupos armados con presencia en muchos barrios tratan de enlazar, solucionar o agudizar conflictos latentes o precedentes de esas comunidades e incluso



resolver conflictos que tienen un carácter profundamente privado (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017, p. 214).

Esta reflexión invita a dimensionar el conflicto como una red en la que se articulan diversos actores, con diferentes posiciones, experiencias y perspectivas. Ello señala la fragilidad y porosidad existente en la comprensión binaria del conflicto: actores armados/ámbito público y actores no armados/ámbito privado.

Dicha porosidad se hace aún más evidente cuando se plantea una lectura feminista de las conflictividades urbanas, la cual implica reconocer que las experiencias y perspectivas no sólo se sitúan en espacialidades y temporalidades específicas, sino también en los cuerpos, configurando posiciones diferentes y desiguales para hombres y mujeres en las relaciones sociales que conforman el tejido barrial.

Estas posiciones proyectan lugares de enunciación palpables en las subjetividades de las personas. Tradicionalmente las subjetividades han sido un campo de estudio propio de la psicología. Fue hasta mediados del siglo XX que otras ciencias sociales se aventuraron a estudiar el tema, logrando socavar la comprensión de las subjetividades más allá del plano individual, para encontrar la relación entre éstas y diversas esferas socio-estructurales de la vida humana.

La ruta analítica que planteo para entender las subjetividades propone abordar esta categoría desde una relectura tanto antropológica como feminista, dando cuenta así, no sólo de mi propio enfoque disciplinar y académico, sino también de un posicionamiento feminista para acercarse, interpretar y comprender los fenómenos sociales.

Desde la antropología ha sido poco común el abordaje de las subjetividades, puesto que su campo analítico se ha direccionado más a escenarios y pautas sociales que al sujeto/las subjetividades en sí. No obstante, antropólogas como Sherry Ortner y Veena Das han señalado la importancia para la ciencia antropológica de abordar la relación existente entre las subjetividades y los contextos socioculturales.

La relectura antropológica que esbozo proviene del desarrollo teórico-metodológico de la antropóloga argentina Paula Cabrera, quien desde el 2009 dirige el proyecto “antropología de la subjetividad”, un espacio de formación, investigación y divulgación sobre las subjetividades en clave antropológica. Su construcción analítica se ha basado en la conceptualización de *subjetividades* de Sherry Ortner (2005), *sujeto* Foucault (1995 y 1996) y *habitus* de Bourdieu (1991, 1995 y 1999). Puntualmente –hilando estas tres conceptualizaciones teóricas- para la investigadora social, las subjetividades desde una perspectiva antropológica son comprendidas como:

Los modos de pensar, sentir y hacer, los sentimientos, significados, sentidos, conformados socioculturalmente, que el sujeto tiene incorporados constitutivamente; así también lo que cada sujeto hace, siente, encarna y construye a partir de dicha constitución. Desde mi perspectiva, la subjetividad no versa exclusivamente sobre lo individual, lo personal, íntimo. Precisamente, uno de mis supuestos iniciales es entender que la subjetividad es construida socialmente, que se conforma junto a —y con— otros, en interacción y relación con ellos. Es por esto que parto de una concepción de sujeto como una trama senso-perceptiva y significativa, constituida a la vez que constituyente (...) La noción de subjetividad que propongo refiere a: » La sensibilidad, los sentidos, pensamientos y significados socioculturalmente constituidos, » La acción, práctica, experiencia, en suma, el carácter vital y constituyente de la subjetividad, es decir, qué “hacen” los sujetos con lo que son, con lo que tienen y con lo que pueden, en interacción con las formaciones sociales y culturales en un contexto temporal y espacial determinado (Cabrera et al., 2017, p. 26).

Este desarrollo conceptual sobre las subjetividades, tiene un potencial reflexivo al plantear una lectura no positivista de la relación entre las subjetividades y el entorno sociocultural, puesto que entiende la noción de sujeto como un ente activo, que es determinado y a la vez determina el escenario social. De esta forma, reconoce una trascendencia más allá de lo individual de las subjetividades, pero a su vez nunca sobrepasa o pretende borrar su relación con el plano personal.

Otro alcance que permite esta conceptualización reside en la integración del cuerpo, ya que según Cabrera (2017) desde la propia disciplina antropológica se ha trazado un vínculo entre

biología y cultura, que permite leer el cuerpo más allá de lo fisiológico extendiendo su alcance a las experiencias encarnadas y corporeizadas.

En este punto es clara la relectura antropológica desde la que se plantean las subjetividades, sin embargo, resulta indispensable para este trabajo de grado, una relectura feminista de las mismas. Esta necesidad se hizo evidente al encontrar que la subjetividad sólo es tomada como política cuando incide en campos macro-políticos: instituciones, Estado, liderazgos colectivos, etc. Sí bien no pretendo contrariar el carácter político de estas instancias, sí cuestiono la comprensión de lo político más allá de ellas, puesto que sistemáticamente hay una subestimación del alcance político de los campos cotidianos, personales y emocionales de la realidad humana.

Preponderar lo racional sobre lo emocional ha sido una subestimación además de sistemática, histórica. El racionalismo cartesiano –uno de los paradigmas del pensamiento colonial-, ha estado presente desde mediados del siglo XVI en las ciencias sociales, generando que éstas aboguen por una comprensión de la realidad dualista y jerarquizada. Esta lectura colonial está presente más allá del plano académico, ha atravesado la manera en que las personas aprendemos, conocemos y entendemos lo que nos rodea, está tan cerca que habita nuestra corporalidad misma; es constitutiva del sistema sexo-género, en el cual, desde el mismo momento que alguien nace –incluso si es posible desde antes- determina mediante una lectura cultural de la genitalidad, las posiciones de los cuerpos desde lugares –nuevamente-, profundamente binarios y jerarquizados.

En la desigualdad de los lugares asignados a los cuerpos generizados<sup>3</sup> como mujeres nace el feminismo, develando las violencias que enfrentaban las mujeres en los lugares que sólo se les permitía habitar: el ámbito privado. Es así como posicionar lo político desde lo personal se convirtió en un desarrollo teórico feminista que emergió en la corriente radical del movimiento en los setentas. Fue la activista Kate Millett (1969) quien posicionó esta premisa que hasta el día de hoy nutre enormemente los debates de diversos feminismos.

---

<sup>3</sup> Proviene del concepto teórico *generización* desarrollado por la activista trans Julia Serano (2011) en su libro *Whipping Girl: El Sexismo y la Demonización de la Femenidad desde el punto de vista de una Mujer Trans*. Serano entiende por generización el proceso de asignación de género binario que se realiza de manera sistemática a todos los cuerpos en la sociedad occidental.

Las subjetividades –ligadas desde lo personal- tienen alcance académico para ser leídas desde la teoría feminista, incluso, desde un prisma teórico transdisciplinar como lo hace la antropóloga feminista Marcela Lagarde (2005) en su libro *“Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas”*, al abordar las subjetividades particularmente de las mujeres, desde una noción teórico-metodológica de género, la cual en su momento denominó como *“antropología de la mujer”*. Para la autora la subjetividad de las mujeres es comprendida como:

[...] específica y se desprende tanto de sus formas de ser y estar, como del lugar que ocupen en el mundo. Por subjetividad entiendo la particular concepción del mundo y de la vida del sujeto. Está constituida por el conjunto de normas, valores, creencias, lenguajes y formas de aprender: el mundo consciente e inconsciente. Se estructura a partir del lugar que ocupa el sujeto en la sociedad y se organiza en torno a las formas de percibir, de sentir, de racionalizar y accionar sobre la realidad. Se expresa en comportamientos y emociones del sujeto en su existir. Se constituye en los procesos vitales del sujeto, en el cumplimiento de su ser social, en el marco histórico de su cultura. En suma, es la elaboración única que hace el sujeto de su experiencia vital. La subjetividad de las mujeres es la particular e individual concepción del mundo y de la vida, que cada mujer elabora a partir de su condición genérica (Lagarde, 2005, p. 34).

Esta relectura feminista de las subjetividades aporta dos pautas analíticas que no pueden obviarse ni dejarse por fuera: la condición tanto genérica como histórica de las subjetividades de las mujeres. La condición genérica implica situar las subjetividades, reconociendo que éstas son particulares al ser encarnadas por cuerpos generizados como mujeres. Complementariamente, la condición histórica devela que la mujer es una construcción social y cultural, cuya posición asignada en el sistema sexo-género ha tenido un desenvolvimiento histórico que sitúa las violencias y desigualdades de las mujeres como condiciones estructurales y sistémicas (Lagarde, 2005).

No obstante, la condición genérica e histórica de las subjetividades de las mujeres, no implica entender sus subjetividades como un fenómeno homogéneo o compacto, puesto que las mujeres tenemos condiciones de vida e historias personales que, aunque nos agrupan como mujeres, también nos diferencian desde otros lugares de opresión:

Las mujeres comparten como género la misma condición histórica, pero difieren en cuanto a sus situaciones de vida y en los grados y niveles de la opresión. Las diferencias entre las mujeres derivadas de su posición de clase, de su acceso a la tecnología, de su relación con las diferentes sabidurías, de su modo de vida rural, selvático a urbano, son significativas al grado de constituir grupos de mujeres: el grupo de las mujeres sometidas a la doble opresión genérica y de clase, el de las que sólo están sujetas a opresión genérica pero no de clase, el grupo de mujeres sometidas a la triple opresión de género, de clase y étnica o nacional, los grupos de mujeres que viven todo esto y mucho más, pero agravado por condiciones de hambre y muerte; grupos de mujeres que no comparten la clase ni otras particularidades, pero que han sido sometidas a formas exacerbadas de violencia genérica, y otras (Lagarde, 2005, p.34).

Por tal motivo, cualquier acercamiento investigativo en torno a la construcción de subjetividades de las mujeres debe ser situado, para que sea ético y no vaya en detrimento de un esencialismo que recaiga en las mujeres. En este trabajo de grado, me acerqué a algunas mujeres que desarrollaron sus vidas en el barrio Villatina, lo cual, me permitió conocer lugares de enunciación comunes, pero también decisiones individuales diferentes.

A través de sus relatos de vida identifiqué el ser mujeres y madres, como dos dimensiones importantes de sus subjetividades, puesto que ambas incidieron profundamente en las maneras de reaccionar, sobrellevar y afrontar algunas conflictividades del barrio. Estas dimensiones cobraban un matiz propio al estar inmersas en situaciones de empobrecimiento, violencia y migración.

Conocer de manera cercana ambas dimensiones fue posible gracias a la cercanía y confianza que logramos construir. No obstante, también hubo cuestionamientos respecto a las posibilidades y límites, que identifiqué desde mi propio lugar de enunciación en el acercamiento etnográfico. Después de todo, las categorías cobran sentido, emergen, se pierden, tuercen y/o flexibilizan en el trabajo de campo.

## **2 Reflexiones metodológicas: Hilar la cercanía: Una mujer hablando de y con otras mujeres.**

Este acercamiento investigativo comenzó y se desarrolló a principios del 2020, año en el que comenzó la pandemia del virus COVID-19. Todo se cerró, y acciones tan simples como visitar las casas de seres queridos, caminar, desplazarnos de un sitio a otro, comer afuera etc., fueron desarraigadas de nuestra cotidianidad y reemplazadas por el confinamiento absoluto.

Aunque este momento ha sido nombrado por muchas personas como el año en el que el mundo paró, lo cierto es la vida no se detuvo, cambió drásticamente enfrentando a la humanidad, tanto colectiva como individualmente a otros ritmos, procesos y hábitos. Los ámbitos más públicos e íntimos mutaron, y por supuesto, la investigación académica no fue ajena a este cambio. Para la antropología, esto representó un reto puntual: ¿Cómo hacer etnografía en un contexto que imposibilitaba el campo? Metodologías en torno a la etnografía virtual<sup>4</sup> comenzaron a ser más comunes, ejerciendo cambios en las preguntas y enfoques de las investigaciones antropológicas.

Este trabajo de grado no se adecuó a metodologías de este tipo, pero si enfrentó un campo que, por el momento que como ciudad estábamos atravesando, apenas venía flexibilizando medidas de distanciamiento social, y enfrentando el miedo colectivo que todas las personas sentíamos respecto al virus. Para comienzos del 2021, pude realizar mi primera visita al barrio, y afortunadamente, encontré espacios públicos que comenzaban a abrir sus puertas y ser habitados – nuevamente- por personas del barrio.

Llegué a Villatina en febrero del 2021, a través de un taller de tejido que propuse en la biblioteca Familia<sup>5</sup> del barrio. Nunca antes había conocido el lugar, ni tampoco era cercana a alguna persona que viviese en el territorio, por esta razón el acercamiento a Villatina y a las mujeres que vivían allí representaba un reto metodológico para mí. Los talleres de tejido fueron una estrategia

---

<sup>4</sup> La etnografía virtual no comenzó con la pandemia, tan sólo fue más utilizada en trabajos antropológicos debido a que posibilitaba una investigación que no se ceñía a la presencialidad del campo. Este método ha sido explorado y empleado por la antropología desde comienzos del siglo XXI.

<sup>5</sup> Esta biblioteca fue fundada en el año 1995 y es uno de los espacios de encuentro de los habitantes del barrio.

de acercamiento, que ofrecía un espacio de encuentro y esparcimiento para aprender la técnica de tejido crochet. Al espacio sólo llegaron mujeres<sup>6</sup>, cuyas edades oscilaban entre los 45 y 86 años de edad.

La intencionalidad con los talleres de tejido consistía en acercarme a las mujeres del barrio que participaran del espacio, lo cual pude construir especialmente con cuatro de ellas. También estuve a lo largo del año yendo periódicamente a Villatina, no sólo a tejer con las mujeres, sino también –con el tiempo- a visitarlas y compartir con varias de ellas en sus casas. Desde el principio ellas tuvieron conocimiento respecto a la intención académica con la cual llegué a Villatina y, de esta manera, decidieron conscientemente compartirme sus recuerdos y relatos, los cuales fueron claves para acercarme a sus subjetividades y vivencias en torno a algunas conflictividades del barrio que ellas habían presenciado.

Inicialmente el proceso de recolección de información constó de nueve entrevistas semi estructuradas, de las cuales dos fueron efectuadas a personas que previamente habían realizado investigación social en la comuna ocho, las otras siete entrevistas se llevaron a cabo con mujeres que vivían en Villatina durante la época de interés (1995 – 2005). Estas entrevistas consistieron en un formato más tradicional de preguntas y respuestas, las cuales me permitieron conocer datos generales de las mujeres y Villatina sin profundizar mucho en sus percepciones o sentires respecto a sí mismas y sus vidas en el barrio. Para registrar la información utilicé grabadora de voz bajo el consentimiento de mis interlocutoras y un diario de campo en el que escribí mis impresiones, reflexiones e inquietudes etnográficas.

---

<sup>6</sup> En los talleres de tejido no participaron hombres, y el hecho de que el espacio sólo estuviese conformado por mujeres permitió tranquilidad y confianza para hablar de temas íntimos. Por ejemplo, la disposición de las mujeres que convivían con sus esposos era distinta en los talleres a cuando conversábamos en sus casas y sus maridos se encontraban presentes.

**Figura 1**

*Mujer enseñando su tejido en uno de los talleres colectivos.*



A partir de este acercamiento inicial identifiqué una mayor apertura en la comunicación con cuatro mujeres, quienes asistieron de manera constante a los talleres de tejido, los cuales duraron once meses<sup>7</sup>. Esta amplitud temporal del trabajo en campo, y la combinación de espacios de relacionamiento tanto colectivos como personales, generó un acercamiento que se afianzó desde mediados hasta finales del año 2021.

Pese a la cercanía que logramos entretejer hubo silencios que perduraron, los cuales aparecían en momentos específicos de las entrevistas, cuando las preguntas indagan por hechos victimizantes que despertaban recuerdos dolorosos para las mujeres. Esto generó una preocupación metodológica en torno a la información que pudiese recoger ¿era “suficiente”? ¿los silencios representaban un vacío en el relato? ¿cómo trabajar con narrativas que despertaban en las mujeres emociones como el dolor y la culpa? Posteriormente, comprendí que los silencios<sup>8</sup> hacían parte de sus historias y, por tanto, eran sensibles al análisis etnográfico.

---

<sup>7</sup> Los talleres de tejido no tuvieron una continuidad lineal durante estos once meses, debido a que por la contingencia sanitaria del virus COVID – 19, la biblioteca fue cerrada nuevamente por alrededor de dos meses, lo cual interrumpió la regularidad de los encuentros.

<sup>8</sup> Mis reflexiones en torno a los silencios son desarrolladas en el segundo y tercer capítulo.



La herramienta metodológica de la entrevista –recurrente en la investigación social, especialmente en la escucha testimonial-, no puede entenderse como un ejercicio llano en el que se intercambian preguntas y respuestas, la entrevista, realmente, demanda una conversación horizontal (Guber, 2001). Esta reflexividad metodológica se extiende a cualquier ejercicio investigativo, no obstante, el nombrar la entrevista como una conversación continua replicando, desde el sentido común, las palabras como fuente principal para percibir lo que el otro o la otra comunica, ¿Qué pasa entonces cuando en medio del relato nos enfrentamos a la ausencia de palabras? ¿Se genera un vacío en el relato o debemos plantear una aproximación diferente al mismo?

Cuando traspasé la timidez inicial al hablar con algunas mujeres y comenzaron a ser más recurrentes mis visitas a sus casas y nuestras conversaciones impersonales, algunas de ellas quisieron abrirse más a mí, contándome sobre sus vidas en el barrio, ya no sólo como una enunciación de hechos cronológicos, sino también, permitiéndome conocer relatos de sus vidas que se enunciaban más desde el dolor, la vergüenza y/o la pérdida. Sin embargo, aun en estos relatos persistieron silencios que nunca se movieron, los cuales, desde una postura ética nunca pretendí forzar ni siquiera desde las preguntas.

Mi primera impresión ante estos silencios es que implicaban ausencia en los relatos, no me permitían acceder a detalles que descriptivamente son trascendentales en la entrevista misma. Sin embargo, esta conclusión tiene que ver con comprender las palabras como el recurso que, centralmente, da solidez al relato. Esta premisa, según la antropóloga Natalia Quiceno (2008), continúa sosteniendo un ejercicio extractivista en el método etnográfico, donde los relatos y silencios se plantean como contrarios y dicotómicos, en la construcción del testimonio.

Para replantear y cuestionar esta perspectiva, permití darle rienda suelta a mi escucha y retomar los silencios como parte del relato. Especialmente porque mi interés académico velaba por acercarme a los sentires de las mujeres durante las conflictividades urbanas, a los impactos que éstas habían generado en sus vidas personales, y para ello, debía sensibilizar mi mirada más que recopilar compulsivamente sucesos de violencia.

---

Fue ahí que entendí lo que Quiceno (2008) plantea su texto “*Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia*”, al definir la etnografía como una forma de acercamiento, que se nutre de la posibilidad de entablar observación a través tanto de las palabras como de los silencios que emergen en el relacionamiento social en campo. Dicho relacionamiento se da entre las subjetividades tanto de quien investiga, como de sus interlocutoras. Para mi caso, esto me aportó a una segunda reflexión crucial que me acompañó en el campo: identificar las posibilidades y límites de mi propio lugar de enunciación.

Reconocer las dimensiones personales de la investigación académica, no es más que el ejercicio de abortar la observación neutral. No se puede obviar quien una es en campo; aspectos como el género, edad, raza, etc., trastocan el relacionamiento social que se traza para la observación etnográfica. Particularmente en mi ejercicio en campo, uno de los retos que más me confrontó y por lo tanto desarrollo en este apartado fue el esencialismo.

Cuando consolidé el planteamiento inicial de este trabajo de grado, quería escuchar mujeres que no se reconocieran a sí mismas como víctimas, lideresas o integrantes de grupos armados, quería llegar mujeres *del común*, que se enunciarán desde lugares más cotidianos. No obstante – como relato en el segundo capítulo-, me encontré rodeada de mujeres que más allá de reconocerse o encasillarse en alguna de estas tres denominaciones, habían tenido vivencias que se entrecruzaban con estos tres lugares e incluso con otros.

Conocer estos relatos de vida me interpeló. Especialmente al reconocer la historia de una mujer que en cierto momento de su vida estuvo vinculada a un grupo armado del barrio, donde cometió delitos que me costaron escuchar y creer, ¿Por qué? En parte por la imposibilidad de creer que una mujer, que a la vez había sido tan herida y afectada, generara daño a otras personas. Aquí no sólo había evocaciones moralistas, sino también sexistas. Reconocí que creer con más facilidad sucesos violentos cuando son perpetrados por hombres, pero ponerlos en duda cuando son realizados por mujeres, tiene que ver con los imaginarios socio – culturales que nos ha calado hasta los huesos el sistema sexo – género.

Pongo esta reflexión aquí con temor, puesto que escribirla e integrarla a este trabajo de grado me hace sentir vulnerable ante los ojos de una comunidad académica que por años ha nombrado las emociones y percepciones propias como sesgos del proceso investigativo. Es en las raíces de la etnografía feminista, donde me sitúo para hacerle frente a esta afirmación y cuestionarla.

La etnografía feminista enuncia la objetividad no sólo como un requerimiento positivista que determinar el rigor de las investigaciones académicas, sino también, como una estrategia de poder masculina (Abu-Lughod et al., 2019). Guardar silencio respecto a las emociones propias emergidas en campo, anula la existencia de quien investiga, silenciando sus perspectivas y subjetividades; es una pauta que busca generar disciplinamiento de los cuerpos, develando el imaginario de un *campo descorporificado* (Beltrán et al., 2019).

Posicionar el método etnográfico desde un enfoque feminista, pone en evidencia que quienes investigan siempre son parte de quienes estudian: cuerpos mediados por relaciones que no son ajenas a los sistemas de dominación y poder tales como el sexo – género. En Villatina, me topé con mujeres que me recordaron profundamente a mis abuelas, a mi madre y a mis tías, identifiqué patrones de enseñanza que también me han acompañado en las dolorosas imposiciones del *ser mujer*, pero también observé distancias generacionales, económicas y religiosas.

Todo esto hace parte de la etnografía, y es importante trazarlo, no sólo como una defensa de la incidencia de lo personal y subjetivo en los procesos de construcción académica, sino también, como una interpelación hacia una sociedad en transición, que necesita escuchar, leer, de alguna forma conocer para intentar dimensionar, la historia de horror que como país hemos compartido, y que es observable en diversas micro – narrativas.

Los relatos y experiencias que trazo en este trabajo de grado, no dan un panorama completo de las conflictividades urbanas en Medellín, bien cabría preguntarnos si acaso existe una historia que condense la magnitud de lo sucedido. Pero en las narrativas compartidas por las mujeres con quienes trabajé, sí hay una perspectiva de lo que ellas como madres, cabezas de hogar y cuidadoras vivenciaron en Villatina mientras padecían múltiples violencias, ligadas en la mayoría de casos a

la violencia armada. Esto da apertura a un acercamiento en torno a sus subjetividades y las posibilidades que éstas arrojan para comprender desde otra perspectiva historias “comunes” de esta ciudad.

### 3 Cuerpo del texto

Este trabajo de grado compone acercamientos contextuales, teóricos y reflexivos sobre la pregunta en cuestión, organizados en tres capítulos y unas consideraciones finales. El primer capítulo aporta una aproximación contextual a las conflictividades urbanas que tuvieron lugar en Villatina entre la década de 1995 – 2005, dicho contexto se desarrolló entrecruzando investigaciones sociales previas sobre la historia del barrio, con los relatos de las mujeres que me compartieron sus recuerdos en torno a los cambios, hechos violentos y problemáticas que presenciaron en el barrio durante la década de interés.

El segundo capítulo está dividido en dos partes. La primera parte abarca dos relatos de vida de mujeres que, desde posiciones tanto diferentes como similares, vivenciaron conflictividades urbanas que trastocaron sus vidas. Este apartado se centra en las percepciones, sentires y vivencias que las mujeres resaltaron en nuestras conversaciones colectivas e individuales, respecto a diversas problemáticas barriales que enfrentaron –principalmente- como madres. La segunda parte del capítulo, extiende aproximaciones descriptivas, teóricas y reflexivas para abordar las dos dimensiones de la subjetividad sobre las cuales este ejercicio investigativo se centró: la identidad sexo – genérica mujer y la maternidad.

Finalmente, el tercer capítulo plantea una reflexión en torno a las decisiones y acciones que algunas mujeres desplegaron en sus vidas a raíz de los hechos victimizantes que sobrellevaron en el barrio, haciendo hincapié en la capacidad de agencia y autonomía que las mujeres desplegaron sobre sus vidas, repercutiendo en algunos casos, en el tejido social de Villatina y en la incidencia política de sus lugares de enunciación.

Las reflexiones panorámicas sobre el trabajo de grado, se condensan en las consideraciones finales con ánimos de sembrar futuras inquietudes y recomendaciones para otros acercamientos investigativos que se proyecten sobre el tema en cuestión.

#### **4 Capítulo I. Conflictividades urbanas en Villatina entre la década de 1995 – 2005: Hacia una lectura des-centralizada**

*“Esta singular tacita entre montañas que es el Valle de Aburrá, donde la vida y la muerte, como las flores, crecen por parejo”.*

*Ricardo Aricapa (Periodista)*

Desde comienzos del siglo XX Colombia ha estado inmersa en el conflicto armado. Cada época y territorio ha tenido dinámicas violentas diferentes y en algunos casos articuladas, razón por la cual ha sido un reto investigativo propiciar lecturas situadas del conflicto armado en nuestro país. Una de las lecturas más exhaustivas al respecto fue desarrollada por el sociólogo Alfredo Molano (2015), quien identificó y clasificó varias épocas diferentes en la historia del conflicto armado colombiano, develando actores armados y fenómenos socioeconómicos claves para cada una de ellas.

La época que se conecta con el contexto de interés para este trabajo de grado, hace referencia a la confrontación armada interna que emergió desde la década de 1960, protagonizada por las guerrillas insurgentes, los paramilitares y las fuerzas del Estado, denominada como conflicto armado. Varias modalidades de violencia propias de este periodo, continúan aún en la actualidad, aunque han adquirido diferentes dinámicas según el territorio en el que se desenvuelvan, según las consecuencias derivadas de los procesos de paz y de desarme que se han firmado, y las articulaciones y cruces con otros actores armados ligados a diferentes negocios ilícitos, tales como el narcotráfico, el sicariato, la extorsión, etc.

Históricamente, el conflicto armado se ha desarrollado principalmente en las ruralidades del territorio colombiano, aunque con el transcurrir de los años, varias organizaciones armadas ingresaron a algunas de las ciudades principales del país (Molano, 2015). Una de estas fue Medellín, la capital del departamento de Antioquia, ciudad que desde comienzos de los años ochenta comenzó a padecer dinámicas conflictivas asociadas al narcotráfico y la delincuencia y, posteriormente, a partir de los años noventa, con la llegada de varios actores armados a algunas comunas de la ciudad, las conflictividades urbanas adquirieron otros matices (Alonso et al., 2007).

Por esta razón, incluso al interior de la ciudad misma, las dinámicas del conflicto y los actores armados que las han conformado varían, según el barrio y/o la comuna desde la que se observe el fenómeno.

Medellín está conformada por 16 comunas, de las cuales la comuna ocho, Villa Hermosa, ha sido reconocida como una de las más afectadas, no sólo por la inmersión de distintos grupos armados a su territorio, sino también por problemáticas asociadas a la escasez de recursos y servicios básicos para la vida digna. Entre los 18 barrios que actualmente conforman la comuna ocho, Villatina fue el territorio en el cual se desarrolló este acercamiento investigativo. Este barrio ha sido protagonista de las acciones y efectos de la violencia en distintos momentos de la historia reciente de la ciudad, así como de procesos de resistencia y sobrevivencia liderados por sus habitantes y organizaciones.

La intención de este capítulo es ahondar en el contexto de las conflictividades urbanas en Villatina, dando cuenta de un panorama que abarque la historia del barrio mismo, los actores armados que emergieron y/o llegaron a éste, y las dinámicas sociales y económicas que sus pobladores afrontaron, haciendo hincapié en la década de 1995 – 2005.

Conflictividades urbanas, como he referido anteriormente, es un concepto que posibilita un acercamiento a las dinámicas violentas que vive un territorio, sin cerrar el análisis a la confrontación armada (Blair et al., 2009). Por esta razón, el capítulo desarrolla no sólo el surgimiento y presencia de actores armados en el barrio, sino también las condiciones de infraestructura del territorio, el acceso a servicios básicos como la salud y educación de sus habitantes, las rencillas personales entre vecindades, y la relación de éstas con las medidas regulatorias impuestas por algunos grupos armados. También se mencionan condiciones de desigualdad estructurantes como el empobrecimiento y el hambre, y prácticas de violencia sexual y de género que vivieron algunas mujeres en el barrio. Este concepto posibilita entonces, entender la articulación entre múltiples dinámicas violentas que conformaron la cotidianidad del tejido social de Villatina durante la década 1995 – 2005, periodo del que se ocupa esta investigación.

---

Para reconstruir este contexto, se contrastaron distintas fuentes de información que hicieron parte del trabajo en campo que desarrollé en el barrio en el transcurso del año 2021. Este capítulo es un recorrido escrito donde conecto el trabajo investigativo en torno a la historia y el contexto de Villatina, con mis observaciones etnográficas y conversaciones personales con varias mujeres, -sujetas principales de interlocución- quienes me abrieron las puertas de sus casas, y me ofrecieron su tiempo y confianza para compartir conmigo sus recuerdos e impresiones sobre el barrio y sus vidas en él.

#### **4.1 Un paso por la historia de Villatina.**

Villatina es un barrio de la comuna ocho de la ciudad de Medellín. Esta comuna, conocida como Villa Hermosa, fue constituida legalmente a principios del siglo XX en la ciudad, y en aquella época se encontraba conformada sólo por dos barrios: Villa Hermosa y La Ladera (Quiceno et al., 2008). Con el paso del tiempo y debido a distintas olas de desplazamiento<sup>9</sup>, la comuna fue creciendo hasta albergar 18 barrios en la actualidad, de los cuales 16 son producto de ocupación informal.

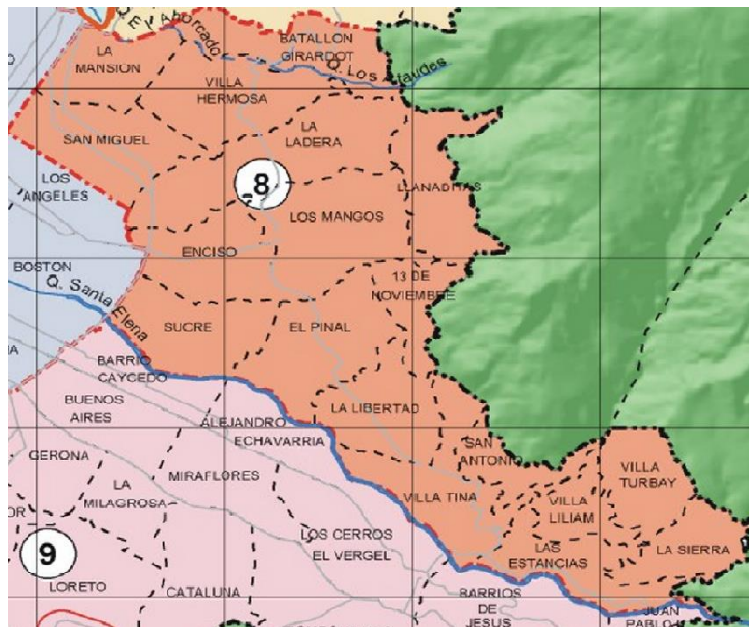
---

<sup>9</sup> He identificado tres olas de desplazamiento, las cuales acontecieron en los años: 1940, 1950 – 1960, 1980 – 1990. Aunque la migración al barrio ha estado latente en todos estos años, hago una diferenciación por *olas*, en referencia a las causas del desplazamiento, las cuales son diferentes y tienen conexión con el contexto nacional.



**Figura 2**

Mapa de la comuna ocho donde se aprecia la distribución espacial de todos los barrios que la conforman, entre ellos Villatina.



Nota. Fuente <https://hemerotecabpp.files.wordpress.com/2013/06/mapa-comuna-8.png>

Villatina es un barrio reconocido bajo la denominación de *popular* o *periférico*, lo cual hace alusión a que ha sido históricamente ocupado de manera no planeada. Su construcción proviene de olas de desplazamiento –principalmente de personas del campo a la ciudad- y procesos de asentamiento informal que se han dado en distintas décadas, por razones diferentes, ligadas –en algunos casos- a problemáticas estructurales del contexto nacional.

La primera ola de desplazamiento, que como tal dio apertura a la conformación del barrio, aconteció en la década de los cuarenta. Varias familias provenientes del suroeste y oriente antioqueño, llegaron al territorio y a través del loteo pirata y la invasión construyeron sus casas con materiales como plástico, madera y cartón. Esta ola de desplazamiento guardaba relación con la búsqueda de empleo y estabilidad económica, panorama que venía en decadencia para el campesinado antioqueño desde la crisis minera y agrícola que se desató en el departamento en los años veinte (Márquez, 1998).

Durante los años cincuenta y sesenta seguían llegando más familias –principalmente de los departamentos de Caldas y Antioquia- pero esta vez el desplazamiento se debía a La Violencia<sup>10</sup>. Miles de familias lograron huir de la guerra que se libraba en el campo, y su única opción para resguardar sus vidas era llegar a Medellín. Particularmente, la comuna ocho fue el lugar más viable de llegada, por su conexión geográfica con el oriente antioqueño. En esta ola masiva de migración, cientos de familias llegaron al barrio Villatina y crecieron –duplicaron- su población (Márquez, 1998).

Tantas familias en busca de un techo para vivir llamaron la atención de algunas personas pudientes de la ciudad, que hicieron de las urbanizaciones, casas y terrenos piratas un negocio de escala grande. Estas viviendas terminaban siendo vendidas y/o alquiladas, y quienes no tenían ni siquiera para comprar lo que no se podía vender, terminaban asentándose mucho más arriba, conformando *la periferia de la periferia*<sup>11</sup>. La magnitud del desplazamiento fue tan grande, que en el transcurso de estos años la población de la comuna ocho aumentó de 5 mil a 13 mil personas (Márquez, 1998).

Pese al aumento poblacional, la mayor parte de los barrios de la comuna ocho –entre estos Villatina- aún no contaban con servicios públicos de ningún tipo, ni con una infraestructura vial que permitiese la movilidad de sus habitantes. El agua se convirtió en uno de los derechos más importantes para los habitantes de la comuna ocho, y particularmente en Villatina se construyó en los años setenta la acequia, un canal de dispersión de agua que suplió como acueducto público alternativo al barrio, a la comuna ocho y a casi toda la ciudad de Medellín, especialmente a los habitantes de la parte oriental. Esto era posible gracias a que se alimentaba de la quebrada Santa Elena (Quiceno et al., 2008).

---

<sup>10</sup> La Violencia escrita con mayúscula hace referencia a un periodo histórico en Colombia, que tuvo lugar entre los años 1948 – 1958. Consistió en la persecución, asesinato y tortura entre miles de colombianos por diferencias políticas y religiosas. Esta ola de violencia se desata en el país tras el asesinato del entonces candidato a la presidencia Jorge Eliecer Gaitán.

<sup>11</sup> Esta expresión es desarrollada por la antropóloga Natalia Quiceno (2008) en el informe de la Secretaría de Cultura Ciudadana “Comuna 8: Memoria y Territorio” en el cual investigó como la comuna ocho fue creciendo más allá de los propios límites de la ciudad, obligando a ésta a expandirse. Entre más lejano esté un territorio del centro de la ciudad, más crece la brecha de desigualdad y empobrecimiento frente al resto de la ciudad.

Durante los años ochenta y noventa el desplazamiento no cesó, esta vez agudizado por el conflicto armado interno del país que se libraba entre las guerrillas insurgentes, los paramilitares y la fuerza pública. En esta ola de desplazamiento, la población que llegó al barrio Villatina provenía principalmente del oriente antioqueño, Chocó y Urabá (Márquez, 1998). Algo clave durante ambas décadas, y que es preciso ampliar con detenimiento, es la inmersión y surgimiento de ciertos actores armados en el barrio, los cuales guardan relación tanto con el conflicto armado del país como con las *conflictividades urbanas* que vivían varias ciudades a raíz del narcotráfico, y cuyo epicentro era vivenciado por la población medellinense.

Para esta época –principios de los años ochenta- Medellín era una ciudad en constante expansión demográfica, cuyo crecimiento social superaba la capacidad material de la ciudad para ofrecer empleos, servicios y viviendas a toda la población. Esto generó una *dualidad urbana*: Una ciudad conformada tanto por viviendas en concreto, dotadas de alcantarillado y servicios básicos, como por viviendas con materiales inestables, sin alcantarillados ni servicios básicos para una vida digna (Vélez et al., 2004). La desigualdad social y económica era evidente, y las necesidades de muchas familias coincidieron con el *boom* del narcotráfico en la ciudad.

Muchos jóvenes fueron seducidos por los negocios ilícitos en torno a las drogas, y cada año emergía con más fuerza el nombre de Pablo Emilio Escobar Gaviria, un narcotraficante que se consolidó en la historia mundial como uno de los hombres con más poder al interior de la mafia, quien creó y dirigió el Cartel de Medellín (BBC, 2021). A finales de los años ochenta, esta organización amedrentó con fuerza una puja de poder –denominada por ellos mismos, una guerra-contra el Estado colombiano, manifestándose en contra del tratado de extradición firmado con el gobierno de Estados Unidos. Su táctica de control consistió en una serie de acciones: asesinatos, secuestros, carros bomba etc., que generaban pánico en el país (Atehortúa & Rojas, 2008). Para muchas de estas acciones el Cartel involucraba jóvenes de Medellín, principalmente aquellos que vivían en los barrios periféricos de la ciudad.

Según el informe “Una pompa de Jabón” desarrollado por la investigadora María Zapata (1994), a raíz de este contexto se consolidaron en 1985 las bandas juveniles en Villatina, conformadas por jóvenes entre los 13 y 19 años de edad, quienes fueron contactados por el Cartel

de Medellín para efectuar secuestros, robos y asesinatos. Estos delitos eran cometidos por fuera, y aparentemente no irrumpían en la cotidianidad del barrio. Las bandas juveniles fueron el primer actor armado en el territorio, y su presencia se identificó a través de las madres, quienes notaron en sus hijos el consumo frecuente de drogas y la adquisición de grandes sumas de dinero.

Durante este mismo año, quienes habitaron Villatina conocieron al M-19 tras la instauración de un campamento de paz<sup>12</sup> por parte de este grupo armado al interior del barrio. Allí se instruyó militarmente a muchos jóvenes en un intento por vincularlos a la organización, sin embargo, el acuerdo de paz con el entonces presidente Belisario Betancur se rompió y los guerrilleros retornaron al campo, dejando en el barrio jóvenes con armas y una convicción política débil (Zapata, 1994).

En 1987 ya había presencia de varias bandas al interior de Villatina, organizadas por algunos sectores del barrio –La Piedra, La Escuela, La Torre, Las Escalas, La Capilla, La Libertad y Los Rieles-, y llevando a cabo enfrentamientos armados entre sí por deseos personales de liderazgo, el control del expendio de drogas y las ganancias monetarias que dejaba como tal el negocio. El poder se medía a través del armamento con el que cada banda contaba y la protección que éstas le pudiesen ofrecer al barrio, de esta manera se conformaron grupos de autodefensas barriales<sup>13</sup> enfocados en la “*limpieza social*”<sup>14</sup> (Zapata, 1994).

Bajo este panorama llegaron a Villatina las mujeres con las que conversé en el trabajo de campo, y cuyos recuerdos me permitieron acercarme a sus vivencias en el barrio durante la década de 1995 – 2005. Sus relatos parten reiteradamente de un llegar a la ciudad, no un nacer en ella, debido a que todas migraron de diferentes pueblos de Antioquia junto con sus familias y/o esposos,

---

<sup>12</sup> Según el informe “Medellín: Memorias de una guerra urbanas” (2017) elaborado por el Centro Nacional de Memoria Histórica, *los campamentos de paz* fueron puntos de adiestramiento militar instaurados por el M-19 en los barrios Castilla, Villatina, Popular y Caicedo de la ciudad de Medellín. La finalidad de estos campamentos era cooptar a los jóvenes de los barrios a este grupo armado.

<sup>13</sup> No obstante, los grupos juveniles no eran el único actor armado presente en el barrio. Había influencia de otros actores armados, tales como las milicias, combos y demás bandas, quienes tenían presencia en otros barrios de la comuna, e influenciaban distintas bandas juveniles.

<sup>14</sup> La *limpieza social* es un mecanismo de violencia que consiste en el asesinato selectivo y sistemático de personas estigmatizadas por algún grupo armado. Este término es despectivo, ya que deshumaniza a las víctimas por sus convicciones políticas, activismo, color de piel, orientación sexual, trabajo, etc.

algunas en la búsqueda de mejores oportunidades para sus familias, con la esperanza de poder comprar una casa y decir “*tenemos casita pa nosotros*”, otras por huir de ciertos territorios donde “*la cosa se estaba poniendo muy maluca*”<sup>15</sup>.

Esta condición de llegadas al barrio, de *foráneas*<sup>16</sup> durante sus primeros años, tuvo influencia en sus perspectivas sobre Villatina, pues no sólo observaron un territorio bajo la influencia del accionar de varios actores armados y sus reglas, sino también un tejido social atravesado por la desconfianza de las personas ya *establecidas*, quienes a través del chisme y la envidia comenzaron a suscitar varios problemas vecinales. Con estos desencuentros muchas recuerdan el comienzo de sus vidas en el barrio.

Había como envidia, uno no podía vivir en paz, como que lo observaban mucho a uno, vivían muy pendientes de cómo vivía uno, como no vivía y eso es muy maluco (...) de todas maneras nosotros llegamos bien aquí a este barrio (...) pero cómo le dijera, había mucha envidia, mucha gente malita por aquí creo yo (mujer habitante de Villatina, 66 años, comunicación personal, febrero de 2021, Medellín).

Eso nos miraban tan feo, cuando recién vinimos a vivir acá [...] Como si nosotros fuéramos algo malo, tan raro, hasta una señora [...] por allí cuando cayó una pelota en el solar, y nos dijeron dizque que nosotros éramos unos ladrones dizque que, porque se cayó una pelota y nosotros nos la habíamos robado, y la pelota ahí abajo. Pero cuando eso sí nos aburrimos mucho, pero no, ya lo fueron conociendo a uno y ya todo cambio [...] ya hasta la misma señora esa venía a que yo le hiciera arreglos (mujer habitante de Villatina, 58 años, comunicación personal, febrero de 2021, Medellín).

Los conflictos intrafamiliares y vecinales han sido una conflictividad urbana presente en Villatina desde su conformación misma (Vélez et al., 2004), debido justamente a que la

---

<sup>15</sup> Estas frases emergieron en algunas conversaciones que tuve con varias mujeres en Villatina.

<sup>16</sup> [Foráneas] y [establecidas] son conceptos que retomo del sociólogo urbano Norbert Elias (2003), quien en el texto: “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros” teorizó sobre las relaciones de tensión entre establecidos y foráneos, como un fenómeno estructural, diferenciador, y por ende identitario, que acontece en cualquier grupo humano al tener proximidad territorial con personas que no identifican como pertenecientes a su propio grupo.

cotidianidad barrial ha estado inmersa en la llegada de personas del campo a la ciudad –masiva y continuamente-, generando una convivencia que históricamente ha oscilado en la puja entre personas conocidas y desconocidas. Los roces y tensiones entre quienes habitan el barrio se han articulado con ciertas dinámicas de control efectuadas por las bandas juveniles, quienes desde los años ochenta recibieron *quejas* y determinaron *castigos*, imponiendo respeto y temor entre la población<sup>17</sup>. Es así como reconocer y acoplarse a las reglas de estos actores armados, fue algo importante para estas mujeres cuando recién llegaron a Villatina, de lo contrario, existía la posibilidad de ser nuevamente desplazadas.

Además de llegar al barrio y vislumbrar las complejidades de las relaciones vecinales y la presencia de las bandas juveniles y el M-19, su llegada en esta época resulta clave debido a que presenciaron dos sucesos que, a lo largo de estos años, no han dejado de habitar y resonar en la memoria de quienes han hecho sus vidas en Villatina, ya que marcaron la historia de ésta –lamentablemente- desde la tragedia. Estos hechos implicaron cambios tanto materiales como simbólicos para sus habitantes: un deslizamiento de tierra ocurrido en 1987 y la masacre de niños y niñas del barrio en 1992.

Cuando comencé mi trabajo de campo en Villatina, una actividad importante fue caminar el barrio en la compañía de Gisela<sup>18</sup>, una mujer que vivía allí. Desde mi primera visita me percaté de dos cosas: primero, que era un barrio demasiado pequeño, aparentemente de unas cuatro o cinco cuadras largas, y segundo, que sus límites eran muy difusos, incluso para las personas que habitan el barrio, puesto que se les dificulta tener un consenso general respecto a dónde comienza y termina el barrio. Posteriormente comprendí que esto guardaba relación con las consecuencias del derrumbe, que consumió gran parte de lo que era Villatina, dejando sólo unas cuantas cuadras habitables, y 25.000 metros cúbicos de tierra con vidas que quedaron sepultadas para siempre<sup>19</sup>.

---

<sup>17</sup> Como se verá más adelante, la imposición de los actores armados se hacía por medio de prácticas de control social y territorial, las cuales incluían formas de violencias letales como el asesinato selectivo o las masacres, pero también formas de violencia no letales como las amenazas, las golpizas, los desplazamientos forzados y las violencias sexuales. Una explicación de ello se encuentra en el capítulo de modalidades de victimización del informe *Medellín, memorias de una guerra urbana* (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017).

<sup>18</sup> Esta mujer nació, creció y en la actualidad vive en Villatina. La conocí a través de la corporación Ciudad Comuna, una organización social enfocada en la comunicación popular y el empoderamiento social de la comuna ocho.

<sup>19</sup> Pese a todas las jornadas de rescate desplegadas después del deslizamiento, más de 200 cuerpos quedaron sepultados, por lo que su rescate fue materialmente imposible ante la magnitud de la tragedia.

El domingo 27 de septiembre de 1987, después del mediodía, ocurrió este deslizamiento que hasta el día de hoy no deja de ser nombrado como una tragedia, tanto por diferentes medios de comunicación como por quienes habitan Villatina: amigos, vecinas, líderes barriales, niños y niñas que de un momento a otro desaparecieron (El Tiempo, 2017). Una de las mujeres con quienes conversé durante el trabajo de campo, lo describe de la siguiente manera:

Estaban en unas primeras comuniones como a la 1:00 de la tarde, escuchamos una explosión, eso fue cuando se vino como una cosa de Villatina, eso fue muy miedoso también para nosotros, porque mucha gente conocida [...] se vino como un pedazo de tierra, como algo y eso explotó, hubo como una humarada negra y ahí murió mucha gente, nosotros recordamos muchos eso, yo recuerdo mucho eso, mi hija estaba pequeñita (mujer habitante de Villatina, 56 años, comunicación personal, marzo de 2021).

En una conversación colectiva con las mujeres durante uno de los talleres de tejido, ellas relataron el desconsuelo comunitario ante la búsqueda de los cuerpos tras el derrumbe, debido a que algunas personas nunca fueron encontradas por sus familias, por ejemplo, el cuerpo de uno de sus vecinos de aquel entonces nunca fue hallado, tan sólo se recuperó su billetera, la cual, como una especie de prueba, les dejó la claridad a sus familiares de que ahí se encontraba su cuerpo.

Así sucedió con más de 200 personas, hasta que después de ocho días de imparable búsqueda, tras el cansancio y la frustración, el lugar fue declarado camposanto por el cardenal Alfonso López. No sin terminar de ser evidente la tragedia, se habla de alrededor de 1.700 personas damnificadas (Alcaldía de Medellín, 2018).

El deslizamiento de Villatina fue un suceso tanto trágico como controversial, debido al disenso sobre lo que ocasionó esta tragedia, ya que la versión aportada por los estudios geológicos atribuye el derrumbe a un represamiento de agua subterránea, mientras que otras personas disienten y señalan un encubrimiento por parte de la prensa: “sobre la tragedia del 87 en Villatina, Don Ismael explica que se trató de una explosión de pólvora que los milicianos del M-19 escondían en

el cerro Pan de Azúcar, sin embargo, esta versión aparece siempre como silenciada” (Quiceno et al., 2008, p. 38).

A raíz de este disenso, no sólo emergía tristeza en las mujeres al relatar sus recuerdos del derrumbe, sino también desconfianza en torno a la institucionalidad al querer, según ellas, “tapar” lo que realmente había sucedido. En una de nuestras conversaciones colectivas, las mujeres concordaban –como Don Ismael- en que había sido la pólvora escondida por el M-19 la que causó el derrumbe, “A mí sí me tocó, eso fue una cosa muy horrible”<sup>20</sup> plantearon con seguridad, “nosotros sabemos que fue eso porque es que se escuchó, la explosión de la pólvora se escuchó”.

Esta desconfianza no emergió después del derrumbe, sólo adquirió más peso después del suceso, puesto que desde antes ya existían conflictos y tensiones entre quienes habitaban el barrio y la institucionalidad. Desde principios de los años ochenta la comunidad de Villatina ya había visibilizado ante la opinión pública que sus viviendas se encontraban en un territorio de alto riesgo, y que ante esta constante amenaza sobre sus vidas el gobierno no ofrecía ninguna alternativa (Serna, 2011). Esta denuncia evidencia que, más allá del peligro geológico, la comunidad visibilizó la indiferencia estatal respecto a los barrios considerados como invasiones, Villatina, por ejemplo, seguía sumida en condiciones de empobrecimiento que pretendían negar las vidas de las familias asentadas allí, como si no tuviesen derecho a las condiciones mínimas para el despliegue de la vida humana.

Además de perder el 70% de lo que era el barrio<sup>21</sup>, sus habitantes se enfrentaron a la pérdida de la acequia, un lugar clave en el arraigo territorial, y que al quedar completamente obstruido por el deslizamiento generó un quiebre en la historia de la autogestión del agua en Villatina:

El derrumbe ocasionó el taponamiento definitivo de la acequia que hasta entonces era un hito para los viejos habitantes de la comuna 8. Desde entonces los habitantes de la Piedra y la Torre, se fueron llevando las tapas para cubrir los caminos del terreno invadido o los patios de las casas. Un señor descubrió en 1994 que después de cubrir con tierra el hueco

---

<sup>20</sup> Estas frases emergieron en algunas conversaciones que tuve con varias mujeres en Villatina.

<sup>21</sup> Este dato lo indica el informe “Historias de vida: comuna 8” (2018) desarrollado por la Alcaldía de Medellín.



que quedaba al llevarse la tapa se iba conformando un sendero que llevaba a una de las vías principales de barrio Villatina por toda la base del cerro Pan de Azúcar (Quiceno et al., 2008, p. 106).

Fue así como, posterior al derrumbe, se creó una proximidad espacial entre el cerro Pan de Azúcar y el barrio. Con el paso del tiempo y por las relaciones transcurridas entre la comunidad y las instituciones estatales, parte del cerro se utilizó para construir un nuevo lugar, que como una cicatriz después del derrumbe, se erigió como símbolo para no olvidar todas las vidas que se perdieron y los cuerpos que nunca se pudieron recuperar: El Camposanto, un espacio que con el pasar del tiempo ha devenido en la anécdota del derrumbe transmitida por las abuelas y las madres a las juventudes, quienes en los últimos años han habitado este espacio principalmente como un lugar para hacer deporte. Cinco años después del derrumbe, otras familias que migraron a la ciudad intentaron asentarse en el Campo Santo, no obstante, la comunidad nunca lo permitió (Márquez, 1998).

El derrumbe obligó a la ciudad y al Estado a posar sus ojos sobre Villatina. Paulatinamente se implementaron medidas para dotar de servicios públicos a la comunidad y se intentó mejorar las condiciones de infraestructura vial. Esto porque el barrio se reconoció, posterior a la tragedia, como un territorio vulnerable, el cual había sido fuertemente estigmatizado por el Estado, guardando indiferencia frente a conflictividades de índole barrial como el alcantarillado y el acceso a la salud y educación.

A comienzos de los años noventa los enfrentamientos armados entre las bandas juveniles se acrecentaron, generando una sensación de constante amenaza y peligro al interior de Villatina. Por esta razón, la comunidad exigió la instauración de una base militar al interior del barrio (Márquez, 1998). En medio de la hostilidad entre las bandas se sumó entonces –desde una presencia más recurrente- un nuevo actor armado: las fuerzas estatales, generando un aumento en la tensión por el control del territorio y los cuerpos de las mujeres.

La dinámica conflictiva en torno al cuerpo de las mujeres ocurrió porque varias consiguieron novio militar, lo cual generó disgusto en los jóvenes del barrio (Márquez, 1998).

Dicha incomodidad a raíz de las relaciones sexo-afectivas entre mujeres jóvenes y militares, evidencia un conflicto de masculinidad que se entrecruza con el control territorial. Los hombres armados no sólo demuestran su dominio mediante la adquisición de dinero, armas, etc., sino también a través de la adquisición de mujeres: poseer sus cuerpos, su atención, su compañía. De esta manera, las mujeres no son leídas como seres humanos, sino como adquisiciones que exacerbaban la virilidad.

Conforme más actores armados se disputaban el territorio, más dinámicas conflictivas emergieron, entre estas: fronteras invisibles, toques de queda, y castigos ejemplarizantes, prácticas que a lo largo de la década –inclusive algunas hasta la actualidad- se sostuvieron, y adquirieron un pico de violencia alto. Según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) *Medellín: memorias de una guerra urbana*, la proliferación de estos mecanismos, se debió a un cambio de objetivo sobre el control territorial en la ciudad, disputado fuertemente entre bandas y milicias; el fin ya no era controlar los barrios en su amplitud, sino las cuadras o sectores de cada barrio. Para los años ochenta en Villatina, hacían presencia las bandas juveniles, milicias populares y agentes del Estado, todos con intenciones de controlar el territorio.

Bajo este panorama, la violencia empezó a reflejarse no sólo en el asesinato de miembros de grupos armados, sino también de población vulnerable, como niños y niñas. Fue en ese entonces, cuando ocurrió el segundo suceso que marcó –al igual que el deslizamiento- un antes y un después en la historia del barrio, y que constató definitivamente, el grado de violencia que habían alcanzado las conflictividades urbanas en Villatina: La masacre.

El 15 de noviembre de 1992, una niña, siete niños y un joven fueron asesinados en el barrio, a manos de integrantes de la policía y el ejército que vestían de civil. El hecho ocurrió en horas tempranas de la noche, por lo cual varias personas del barrio presenciaron los asesinatos e intentaron socorrer a una de las víctimas que quedó herida y posteriormente murió en el hospital.

Las sospechas de la incursión policial comenzaron la misma noche de los hechos. Según lo que establecieron informes judiciales, una de las víctimas, el joven Nelson Duban exclamó dirigiéndose a los asesinos instantes antes de recibir las heridas: “ustedes son Feos

(expresión con la que se conocía en esa época a los policías adscritos al F-2)". Nelson habría reconocido a uno de los agresores, quien podría ser compañero de trabajo de su tío Jairo Flórez, un agente de la Sijín Antioquia asesinado semanas antes (Agencia Prensa Rural, 2008, párr. 11).

Según el Informe de la Solución Amistosa de la Masacre de Villatina<sup>22</sup> (2005) sólo hasta 1998 el Estado reconoció de manera pública su responsabilidad, pero, más allá del reconocimiento nunca se supo por qué miembros de la fuerza pública cometieron este atentado contra las víctimas. No obstante, algunos análisis sobre las conflictividades y violencias que vivía Medellín para la época de entonces, interpretan la masacre como una represalia indiscriminada que efectuó la policía nacional respondiendo a la medida tomada por el narcotraficante Pablo Escobar, quien ofrecía 2'000.000 de pesos por asesinar a miembros de la institución armada (Agencia Prensa Rural, 2008).

Solo hasta el año 2002 fue posible culminar la solución amistosa y con ello efectuar las medidas de reparación para la comunidad, las cuales se materializaron a través de la construcción de un monumento denominado "*Los niños y las niñas de Villatina*" ubicado en el centro de la ciudad en el parque El Periodista<sup>23</sup>, la construcción del centro de salud del barrio, la remodelación del colegio San Francisco de Asís para que pudiese abarcar la educación secundaria, y varios programas de educación no formal enfocados en la generación de empleo, los cuales estaban principalmente dirigidos a personas jóvenes (Comisión Interamericana de Derechos Humanos, 2005).

Sin embargo, pese a las acciones desplegadas por el Estado para reparar a la comunidad, aún resalta al interior de ésta una ruptura muy fuerte con la noción de seguridad o bienestar que pudiese proveer la policía y las instituciones estatales no armadas. Y aunque la desconfianza existía previa a la masacre, fue reforzada por ésta, especialmente por la impunidad que tuvieron los hechos,

---

<sup>22</sup> La solución amistosa estaba integrada por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el Comité de Derechos humanos Héctor Abad Gómez y la República de Colombia.

<sup>23</sup> Sobre este monumento existen discrepancias en la comunidad y en el movimiento de víctimas. Para algunas personas la ubicación del monumento es un problema, en la medida en que está en una zona de alto consumo de sustancias psicoactivas y el sentido de este monumento se pierde. Para otras, era importante que el monumento se hiciera fuera del barrio y, de esta manera, mostrar la magnitud de lo sucedido. En todo caso, las controversias frente al monumento muestran también la complejidad de las medidas de reparación.

de los cuales no se responsabilizó judicialmente a ningún miembro de la policía de los que estuvieron presentes esa noche.

A raíz de la masacre, el Estado fue presionado por instancias internacionales a re-direccionar su accionar en el barrio. Para efectuar este cambio, la presencia institucional se enfocó en ofrecer programas, ayudas y proyectos que pudiesen mejorar las condiciones del barrio y de quienes lo habitaban. Quienes más accedieron a los programas de capacitación fueron las mujeres, en primer lugar, porque la mayoría no contaba con un trabajo remunerado y, por ende, tampoco con una independencia económica y, en segundo lugar, porque muchas de las labores que ofrecían estos programas eran quehaceres feminizados, los cuales garantizaban una entrada económica y, a la vez, una permanencia de las mujeres en el ámbito doméstico: costura, atención geriátrica, repostería, manejo de máquina plana, etc. Así lo recuerda una mujer del barrio:

Yo aprendí panadería, entré a un cursito, me vine, hacía panes y vendía. Ahg, pero yo viéndome tan sola no era capaz como de sostener la venta, haciéndolos, ay no, yo me cansé y dejé eso (...) Y ya después me entré a estudiar máquina plana a aprender, y volví a trabajar, pero tampoco me aguanté, porque el trabajo era fuera del barrio y dejaba muy solos a los muchachos (...) En el último curso al que me metí estudié modistería, entonces me puse fue a coser, coserle a la gente, tomando medidas, arreglando ropa, les hacía vestidos, blusas, pantalones, así trabajaba desde la casa (mujer habitante de Villatina, 58 años, comunicación personal, septiembre de 2021).

La importancia de estos programas en la vida de muchas mujeres fue un aspecto notorio cuando algunas me relataban sus historias de vida, puesto que después de aprender estos oficios, lograron tener un ingreso económico que, aunque fuese poco, no habrían imaginado algún día tener. Uno de los mayores beneficios resaltados por las mujeres, era la posibilidad de trabajar desde casa, porque podían continuar con las labores de cuidado de sus hijos, hijas y esposos, quienes no las dejaban trabajar en nada más, sometiéndolas a un control doméstico/afectivo.

Estas capacitaciones fueron beneficiosas especialmente para las mujeres que convivían con sus maridos, aquellas que eran madres solteras, nunca lograron sobrevivir de labores como la

costura o cocina al interior del barrio. Al pensar en condiciones barriales que mejoraron mediante la intervención estatal, también resaltaron la construcción del centro de salud y el colegio, las cuales fueron importantes para ellas como madres, puesto que ambas instalaciones mejoraban la calidad de vida de sus familias y ellas mismas.

La mayoría de programas sociales implementados en Villatina después de la solución amistosa fueron planeados tras conocer las necesidades más urgentes del barrio. Este trabajo previo de identificación fue posible gracias a varias mujeres del barrio, quienes enunciaron problemáticas como: manejo de basuras, acceso al agua, iluminación de las vías, atención a la población de la tercera edad, espacios de esparcimiento y enseñanza para los niños y niñas, solvencia económica para las personas cuidadoras, etc. El conocimiento de las mujeres respecto a estas situaciones provenía de su cercanía cotidiana con el barrio en el entorno vecinal, y de un legado histórico de trabajo comunitario previo a que la institucionalidad se preocupara por los derechos y las condiciones mínimas de la población.

Varias de las mujeres que han trabajado por la exigibilidad de estos derechos, no se identifican a sí mismas como lideresas, sin embargo, son referenciadas por la comunidad como gestoras porque realizan actividades como recolección de firmas, asistencia a reuniones, repartición de mercados, etc., y en varios momentos han presionado a la institucionalidad por más recursos para el barrio, o han realizado propuestas conjuntamente con la iglesia para recoger fondos y alimentos. Dos de las mujeres con quienes trabajé fueron gestoras en Villatina, y a través de sus relatos pude conocer su percepción<sup>24</sup> sobre el accionar del Estado en el barrio y cómo con o sin éste han solventado algunas necesidades de la comunidad y problemáticas estructurales del territorio.

Un año después de la masacre, las bandas juveniles decidieron no continuar con la confrontación armada entre sí, por lo cual se realizó un pacto de paz<sup>25</sup> en el que participó una

---

<sup>24</sup> Estas percepciones, sentires y acciones de algunas mujeres con quienes trabajé en torno a la gestión barrial, son ampliadas descriptivamente en el capítulo dos y analíticamente en el capítulo tres.

<sup>25</sup> Las estrategias de pactos de paz fueron promovidas por varios actores sociales, como Pastoral Social, la Consejería Presidencial para Medellín y las organizaciones sociales y comunitarias. En la década de los noventa se firmaron varios

comisión de mediación integrada por el padre de la iglesia católica, un representante de cada una de las bandas y una persona de la Corporación Región. Meses después el pacto falló debido al asesinato de tres miembros de una de las bandas, lo cual generó nuevamente confrontaciones (Zapata, 1994).

La disputa armada por el barrio se reactivó por el fallo en el pacto de no agresión, pero también por la presencia de otros actores armados que, aunque no estaban ubicados directamente en Villatina, sí tenían influencia, disputas y negocios con las bandas juveniles del barrio. Una de estas agrupaciones eran las milicias del ELN: Comandos Armados 6 y 7 de noviembre, quienes se ubicaban principalmente en el barrio La Sierra, desde finales de los años ochenta.

A raíz de la presencia de varias de estas milicias, la comuna ocho fue estigmatizada como un territorio *guerrillero*, razón por la cual, su sometimiento y control comenzó a ser disputado por la banda La Terraza, una agrupación criminal que operaba en toda la zona nororiental de Medellín, y cuya trayectoria delictiva comenzó bajo la dirección del narcotraficante Pablo Escobar, y se extendió por varias comunas de la ciudad con la intención de exterminar las milicias urbanas y consolidar el proyecto narco – paramilitar (Gil, 2009).

Esta confrontación económica y política repercutió fuertemente en Villatina, conllevando a que sus habitantes vivieran un periodo de violencia caracterizado por la irrupción de personas desconocidas que ingresaban al barrio armadas, con el fin de atacar las bandas y milicias de allí, y atentar contra integridad y vida de la comunidad.

---

de estos pactos en varias comunas de la ciudad. Así mismo, en 1994 se firmó un acuerdo de paz con varios grupos milicianos de Medellín, el cual fue el primer acuerdo urbano de este corte (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017).

#### 4.2 Villatina entre los años 1995 – 2005: “De traquetos a paracos”<sup>26</sup>

A mediados de los años noventa la dinámica del conflicto armado y delictivo en Medellín tuvo un cambio radical. Tras la captura y asesinato de Pablo Escobar, el liderazgo de las bandas delictivas y la economía del narcotráfico, estaban siendo fuertemente disputados por otros narcotraficantes del país. La intención de éstos era obtener el monopolio absoluto sobre Medellín, y para esto debían cooptar o exterminar al resto de grupos armados, incluyendo principalmente a las milicias. En pro de este fin, decidieron aliarse con las recién creadas Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y la banda La Terraza (Gil, 2009).

Fue así como en Medellín comenzó una época exacerbada de violencia, caracterizada por la disputa armada entre bandas y la recurrencia de delitos como asesinatos, torturas, violencias sexuales y secuestros, efectuados por cada una de las agrupaciones armadas con la intención de atacar otros grupos y/o mantener el control sobre el territorio en el que se ubicaban. Los primeros cinco años de esta década, consistieron en una guerra de bandas y la aniquilación de milicias tanto barriales como de vinculación guerrillera (Berrío et al., 2001).

Para finales de los años noventa la mayoría de milicias y bandas juveniles de la comuna ocho habían sido derrotadas, por vía militar o por acuerdos con el Estado, razón por la cual los integrantes de estas agrupaciones que no habían sido asesinados aún, optaron por cambiarse de bando, integrándose al frente paramilitar Bloque Metro. La comuna ocho en particular, fue denominada por los líderes paramilitares como “el trabajo urbano más importante de las AUC en todo Colombia” (Gil, 2009, p. 81), desde un discurso contrainsurgente.

El Bloque Metro, comandado por el paramilitar Carlos Mauricio García, alias “Doble Cero” fue una de las fuerzas más contundentes que tuvo esta agrupación ilegal en Medellín. Su presencia

---

<sup>26</sup> “De Traquetos a paracos” es una expresión utilizada por el sociólogo colombiano Max Yuri Gil (2009), quien en su estudio: “Paramilitarismo y conflicto urbano: Relaciones entre el conflicto político armado nacional y las violencias preexistentes en la ciudad de Medellín: 1997-2005” hace referencia a la transformación de los grupos armados en Medellín, los cuales a mediados de los noventa fueron derrotados por los paramilitares, en la búsqueda de éstos por el control hegemónico del crimen organizado en la ciudad.

se extendió desde el nordeste y el oriente antioqueño, y llegó a la zona centro-oriental y a la comuna 13 de la ciudad en el año 1998. Dentro de sus principales funciones estaba la confrontación con milicias urbanas de las FARC – EP y el ELN, así como el control social y territorial de los barrios<sup>27</sup>.

Esta puja territorial incrementó la violencia de manera diferenciada para hombres y mujeres. Durante esta época las cifras de homicidios se exacerbaban, siendo principalmente los varones a quienes asesinaban, mientras que, para las mujeres, el control territorial implicó padecer violencia sexual, la cual, fue ejercida por todos los actores armados, aunque se reconoce como un mecanismo mayoritariamente desplegado por los grupos paramilitares (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017). El informe del Centro Nacional de Memoria Histórica “*Medellín: memorias de una guerra urbana*” retrata una particular afectación sobre la libertad y autonomía de las mujeres, producto de que éstas fueron cosificadas por los todos los grupos armados:

La violencia sexual contra niñas y mujeres, principalmente, da cuenta de esta lógica de apropiación del cuerpo de las mujeres. La percepción de estos riesgos diferenciados para ellas hizo que muchas se replegaran del espacio público al sentir coartada su libertad para transitar por sus territorios de forma segura (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017, p. 300).

El Bloque Metro ejerció varias violencias sobre las mujeres e infancias de Villatina para intimidar a la población. En una de las entrevistas que realicé a las mujeres del barrio, una de ellas evocó el año 2000 como uno de los momentos más sanguinarios y peligrosos, puesto que era recurrente ver hombres no pertenecientes al barrio ingresar con los rostros cubiertos y armados. Hubo un ensañamiento fuerte contra las mujeres jóvenes, lo cual repercutió en que varias adolescentes fueron violadas y descuartizadas por este frente paramilitar:

Acá antes y alrededor eran ranchos para violar, les cortaban la cabeza, [...] y los cuerpos los enterraban o los dejaban en las esquinas [...] Era por venganza a las familias de las mujeres de aquí y de otras partes de la ciudad [...] Acá han encontrado hasta cuerpos

---

<sup>27</sup> Para más información sobre el Bloque Metro, sugiero revisar los reportajes realizados por el portal periodístico Verdad Abierta. Ver: <https://verdadabierta.com/sotelo-acabo-con-el-frente-que-creo/>



descuartizados cuando a veces construyen o remodelan (mujer habitante de Villatina, 48 años, comunicación personal, abril de 2021).

Hubo un tiempo en que se robaban los niños, había que guardarlos, se los llevaban por la batea [...] Los del barrio empezaron a averiguar sobre los que se robaban los niños, se vestían todos de negro con pasamontañas, cogieron a tres y mataron a dos, desde ahí comenzó la limpieza social, ahí cayó mucha gente (mujer habitante de Villatina, 55 años, comunicación personal, abril de 2021).

Los enfrentamientos armados y el constante reacomodamiento de los grupos y sus líderes, generó un ambiente tenso cargado de desconfianza en el barrio: quien no fuese conocido era una amenaza. Esto generó el despliegue de varias medidas regulatorias sobre la cotidianidad tales como las fronteras invisibles y los toques de queda. Así lo narraron algunas mujeres:

Puras fronteras en toda la ocho, amenazaban con picar a la gente [...] Los mismos vecinos hacían señas para no pasar [...] Había que salir por los esposos al cuadradero, o a los familiares que uno recogía, a la gente para que supieran que eran de acá [...] A mi esposo no lo conocían porque se la pasaba trabajando, a mí sí me conocían (mujer habitante de Villatina, 48 años, comunicación personal, abril de 2021).

Ah sí, muchas veces teníamos que estar temprano, decían que no nos dejáramos coger muy de la noche, que llegáramos temprano a la casa, entonces nosotros procurábamos llegar temprano a la casa (mujer habitante de Villatina, 55 años, comunicación personal, diciembre de 2020).

Conforme la ofensiva paramilitar se disputaba el barrio –y en general de la comuna ocho-, dinámicas como la *limpieza social*<sup>28</sup> hicieron parte del repertorio de acciones de estos grupos armados. La limpieza implicaba asesinar, golpear o amenazar a las personas que cometieran robos,

---

<sup>28</sup> Como me referí anteriormente, este concepto ha sido polémico. Uso las cursivas porque si bien este es el término con el que se ha asociado a las prácticas de exterminio social en el país, su uso denota condiciones morales que hacen que, para el Centro Nacional de Memoria Histórica (2015), esta sea una violencia mal nombrada, y que, por ello, ellos hayan preferido nombrarla “como exterminio, aniquilamiento o matanza social” (p.17).

violaciones, consumo de drogas en determinados lugares, etc., en sí, acciones que estos actores percibieran como una amenaza a la convivencia del barrio, o como un comportamiento amoral. Estas acciones eran denunciadas por la misma comunidad, lo que generaba un ambiente hostil que incluía la amenaza constante de hablar con “*los muchachos*”<sup>29</sup>, y a la vez legitimaba a éstos como quienes podían “justiciar” y “castigar”. La percepción de las mujeres en cuanto a esta legitimidad se justificaba a raíz de la inoperancia por parte de la policía:

Son los que arreglan los problemas en el barrio, la gente les teme es a ellos. Que por ejemplo uno allí se robó alguna cosa, ayy, sí ellos se dan cuenta [...] y les temen, porque si hacen algo van y los llaman a ellos, entonces ellos hay mismo se le presentan y obran más que la policía, porque a la policía no le tienen... como le dijera, uno los llama... si acaso vienen [...] llegan cuando ya está el muerto [...] Por eso le digo, los muchachos son los que mantienen la gente a raya, y vivimos tranquilos, sin problemas, muy en paz, no se da uno ni cuenta cómo viven ellos, cómo hacen sus fechorías, cómo viven no sabemos, uno no sabe [...] porque uno no tiene conexión con ellos, ellos nunca van a decir, ni le van a contar a ninguna persona [...] uno sabe que existen, que están ahí y no más, pero uno sabe que ellos cuidan el barrio y no permiten ni que este se levante a robarle a aquel (mujer habitante de Villatina, 56 años, comunicación personal, febrero de 2021).

Esa gente antes lo cuidan a uno [...] La amenaza por acá es «Voy a hablar con los de arriba» y ya todo el mundo sabe (mujer habitante de Villatina, 56 años, comunicación personal, abril de 2021).

Estos actores armados, además de brindar una noción de protección a quienes habitaban el barrio, también impartían autoridad sobre el tiempo de las personas a través de los toques de queda, medida que solía ser tomada con la intención de excluir el escenario de confrontación del tránsito de niños, niñas, mujeres, etc., personas que no participaran directamente en los ataques.

---

<sup>29</sup> Al preguntarles específicamente por algunos actores, algunas afirmaban recordar mucha presencia sobre todo paramilitar para la época de entonces, pero si no mencionaba estos nombres previamente, ellas siempre les nombraban como “los muchachos”.

Conforme las mujeres relataban sus recuerdos respecto a las violencias que habían presenciado en el barrio a manos de estos actores, pude percatarme de la proximidad que tenían con éstos. De hecho, la expresión “los muchachos” era utilizada para referirse a ellos, no por falta de conocimiento respecto a las estructuras delictivas que operaban al interior del barrio, sino porque quienes las integraban solían ser jóvenes que ellas mismas habían visto crecer: “el vecino”, “el amigo de mi hijo”, o incluso “mi hijo, que se estaba involucrando”<sup>30</sup>. Así me lo narró una de las mujeres de Villatina:

Sí, conocidos, vecinos de ahí mismo, nosotros los llegamos a conocer. Muchos de esos muchachos, muchachos de ahí de las escalas que nunca se llegaron a meter con nosotros, conocidos, vecinos de la misma cuadra, de las mismas escalas de donde nosotros vivíamos [...] Cuando menos pensábamos nosotros escuchábamos las balaceras, pero no me llegué a dar cuenta porqué, muchachos conocidos, muchachos pequeñitos [...] conocida de las mamás de ellos [...] yo pasaba y los saludaba a los muchachos, y a la mamá y al papá también los llegué a conocer. Muchachos del barrio (mujer habitante de Villatina, 56 años, comunicación personal, diciembre de 2020).

Esta expresión cercana respecto a los actores armados era a la vez ambivalente, dado que también implicaba una lejanía a través de la des-personificación. Como si “los muchachos” sin importar bien quiénes, ni bajo qué grupo, ni las historias propias detrás de esos rostros, siempre continuaran siendo los muchachos, lo cual se iba haciendo más real, conforme la muerte, la cárcel o el desplazamiento los alejaba o exterminaba y, aun así, nuevamente, otros jóvenes se convertían en los muchachos. Así lo manifestó una de las mujeres: “es que matan a unos y vienen otros”<sup>31</sup>.

La proximidad con los actores armados muestra una dinámica cotidiana en las relaciones sociales que alimentan como tal las conflictividades urbanas (Blair et al., 2009). Quienes son asesinados entran en cercanías desde el ser hijos, hermanos, novios, amigos etc., y quienes asesinan

---

<sup>30</sup> La capucha denota una característica clave en los actores armados, ya que generalmente es muestra de que quienes portan las armas no son externos a los territorios (Centro Nacional de Memoria Histórica et al., 2017).

<sup>31</sup> Expresión utilizada por mujer habitante de Villatina, durante una conversación personal en febrero de 2021.

también. Varias de las confrontaciones, amenazas y tensiones no tuvieron lugar sólo por el interés en controlar el territorio, sino también a raíz de problemas personales, directos e indirectos en los que participaban no sólo los actores armados sino toda comunidad en sí, entrecruzando constantemente escenarios tanto públicos como privados en la confrontación armada y las conductas violentas.

Esto se refleja en algunas anécdotas sobre los muchachos que las mujeres narraban, porque al hablar de estos actores, recordaban mucho a sus hijos varones, bien fuese porque algunos eran amigos de sus hijos, o porque incluso sus propios hijos se habían involucrado. Estos recuerdos de carácter más íntimo, permitían entrever cómo situaciones personales eran atendidas por estos actores armados, aún incluso, cuando éstas no tuviesen que ver directamente con sus intereses delictivos.

A mi hijo un día le pegaron con un bate, la policía no solucionó nada, pero los de la esquina sí, hicieron que se desapareciera el que le había pegado. Después de eso, vi a mi hijo con una navaja que le regalaron los de la esquina, yo lo regañé, que no recibiera eso, que esos mismos que le dieron eso eran los que lo hundían después [...] Me lo querían involucrar [...] Es que mi hijo ha sido vicioso [...] Yo intento que él deje el vicio, que no se involucre, para que no me lo maten. Dios me ha ayudado mucho (mujer habitante de Villatina, 86 años, comunicación personal, febrero de 2021).

Estos relatos fueron difíciles de abordar porque para ellas involucraban pautas morales – especialmente religiosas- sobre lo que es ser una buena madre. Debido a que conforme la confrontación armada y la violencia se exacerbaba en Villatina, sus hijos varones crecían, y aumentaba la posibilidad de que éstos formaran parte de alguna agrupación armada. Para ellas, su papel como madres consistía en la prevención de esta situación. Incluso en las conversaciones individuales que sostuve con las mujeres, todas hacían la salvedad de que sus hijos no habían tenido nada que ver con las bandas del barrio, sin que yo se los preguntara. No obstante, una de ellas – después de varias conversaciones- tuvo la confianza de mencionar la pérdida de uno de sus hijos, quien fue asesinado en un enfrentamiento.

En efecto, durante esta década los enfrentamientos armados aumentaron, tanto en Villatina como en toda la comuna ocho. Esto da muestra de que, pese a que el proyecto paramilitar había logrado incursionar en el territorio a través del Bloque Metro, su mandato no fue acoplado sin oposición, por el contrario, fue disputado tanto por las milicias presentes en la zona, como por un actor cercano. A comienzos del año 2001, emergió otro frente paramilitar interesado en el monopolio de las redes de tráfico de drogas en la ciudad: el Bloque Cacique Nutibara (BCN), el cual se disputó poder con las milicias guerrilleras, pero sobre todo con el Bloque Metro de las AUC.

Se produjo el enfrentamiento visible al interior de los dos grupos que habían confluído en el proyecto paramilitar de controlar a Medellín, uno, el Bloque Metro, liderado por Mauricio García Duque alias "doble cero", que representaba más a grupos de narcotraficantes y terratenientes del oriente y nordeste antioqueño, y el otro, el Bloque Cacique Nutibara, liderado por alias Don Berna, que agrupaba principalmente a los narcotraficantes del Valle de Aburrá (Gil, 2009, p. 14).

Esta nueva guerra terminó de aniquilar y/o integrar a miembros de bandas como La Cañada, ubicada en el barrio Caicedo, y de las milicias 6 y 7 de noviembre del barrio La Sierra. El interés principal del BCN, además de solventar varios problemas en el accionar del Bloque Metro, era apropiarse de los grupos que este bloque ya había cooptado, con el fin de culminar de una vez por todas el proyecto del dominio paramilitar en la ciudad (Gil, 2009).

El enfrentamiento entre estos bloques paramilitares generó una proliferación de nuevas bandas en distintos barrios de la comuna ocho, con las cuales ambos bloques generaron alianzas y redes; particularmente en Villatina emergió la banda Los Mexicanos. La mayoría de estas agrupaciones armadas tenían alianza con el Bloque Cacique Nutibara, puesto que éste llevaba la delantera y estaba coordinado y auspiciado económicamente por la Oficina de Envigado<sup>32</sup> (Berrío et al., 2001).

---

<sup>32</sup> Es una organización criminal que emergió a comienzos de los noventa por el entonces integrante de las AUC Diego Murillo Bejarano, alias "Don Berna". Esta estructura criminal se configuró articulándose a las redes de tráfico de drogas del narcotraficante Pablo Escobar.

A finales del año 2003, el BCN, como parte de las estructuras de las AUC, hizo parte de las negociaciones con el gobierno del expresidente Álvaro Uribe llegando a un acuerdo de entrega de armas y desmovilización. No obstante, varios grupos armados vinculados a la Oficina de Envigado, continuaron operando hasta el 2005, año en el ocurrió un segundo proceso de desmovilización (Gil, 2009).

La convergencia, confrontación y articulación entre varias de estas agrupaciones, evidencian un escenario de disputa armada y control territorial complejo, en el que es difícil precisar con exactitud las intenciones políticas y económicas tras las que cada uno de estos grupos armados accionaba, más aún, teniendo presente que éstos estaban en su mayoría, conformados por jóvenes del mismo barrio que hacían parte del tejido social de la comunidad.

Sin embargo, los relatos de las mujeres al recordar las conflictividades urbanas de aquella época, hacen referencia más que a actores armados, a prácticas violentas que permearon la cotidianidad del barrio. Al respecto, coincidieron en señalar dos aspectos: Primero, que estas violencias –violación, secuestro, asesinato y desaparición- eran perpetradas por actores externos al barrio. Es decir, *los muchachos* ya no eran los únicos que portaban las armas, y había una sensación de constante desconfianza y amenaza contra cualquier persona ajena al barrio. Segundo, estas prácticas violentas arremetieron principalmente contra personas concebidas como población vulnerable: mujeres e infancias, generando pánico en la comunidad.

A su vez, algunas mujeres padecían en sus hogares violencias sexuales y de género a manos de sus maridos, otras afrontaban el sostenimiento económico de lleno de sus familias. Sus vidas íntimas fueron trastocadas por las dinámicas violentas que imponían distintas agrupaciones armadas, emergiendo y/o articulándose con otras conflictividades tales como el desplazamiento, drogadicción, hambre, ajusticiamiento a mano propia y falta de acceso a servicios básicos de salud y educación.

Y aunque las conflictividades urbanas persistieron posterior al año 2005, cabe destacar que a partir de esta época las violencias asociadas a la puja territorial entre actores armados adquirieron

un punto de inflexión, debido al proceso de desarme, desmovilización y reinserción (DDR) de las AUC, sin embargo, esto no implicó un cese definitivo del accionar paramilitar en el país y en la ciudad (Gil, 2009).

Este punto de inflexión fue percibido desde los recuerdos de las mujeres como un momento en el que la violencia disminuyó. Los enfrentamientos armados empezaron a ocurrir en lapsos de tiempo más espaciados, lo que generó una percepción menos insegura del barrio, pues las balas entrecruzadas ya no amenazaban constantemente la vida de quienes habitaban el territorio.

#### **4.3 Reflexiones de cierre.**

Las conflictividades urbanas que tuvieron lugar en la comuna ocho en la década de 1995 – 2005, estuvieron relacionadas principalmente con violencias llevadas a cabo por actores armados. Develando una época caracterizada por la puja de control sobre la comuna entre grupos guerrilleros y paramilitares, sin embargo, este conflicto se desarrolló articulándose a bandas barriales preexistentes en el territorio, y problemáticas sociales de índole tanto barrial como personal.

En Villatina las bandas juveniles que emergieron desde mediados de los años ochenta, continuaron su dominio por sectores del barrio. No obstante, con la llegada del Bloque Metro a la comuna, los primeros cinco años de la década de interés se caracterizaron por la recurrencia de confrontaciones armadas y la imposición de toques de queda y fronteras invisibles. Estas medidas buscaban regular la cotidianidad de las personas que vivían en el barrio, e instaurar un mayor control sobre quiénes podían o no habitar las calles.

Los actores armados referenciados como externos al barrio, tales como la policía nacional y el Bloque Metro, desplegaron asesinatos y violaciones contra niños, niñas y mujeres, con el fin no sólo de hacer explícito el daño, sino también como táctica de ataque e intimidación contra las bandas del barrio. La violación hacia las mujeres y amenazas por relaciones sexo – afectivas que éstas pudiesen sostener con hombres pertenecientes al *bando enemigo*, son prácticas violentas que permiten entrever cómo en la disputa armada territorial, los cuerpos de las mujeres adquirieron un lugar de apropiación, significando un botín de guerra.

Estas violencias y regulaciones sociales que cometieron e impusieron varios actores armados en el barrio, son recordadas significativamente por las mujeres con quienes trabajé, en vista del peligro que implicaba directamente e indirectamente para ellas como madres: el temor de que sus hijas fuesen violadas y/o desaparecidas, y sus hijos se involucrasen con estos grupos armados, ya que conforme los enfrentamientos transcurrían, más integrantes necesitaban estas bandas. Sus recuerdos están atravesados por el temor de lo que pudo haber sido, o la tristeza de lo que en algunos casos fue.

Los últimos cinco años de este período, se caracterizaron por el reacomodo de las bandas del barrio mediante alianzas y redes de tráfico con el Bloque Cacique Nutibara, lo cual devino en el surgimiento de una nueva agrupación conocida como Los Mexicanos. El proyecto narco – paramilitar implicó durante estos años un aumento significativo de plazas de vicio en Villatina y, por ende, acrecentó el consumo de drogas.

Las medidas regulatorias de estos grupos armados se articularon con las tensiones vecinales al interior del barrio, generando mediante rumores y quejas por parte de la comunidad hacia los actores armados, una agudización de rencillas personales; entrecruzando cercanías y enemistades personales con la disputa armada que vivenciaba el barrio. Esta dinámica transcurría desde antes de 1995, y aunque se ha mantenido en el tiempo, su desenvolvimiento no es igual, puesto que los actores armados y su dirección política y/o interés delictivo también han cambiado.

Este ejercicio de acercamiento con mujeres del barrio, posibilitó una reconstrucción inacabada del contexto de las conflictividades urbanas en Villatina mediante el contraste entre distintos estudios académicos y la escucha en campo. Algunas de sus anécdotas dan muestra de la relación e importancia que tienen las emociones, cercanías y convivencia en las conflictividades urbanas, las cuales se expresan concretamente en la cotidianidad y adquieren un matiz diferente en el escenario urbano, que no responde meramente al traslado del conflicto armado nacional en las ruralidades a las ciudades (Berrío et al., 2001).



De manera paralela, el acercamiento al contexto barrial y de ciudad, articulado a conocer las vivencias de las mujeres en estos espacios, me permitieron reconocer la relación entre las dinámicas cotidianas, las conflictividades urbanas y la configuración de subjetividades políticas. Lo cual abordaré con mayor profundidad en los siguientes dos capítulos.

La mayoría de conversaciones personales que sostuve con las mujeres, comenzaban al preguntarles qué recordaban sobre sus vidas en Villatina en aquel tiempo entonces, fue así como a través de sus relatos no sólo identifiqué la presencia y prácticas de ciertos actores armados en el barrio, sino también sus propias historias de vida que enunciaban otras conflictividades urbanas que ellas, desde su lugar como mujeres y madres, vivenciaron.

Paulatinamente, algunas preguntas comenzaron a adueñarse de mis observaciones y reflexiones... ¿Qué ha significado ser mujeres en medio de todo este contexto? ¿Qué ha implicado para ellas criar a sus hijas e hijos en este territorio? ¿Ser abandonadas por sus esposos o continuar casadas? ¿Cómo se ha relacionado su concepción sobre ser mujer con estas dinámicas violentas?

Estas preguntas se dirigen al tema de mayor interés en este trabajo de grado: las subjetividades políticas de las mujeres, las cuales son abordadas en el siguiente capítulo desde una perspectiva feminista y antropológica, que busca posicionar las percepciones, sentires y vivencias de las mujeres, como narrativas importantes en el acercamiento por comprender las conflictividades urbanas de Villatina.

## 5 Capítulo II. Ser madre en medio de conflictividades urbanas: Percepciones, sentires y vivencias situadas.

### 5.1 Primera parte. ¿Importa lo que sienten las mujeres?

Comienzo este capítulo con una de las preguntas que me empujó de manera decidida a consolidar un acercamiento investigativo que pusiera en el centro la interlocución con las mujeres. Sus recuerdos y relatos son el punto nodal de este apartado, en el cual propongo entablar un acercamiento analítico mediante algunas de las subjetividades que estas mujeres han encarnado en sus vidas, mientras transcurrían las conflictividades urbanas en el barrio Villatina de la comuna 8 de Medellín.

Esta búsqueda académica y personal respecto a la relación entre las subjetividades de las mujeres y las conflictividades urbanas, fue consolidándose al encontrar que la mayoría de investigaciones sociales<sup>33</sup> han abordado el conflicto armado de la ciudad de Medellín, centralizando sus análisis en una lectura macro-política del conflicto<sup>34</sup>, donde las instituciones y los actores armados han tenido el protagonismo, mientras las mujeres y sus vivencias sólo han cobrado sentido cuando se les nombra como víctimas, lideresas y, recientemente, como integrantes de algunos grupos armados<sup>35</sup>. Cuando las mujeres no ocupan ninguno de estos tres lugares, parecieran quedarse relegadas a un papel testimonial e inerte, el cual desvincula el alcance y la particularidad de sus miradas, y todo el entramado subjetivo que sus experiencias aguardan con una potencialidad muy grande: leer el conflicto desde una perspectiva feminista.

---

<sup>33</sup> Algunas de las investigaciones retomadas fueron: “*Violencias, conflictos urbanos, guerra civil: El caso de Medellín en los noventa*” desarrollado por la socióloga Vilma Liliana Franco (2003) y “*Medellín: el complejo camino de la competencia armada*” elaborada por Manuel Alonso Espinal, Jorge Giraldo y Diego Sierra (2007). Ambas investigaciones fueron cruciales para la identificación de los actores armados y las dinámicas que permearon el conflicto urbano en la ciudad en la década de los noventa.

<sup>34</sup> Es importante destacar que la investigación social en Medellín ha venido replanteando internamente las perspectivas y enfoques para abordar fenómenos como la violencia, la confrontación armada, entre otros. Una de las miradas que más ha aportado a este cambio, es la de la socióloga Elsa Blair (2009), quien teorizó y conceptualizó las “conflictividades urbanas” como una categoría amplia y transversal, que busca confrontar la comprensión tradicional del conflicto armado en la ciudad como una guerra urbana.

<sup>35</sup> La participación de las mujeres en la guerra como integrantes de grupos armados ha sido un campo estudiado por la investigadora social Luz María Londoño. Se recomienda ahondar en su texto “*Una mirada de las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje*” (2005).

Ante esta potencialidad que esbozo es menester aclarar que, escuchar, interlocutar y evocar a las mujeres como sujetos de estudio, no implica *per se* un ejercicio feminista; pero abordar sus miradas, sentires y vivencias desde un enfoque que refleje las posiciones diferenciadas que tienen en el sistema sexo-género, con miras a problematizar la lectura binaria del conflicto<sup>36</sup> y evidenciar las articulaciones existentes entre los escenarios privados e íntimos, con las dinámicas de la vida social, sí plantea una recuperación y lente de análisis feminista.

La intención entonces de este capítulo es poner en diálogo los relatos de las mujeres que me brindaron su confianza y tiempo para contarme de sus vidas con mis observaciones en torno a las subjetividades políticas. ¿Cuáles han sido los lugares simbólicos y materiales que ocuparon estas mujeres? ¿Cómo se relacionaron estos lugares con las conflictividades urbanas? ¿Es posible entender estas subjetividades cómo políticas? Son algunas de las preguntas que guiarán este escrito.

Este capítulo está dividido en dos partes. La primera, consta de un par de relatos etnográficos que construí a partir de la historia de vida de dos mujeres en Villatina. Las narrativas están escritas en primera persona como un acto disruptivo que pretende prevalecer las expresiones propias de las mujeres, sus pausas, silencios y miradas en el relato mismo.

La segunda parte, consta de un desarrollo teórico en clave feminista de dos dimensiones de la subjetividad que identifiqué como transversales desde los relatos y conversaciones en campo: la identidad sexo – genérica y la maternidad. Allí amplió las implicaciones del leer el *ser mujer* y *madre* como lugares de enunciación relevantes en las vivencias de las mujeres respecto a varias conflictividades urbanas.

---

<sup>36</sup> La “lectura binaria del conflicto” es una expresión que utilizó para hacer referencia a los escenarios y actores que se han asociado de manera directa y sobreentendida en el conflicto armado: actores armados/ámbito público y actores no armados/ámbito privado.

### 5.1.1 Relatos etnográficos: “Yo he tenido una vida muy horrible”<sup>37</sup>

“Cuando una mujer narra su historia en primera persona está transgrediendo siempre”.

Mar Gallego (Contaora feminista)

El trabajo de campo fue uno de los retos metodológicos más difíciles que atravesó este planteamiento investigativo. Establecer contacto y cercanía en un escenario pandémico que imponía justo a lo contrario: no salir de casa ni tener contacto físico, parecía –contra todo optimismo– una imposibilidad<sup>38</sup>. Sin embargo, una vez comencé con los talleres de tejido como estrategia metodológica de acercamiento, tuve la oportunidad de conocer a varias mujeres del barrio e ir generando cercanía durante los nueve meses que estuvimos encontrándonos. Al taller asistieron alrededor de diez mujeres y, con el paso del tiempo, sostuve comunicación cercana con cuatro de ellas.

Estas cuatro mujeres tienen varios aspectos en común. Además de compartir una identidad sexo-genérica, todas son madres, practican el catolicismo, fueron desplazadas, es decir, no nacieron ni crecieron en Villatina, y efectuaron la crianza de sus hijos e hijas en el transcurso de las conflictividades urbanas entre 1995 – 2005. Sin embargo, al acercarme a sus vivencias en el barrio durante esta década, encontré varios matices y diferencias, provenientes de sus decisiones, como tal de sus historias particulares de vida, las cuales me permitieron conocer un poco respecto al cómo afrontaron y presenciaron algunas de las conflictividades urbanas que mencioné en el anterior capítulo.

“Yo he tenido una vida muy horrible” fue una frase en común que escuché en cada conversación personal que sostuve con estas cuatro mujeres. ¿Por qué? Cada que les pedía que me contaran un poco de sus vidas siempre aparecía a la mitad del relato, algunas veces al final, como una autopercepción de sí mismas, la afirmación “yo he tenido una vida muy horrible”. Después de

---

<sup>37</sup> Esta expresión fue utilizada por cada una de las mujeres con quienes compartí en Villatina.

<sup>38</sup> Sí bien no es imposible realizar investigación social a distancia, puesto que metodológicamente se han desarrollado estrategias tales como la etnografía virtual, de no haber podido efectuar esta cercanía presencial es probable que los objetivos de este trabajo de grado hubiesen cambiado.

observar la frase escrita de manera repetitiva en mi diario de campo, y, a su vez, las diferencias y similitudes entre los relatos, quise retomar esta expresión como un comienzo, como un punto de partida. ¿Por qué es tan rotunda y repetitiva esta expresión en ellas, aun teniendo vidas tan diferentes?

En este apartado retomaré de manera más amplia dos relatos de vida de mujeres que tuvieron experiencias diferentes en relación a las conflictividades urbanas en Villatina. Pese a que mi trabajo de campo transcurrió con cuatro mujeres, la cercanía y confianza afloró de manera más profunda con estas dos mujeres, lo que me permitió observar gran parte del trayecto de sus vidas, antes y durante su estancia en el barrio. A través de la construcción de ambos relatos etnográficos, pretendo recoger tanto su propia voz, como mi interpretación, puesto que quien investiga nunca se mantiene al margen ante quien escucha, más bien, entabla una conexión mediante sus propias percepciones y sentimientos, a través de su propia subjetividad (Guber, 2001).

Estos relatos, además, están atravesados por una apuesta política: posicionar las narrativas propias de las mujeres. Decidí emprender una construcción literaria en primera persona que permitiera reflejar sus expresiones, reflexiones, silencios, preguntas abiertas y llanto; en últimas, el reflejo de la humanidad de las mujeres con quienes conversé. Escribir en primera persona es mi intento académico y político por traerlas aquí, es el reconocimiento de que no quiero una sociedad ni una academia que siga hablando de las mujeres sin las mujeres.

### **Nubia<sup>39</sup>.**

Nací en Risaralda. Vivía con mi mamá, mi papá y mis hermanas en una finca que quedaba a las afueras del municipio, hasta que recién cumplí los 13 años y nos desplazaron. Esa noche nos tocó salir sólo con la ropa que teníamos puesta. ¿Qué corotos íbamos a traer? Si la cama eran unos palos clavados en la tierra, con una esterilla, un colchón y ahí dormíamos nosotros.

---

<sup>39</sup> Los nombres de las mujeres fueron cambiados para proteger su identidad y privacidad. Esto atendiendo a los acuerdos metodológicos realizados con ellas, y a que el consentimiento de las mujeres para aportar su voz en esta investigación siempre implicó confidencialidad.

Mis sueños de ser profesora se quedaron en la vereda, porque allá era el único lugar donde me permitían dar clase en los colegios rurales si cursaba dos quintos. A mí me hubiera gustado enseñar, uff, porque a mí me gustaban los niños, y yo los sabía tratar, con decirle que desde los 9 años he cuidado de niños.

Fuimos a parar al pueblo, con mucho miedo eso sí, porque la violencia nos sacó de taquito, en ese tiempo era por color político. Allá volvimos a vivir un poco más tranquilos, hasta que se me dañó la vida cuando conocí al que se convirtió en mi marido. Era un señor al que le alquilábamos una pieza en la casa, pero él nunca mantenía allá, sólo dejaba cosas para que se las guardáramos. A mí no me gustaba ni un poquito, yo estaba enamorada de un muchacho, mi primer y único amor, pero mi mamá puso mucho empeño en meterme por los ojos a ese señor, dizque porque era un hombre que prometía futuro. Mala vida fue lo que me dio.

Con mi papá arreglaron la fecha para la boda y así terminé siendo la esposa de él. En 1977 me trajo a Medellín con el cuento de que aquí íbamos a tener más oportunidades de trabajo y un mejor futuro para mis cuatro hijos: dos niñas, un varón y la bebé de la que estaba en embarazo. Pero con decirle que sólo pasó un año de recién llegados a Villatina y el señor se consiguió una mujer más joven y me abandonó. Quedé yo sola con mis hijos, y lo único que sabía hacer era lo que le había aprendido a mi mamá: la modistería, pero aquí en Villatina nunca pude vivir de eso, tuve que salir a buscar trabajo.

Fueron años muy duros, pero mi dios aprieta más no ahorca, al tiempo conseguí trabajo en un negocio de comida en el centro. No solía durar mucho en los trabajos porque daba con unos jefes muy malos que me explotaban mucho y me negaban derechos que yo tenía por ser madre pero que no conocí sino tiempo después. El caso es que sí, fui levantando a mis hijos y di con un trabajo bueno del que me logré pensionar.

Pero no crea, tanta ausencia para cuidar a mis hijos me pasó factura. La niña mayor se me casó tan jovencita, empeñada en que quería irse de la casa. Se casó a los 14 años con un tipo malo de por acá. Y a mí muchacho, al único varón que tuve, me lo mataron. [Silencio] Quedé con mis

dos hijas, la del medio y la menor. Pero perdí a una porque esa muchacha se tuvo que ir volada de este barrio, nos amenazaron.

Vea, ella se enamoró de un muchacho que vivía en otro barrio, al tiempo él se vino a vivir con nosotras y era muy bueno porque él tenía buen trabajo en una empresa lo más de seria, pero los muchachos de por acá se empeñaron en decir que él era policía. Un día la pararon a ella cuando venía para la casa y le advirtieron que se iban a las buenas o a las malas. Ellos no se fueron, se quedaron intentando explicarles y convencerlos de que él no era policía y a los meses lo mataron. Esa muchacha entró en una depresión, usted no se imagina, a ella no me la mataron, pero fue como perderla en vida.

Mi hija quedó con tanto resentimiento que se fue con la policía y aventó a más de uno por acá. Con todo eso a ella le tuvieron que ofrecer ese programa de protección a testigos y ella ya no vive en el barrio, ni a nosotros nos dejan saber dónde vive. Ella me dejó al niño porque no fue capaz de ser mamá. Entonces como usted ve [mira una fotografía colgada en la pared] yo vivo aquí con mi nieto y la hija menor.

Yo he tenido una vida muy horrible. Recién me mataron a mi muchacho yo sólo quería largarme de aquí, este barrio no me gustaba y yo no quería volver. De hecho, me fui algunos años porque después de eso por aquí no se veía sino violencia, pero al tiempo volví porque aquí tenía mi casita y levantarla no ha sido fácil. Volví con la idea de ayudar a que el barrio fuese un mejor lugar, para mí, para mi hija, para mi nieto, para todos. Así comencé yo en la gestión.

Aquí en el barrio la gente me referencia como una líder, a mí no me gusta mucho nombrarme así, más bien lo que ha sucedido es que yo, de tantos años vivir aquí, he conocido bastante a las familias y las necesidades que han atravesado. También una sabe qué arreglitos y cosas necesita el barrio para que haya un buen ambiente, como le digo, una que es la que cocina nota lo que hace falta en la nevera.

Yo fui aprendiendo a hablar en público, a recoger firmas, a llevar papeles de un lado a otro, a hacer memoriales y así iba gestionando. En este barrio yo puse mi granito de arena, en mucho de

lo que usted hoy ve. Recuerdo en especial la canalización de la quebrada de allí abajo, la disposición de contenedores para las basuras, y cuando participé en la comisión de salud porque estaban construyendo el Centro de Salud del barrio.

Pero la gestión a la que más empeño y atención le he puesto, ha sido la que ayuda directamente a las personas y familias. Veá, es que acá en el barrio un asunto crítico hemos sido nosotros, los viejos, yo por eso me gestioné recursos y logré que trajeran al barrio lentes, bastones y hasta una silla de ruedas, me iba a recoger los fichos por las laderas para las gafas y las prótesis dentales. También solicité cupos de ayuda para las personas cuidadoras, pero no fui favorecida sino con un sólo cupo, entonces se lo di a un vecino que se tuvo que salir de trabajar para poder cuidar a la mamá, porque la mamá ya estaba de mucha edad, no podía caminar, entonces para bañarla, para darle la comida, para todo, yo ese cupo se los di a ellos. Por un año recibieron capacitación y cada mes les daban artículos de aseo.

Pero no todo era con la alcaldía, otra forma de liderazgo que yo hacía mucho era a través del grupo de la iglesia. Recogíamos entre todas, lo que cada una pudiera y quisiera dar, y armábamos mercados. Cuando nos iba muy bien sacábamos dos mercados bien completos, y yo ya sabía a quienes dárselos, porque la gente de tanto verme metida en esas cosas ya sabían, a veces venían acá a la casa y me contaban “vea yo no tengo forma, estoy mal en la casa” y entonces yo les tenía más en cuenta.

Así estuve por muchos años, me metí de lleno sobre todo después de pensionarme. Pero ya hace ocho años dejé todo eso por temas de salud. A mí ya no me da para aguantar ese ritmo, es que eso me quitaba muchísimo tiempo, yo ni mantenía acá en la casa, pa’ usted encontrarme acá era un milagro, tenía que ser en la noche, porque yo todo el tiempo estaba por fuera.

Pero bueno, [suspira] ahí se van involucrando otras, y así. Entre varias hemos intentado hacer del barrio un mejor lugar. Con lo único que no hemos podido es con esas berracas plazas de vicio, es que oiga, usted cuadra de Villatina que pisa, y cuadra en la que se encuentra una plaza de vicio ¡qué cosa más brava! Yo he intentado hablar con los muchachos, pero no, eso es mejor



dejarlos en su cuento, si una los deja quietos y se porta honradamente, ellos no tienen razón pa' meterse con una.

Además, ellos son los que cuidan el barrio y hacen más que la policía. Sí alguien está robando, ¡ay que le digan a los muchachos! También ha defendido a algunas señoras que los maridos les pegaban muy feo, y una vez golpearon a un violador y lo hicieron ir de aquí. Ya gracias a dios no se ven esas balaceras y muertos como hace años, porque hubo una época en la que eso era el pan de cada día.

### **Lucero**

En esta vida yo me sentí bien hasta que murió mi papá. Tenía sólo 14 años cuando me tuve que resignar a vivir sin él, quedamos mi mamá y mis seis hermanos. Cada uno de mis hermanos fue haciendo su vida, porque todos sabíamos que con mi mamá se vivía más mal que bien. Mi hermana mayor logró casarse y el marido se la llevó de la casa, el resto de mis hermanos, todos hombres, consiguieron rapidito trabajo y se fueron. Yo que era la menor, quedé sola con mi mamá en Santa Fe de Antioquia, al tiempo nos desplazaron de allá y llegamos a esta comuna sin nada entre los manos.

Cuando nos desplazaron mi mamá estaba en embarazo, ella tuvo ese hijo y lo regaló. Mi mamá fue una mujer muy mala, yo nunca la quise, ni la podré querer. Entre las dos sobrevivimos a punta de reciclaje, nos íbamos por varios sectores de por aquí, eso era todo el día camine que camine, pero nos iba bien, con el reciclaje le va a uno bien.

Cuando eso no vivíamos propiamente en Villatina sino en un sector de la 8 que le decían Camboya, más arribita de la UVA. Allá fue la primera vez que me violaron, yo nunca he podido corroborarlo, pero estoy casi segura, que mi mamá cobró por mi virginidad [me mira directamente a los ojos]. Yo le quiero contar cómo fue para que usted me entienda porque pienso eso.

Mi mamá trabajaba a ratos de puta, y ella lo que hacía conmigo era que me dejaba encerrada en la casa, bajo llave. Ese día dos tipos entraron a la casa sin forzar ninguna puerta o ventana, entre

los dos me cogieron y salieron tranquilos, ¿cómo por qué iban ellos a tener llaves de mi casa? Si viera lo que contestó mi mamá cuando yo le conté: “Seguro usted se lo buscó”. Yo me volví muy grosera, dejé de trabajar en el reciclaje con ella y comencé a beber y fumar. A mí estar viva, siéndole muy sincera, no me importaba, me daba lo mismo que estar muerta.

Yo creo que por eso cuando los del combo me invitaron yo no lo pensé dos veces, les dije que sí. En ese tiempo por donde yo vivía y por sectores allegados a Villatina estaban dos grupos muy reconocidos: Los Tranquilos<sup>40</sup> y Los Pacos. A mí me invitaron a Los Pacos, que se llamaban así porque al líder le decían “Paco”. Yo no estaba muy metida por así decirlo, cumplía una tarea muy específica y era conseguirles gente para llevar de un lado a otro drogas, algunas veces era cocaína, otras veces *roche*. Yo no mantenía armada, por ejemplo, ni participaba de pleitos como los muchachos, yo metida en lo mío, en mi negocio.

Y es que eso era para mí, un negocio. Nunca estuve por ninguna otra razón, no me interesaba que mandaran, que me vieran, que supieran, que me tuvieran miedo, nada de eso. Yo pasaba lo más desapercibida posible, me decían “La Mona”. Mis amigas cada rato me aconsejaban que me saliera de eso, que en algún momento me iban a matar, y yo sólo les contestaba: “para morir nace uno”.

A los dos años de estar en el grupo ya me había ganado bastante la confianza de los muchachos, era cercana a algunos, incluso llegué a considerarlos mis amigos. Pero en ese mundo no se pueden tener amigos ni confiancitas, es mejor estar alerta. Justamente a mí me acusaron de sapa, de estar llevando información al otro combo. Pero yo me defendí, siempre le mostré la cara a Paco sin temor. Con el tiempo dieron con el que verdaderamente estaba pasando la información y lo mataron, lo hicieron en frente mío como para que yo viera lo que me podía llegar a pasar.

De un momento a otro empezaron a matar a los muchachos, yo sentía que venían por mí y me dio tanto miedo que me fui del todo de la casa de mi mamá y así fue como vine a dar en Villatina. Estuve un año entero encerrada. Una señora me alquiló la pieza, yo le advertí que nadie

---

<sup>40</sup> Los nombres de grupos armados y los alias fueron cambiados por motivos de seguridad y confidencialidad.

podía saber de mí, no salía ni a la tienda, sí necesitaba algo la señora me hacía el favor de traerme las cosas. La gente se imaginó que yo me había ido de Medellín.

Cuando volví a salir aún tenía ganas de conseguir más plata. Visité a mi mamá, y con esa excusa regresé a ver quién estaba vivo aún y cómo iba la vuelta. Me di cuenta de que se había conformado otro grupo, y un amigo mío lo estaba liderando, le decíamos “El Peque”, era muy buena gente, yo sabía que así iba a tener más posibilidad de volver a entrar.

Lo busqué en varias ocasiones, pero El Peque andaba unos días por fuera haciendo un trabajo. Intenté hablar con el segundo al mando y lo encontré en un bar donde me dijeron que mantenía mucho. Puede que haya sido imprudencia mía caerle así, pero no justifica lo que él hizo, me llevó afuera y en esa cuadra, en un hueco de una casa que estaba como toda metida hacia abajo, no se sí me entiende, bueno me metió ahí y me violó. No me pude defender mucho porque estaba borracha, apenas terminó me dijo: “Usted no es pa’ esto”, yo le contesté “Ah, pero ya me metí”. Encima en el andén estaban dos tipos cuidando que nadie viera nada, y yo les dije: “No se les dé nada, que los voy a ver morir”. Se cagaron de la risa.

Yo dije eso pensando en que existía la ley divina, no como una amenaza, en ese tiempo me daba temor pensar en coger un arma, menos en matar a alguien. Pero yo digo algo, a mí la vida me hizo mala, tanta cosa me llevó a ser lo que fui. Yo los maté, no directamente, pero logré que otro lo hiciera por mí. Unos meses después enamoré a un muchacho que era muy estallao’ y le conté todo con la intención de que él hiciera algo. Ojalá hubiera podido matar directamente a los que me violaron la primera vez.

Comencé a trabajar para El Peque en ese combo, éramos 25 personas. Había también otras mujeres, pero nosotras hacíamos cosas muy distintas a los hombres, algunas hacían cosquilleo en el centro, otras cargaban drogas y otras recogían algunos pagos. Yo estaba al mando de las mujeres, era la que ponía la cara por ellas ante El Peque. Muchas de ellas eran amigas, yo las fui involucrando.

Una vez a una se le ocurrió ir a recoger una plata y no traerla de vuelta. Creyó que podía irse y gastársela, pero obviamente tuvo consecuencias, sobre todo porque ella hace muchos años vivía por acá con la familia y todo. A los días ella y yo nos agarramos del pelo en la calle, le pegué tan duro que casi la mató. La solución que tuvo ella fue trabajarle de gratis a El Peque para pagarle esa plata. Así era como funcionábamos entre nosotras, no con armas sino con golpizas.

Ese combo no duró mucho, a los seis meses ya estaban matando a la mayoría de los muchachos, y cambiar de combo siempre implicaba hablar con el nuevo que quedara como líder. Las otras mujeres tenían ganas de ocupar mi lugar, porque era más sencillo mandar que untarse. Un día una amiga me cogió en una farra, empezó a tomar conmigo, estábamos tranquilas, me dijo que la acompañara a algo y yo salí detrás de ella, me picó arrastre como se dice, porque me estaban esperando varias y entre todas me cogieron a darme patadas. Esa vez me vi muy mal, casi al borde de la muerte, estuve 20 días en el hospital.

Después de esa cascada yo quedé muy mal, sin ganas de estar ahí. Tenía mucha rabia con esa supuesta amiga que me había mentido, pero yo sentía que los problemas se me estaban saliendo de las manos, que eso estaba interfiriendo con el negocio, y que en algún momento me iban a terminar matando sin tanto misterio. Yo me tomé esa cascada como un aviso.

Estuve en los combos desde los 16 hasta los 19 años de edad. Me fui alejando de a poco, intentando que no fuera algo de un día para otro. El último año yo les hacía una que otra vuelta, les llevaba razones, les guardaba cosas, les intentaba ayudar desde lo que pudiera, pero yo ya no estaba de lleno ahí. Incluso me metí de empleada para conseguir con que comer, porque toda la plata que me hice en ese tiempo me la gasté en fiestas, le regalé casa a mi mamá y a la mamá de una amiga, y el resto me lo robaron, nunca me lo reconocieron, yo sabía que pelear eso era buscar la muerte, entonces dejé eso así.

Pero uno no aprende fácil, yo sólo toqué fondo de verdad cuando me pasaron dos cosas: cuando maté por primera y última vez a alguien, y cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Yo maté a la amiga que le conté que me picó arrastre, pero fue sin intención. Un día me dio papaya, me la encontré por fin sola, lejos del barrio porque estábamos en otro lado, y yo no me aguanté, le

fui a pegar de una, el problema fue que le di un garrotazo muy fuerte en la cabeza, un golpe mal dado que llaman, y la maté. Esa sangre escandalosa en el piso, las vecinas asomadas, y yo llorando y corriendo. Le pedí como favor personal a El Peque que amenazara a la familia de esa muchacha para que no denunciaran nada. [Silencio]

Eso me asustó bastante, más que cualquier cosa que haya vivido con los muchachos. Cuando corroboré que estaba en embarazo yo me puse a pensar: “Ahg, la vida en este negocio es muy corta, ¿eso es lo que yo quiero para mi hija?”. Y dejé mis andanzas. El papá de la niña dejó a la esposa que tenía y se vino a vivir aquí con nosotras, y ya después tuve a mis otras dos hijas, puras mujeres es lo que he tenido yo.

Volví al reciclaje con mi esposo y con una plata que él tenía montamos una chatarrería. Pero no duramos mucho porque mi mamá se enfermó y a mí me tocó cuidarla. Fueron cuatro años muy duros, yo encerrada aquí en la casa y mi mamá agonizando. Ya se murió, gracias a dios por darle descanso, porque ella estaba sufriendo mucho.

Todo pasa por algo, yo que me salí de ese negocio, y la violencia que se creció. Aquí en el barrio empezaron a entrar unos hombres con pasamontañas, eran desconocidos por eso se tapaban, entraban y hacían cosas horribles. Por esa época recuerdo que se robaron a unos niños de por acá, y que aquí abajito [señala con la mano] empezaron a utilizar una casa para violar peladas. Algunas eran de por aquí otras ni idea. Las descuartizaban y a veces dejaban partes del cuerpo en los tanques de basura.

Yo estaba muy asustada, y ¿cómo no iba a estarlo? Con una niña pequeña y con dos hijas ya jovencitas. También se dispararon las fronteras invisibles y los toques de queda. Los muchachos nos avisaban cuando no podíamos salir porque la cosa se iba a poner maluca. En esta rampla de allí ellos se paraban a darse bala. Y cada rato me tocaba subir por mi esposo al cuadradero para traerlo acá a la casa porque no lo conocían, entonces para que no lo fueran a matar. Yo iba y encontraba allá a otras esposas en las mismas, como uno mantiene aquí en la casa lo conocen, en cambio ellos que mantenían trabajando casi no los distinguían, menos mi esposo que no era de por acá.

Desde que cuidé a mi mamá hasta el día de hoy trabajo de la máquina de coser. Me metí a varios de esos cursos que dieron aquí en el barrio y aprendí a confeccionar ropa interior y conjuntos de sábanas. Es mejor porque estoy aquí de lleno en la casa y puedo cuidar a mis nietos y a mi hija, la menor. Las otras dos ya hicieron su vida por fuera.

Qué más quisiera yo que poder dejar a mi marido, siéndole muy honesta nosotros ya nos odiamos más de lo que nos queremos. Él me ha pasado por delante cantidad de infidelidades, y aunque yo lo he perdonado ya no es lo mismo. Yo me le tuve que aguantar muchos malos tratos cuando tuve mi último embarazo, estaba enfurecido porque estaba preñada, me decía que le daba pereza tantos hijos. Eso sí, aunque me intentó pegar, todas las veces que lo hizo se las devolví.

Cómo le digo yo, que más le cuento. Mi vida ha sido muy horrible. Creo que sigo aquí en esta casa por mis hijas, ahora mis nietos, y porque ya no tengo forma de irme, ¿sí me entiende?

### ***5.1.2 “Lo personal es político”: Aquello que vive una mujer, lo he escuchado de muchas mujeres.***

Los dos relatos anteriores fueron posibles gracias a varias conversaciones difíciles de narrar y oír, no obstante, agradezco profundamente a estas mujeres por permitirme escucharlas y atreverse a contarme sobre sus vidas, aún en medio de los silencios que les habitaron en cada conversación. Elegí abarcar de manera más completa los anteriores relatos, en vista de que me posibilitaban dos lugares de enunciación profundamente diferentes y que, aun así, aguardan cercanías.

Cuando proyecté mi interlocución con las mujeres, tenía la claridad de que mi pregunta no estaba enfocada directamente en aquellas que se reconocieran a sí mismas como lideresas o víctimas, ni tampoco en las que hubiesen hecho parte de algún grupo armado. Nunca supe de antemano que Nubia había participado en la gestión barrial, ni mucho menos que *Lucero* había hecho parte de algunos grupos juveniles del barrio. Tan sólo sabía que habían vivido en Villatina durante mi época de interés y que, por ende, llevaban muchos años conociendo el territorio, conviviendo en él, desarrollando sus vidas personales allí. Ahí estaba mi interés académico, en

observar e intentar comprender cómo el mundo personal de estas mujeres había sido tocado por las conflictividades urbanas.

Sin embargo, emprender este camino no fue fácil porque inicialmente el silencio imperó nuestras conversaciones, develando emociones comunes en ambas mujeres, como la culpa y vergüenza. Las vivencias que Nubia y Lucero posibilitaron conocer, plantearon tres retos epistémicos para este ejercicio investigativo: Primero, dimensionar que las mujeres, pese a compartir una condición histórica y genérica inalienable en la construcción de sus subjetividades, son sujetas, individuos, seres que reaccionan de maneras distintas, que toman decisiones diferentes, que afrontan desde mecanismos diversos los hechos victimizantes que viven.

Segundo, pese a esta salvedad, continuar entrecruzando los lugares comunes que las mujeres comparten, con miras a comprender el carácter político en la construcción de sus subjetividades. Ambas mujeres fueron educadas en condiciones y entornos sociales distantes, sin embargo, les impusieron mandatos sexo – genéricos estructurales, los cuales las posicionaron de manera desigual frente a las vivencias de las conflictividades urbanas. Dichos mandatos son dimensiones mismas de la subjetividad, los cuales nombro como *ser mujer* (identidad sexo – genérica) y *ser madre* (maternidad).

Por último –tercero-, confrontar desde mi propio lente de análisis como investigadora en formación, los prejuicios y esencialismos sexistas que pueden emerger al leer y contrastar ambas historias, específicamente desde dos ámbitos: 1. Dimensionar que las mujeres no sólo ocupan lugares de enunciación tales como *víctimas*, *lideresas* o *exintegrantes de grupos armados*; que sus vivencias integran relacionamientos que en el trazo cotidiano de lo personal desdibujan estas posiciones como lugares totalizantes y tajantes. Esto es importante para 2. Cuidar este acercamiento investigativo de una comprensión homogénea y llana que enuncie a las mujeres exclusivamente desde lugares de vulnerabilidad, puesto que esto invisibiliza acciones que éstas han gestado para sí mismas y otras, y que posibilitan subvertir los límites de las narrativas más allá del silencio y el dolor.

Estos retos epistémicos son ampliados en este capítulo y en el siguiente. Puntualmente en este apartado, hay una apuesta por entender cómo estas dos dimensiones de la subjetividad de las mujeres dialogan con sus percepciones, sentires y vivencias en relación a las conflictividades urbanas, conllevando implicaciones políticas palpables en la vida cotidiana, que trascienden el lugar de mujeres y madres, de escenarios testimoniales y victimizantes, posicionando así sus subjetividades como políticas: ¿Cuáles han sido entonces los lugares simbólicos y materiales que ocuparon estas mujeres mientras transcurrían las conflictividades urbanas en Villatina?

En las conversaciones que sostuve con ellas, ser mujeres, es decir, ser educadas como mujeres y quedar en embarazo enfrentándose a la crianza y el cuidado, fueron condiciones indiscutiblemente constantes, transversales e importantes para sus vidas. Algunas expresaron: “*es que uno como es mujer entiende*”, “uno es mamá y le cambia la vida”, “me dijeron que por ser la esposa me tenía que aguantar”, “uno por ser mujer está como más expuesta”.

Ser mujer y madre aguarda una realidad para todas. Es una experiencia individual y, a la vez, profundamente colectiva. Porque asumirse en estos dos lugares de enunciación, implica reglas, compromisos, códigos y emociones que calan profundamente en las formas de ser y hacer de las mujeres, en sus subjetividades. Desde allí estas mujeres hicieron frente a varias conflictividades del barrio, desde lo que sabían, conocían y podían. Y aunque dos de ellas eligieron la gestión, otra ser parte de un grupo armado, y una de ellas nunca logró escapar de su marido, a todas las atravesaron lo que les enseñaron e impusieron sobre el ser mujeres y madres, en formas diversas, mientras sus vidas se desenvolvían en medio de las conflictividades urbanas.

En el siguiente apartado, me centraré en estas dos dimensiones de la subjetividad, develando algunas implicaciones que para estas mujeres conllevó vivenciar la confrontación armada, las regulaciones sobre la vida cotidiana impuestas por los actores armados y otras problemáticas de índole barrial, siendo madres, esposas, hijas, amantes: mujeres. Para esto, en un primer momento ampliaré teóricamente cada dimensión subjetiva y, posteriormente, abordaré a la luz de los relatos de las mujeres, cómo estos lugares de enunciación permearon y condicionaron sus percepciones, sentires y vivencias en torno a las conflictividades urbanas en Villatina.



## 5.2 Segunda parte. Un acercamiento feminista en torno a las subjetividades de las mujeres.

Las subjetividades de las mujeres poseen dos condiciones: una genérica y otra histórica, las cuales son estructurales y atraviesan cualquier cuerpo que sea generizado como *mujer* (Lagarde, 2005). Sin embargo, las subjetividades no son homogéneas puesto que las mujeres habitan diversos lugares de enunciación y condiciones sociales, económicas y políticas que generan diferencias y desigualdades –incluso– entre ellas. No es lo mismo ser mujer campesina, perteneciente a la clase media, afrodescendiente, joven, madre, etc., cada aspecto puede detonar diversas ramificaciones y particularidades para las mujeres.

Por esta razón, la construcción de las subjetividades es un proceso situado en el que intermedian la historia personal de cada sujeta, su condición genérica e histórica y el contexto socio – cultural que le rodea. En Villatina, tuve la posibilidad de acercarme a las construcciones subjetivas de cuatro mujeres que, aunque compartían similitudes económicas, etarias y de creencias, también divergieron en varias decisiones que tomaron en sus vidas.

Algunas diferencias tienen acogida al interior de los anteriores relatos de vida, puesto que éstos son situados, no sólo de manera personal por cada mujer, sino también desde un contexto barrial que en este caso específico es Villatina. Durante mi ejercicio investigativo allí, tuvieron lugar conversaciones tanto íntimas como colectivas con las mujeres que hicieron posible este ejercicio; desde estas historias y silencios recupero dos dimensiones de la subjetividad, en las que pretendo hilar cercanías y distancias que dialogan entre las mujeres del barrio y el desenvolvimiento de las conflictividades urbanas en Villatina.

Estas dimensiones son la maternidad y la identidad sexo – genérica mujer. Ambas fueron seleccionadas tras identificar en las narrativas de las mujeres un lugar tanto personal como común para hablar de sí mismas, de lo que sentían, de lo nombrado e innombrable en sus historias de vida, antes y durante su estancia en el barrio.

Encontré en el reconocerse mujeres y madres, un diálogo relacional sobre su constitución personal como sujetas y las expectativas y cargas culturales que el entorno social les ha demandado

incasablemente. Esta relación puede leerse sobre las mujeres en general, puesto que el sistema sexo-género es estructural e imparte unos mandatos culturales que permean –principalmente- la sociedad occidental. No obstante, los lugares de enunciación y decisiones personales de cada mujer al vivenciar las conflictividades urbanas, es lo que posibilita situar sus emociones, sentires, perspectivas y diálogos internos.

Estas dimensiones de la subjetividad entonces, son lugares de partida que tienen en común las mujeres con las que dialogué, y que pretendo contrastar mediante los relatos etnográficos; con el fin de develar a través de las propias tramas de vida, dinámicas que vivieron –por elección o no-, algunas de estas mujeres en Villatina mientras transcurrían las conflictividades urbanas del barrio.

### **5.2.1 Las “obviedades” hay que nombrarlas: Mujeres cissexuales<sup>41</sup>.**

*“El feminismo es un ejercicio que implica cuestionarlo todo”.*

*Señorita Bimbo (activista feminista)*

El cuerpo y el pronombre femenino/masculino, forman parte del nivel más íntimo de subjetividad que las personas construimos y, a su vez, se extienden al escenario más público. Pues al cuerpo lo habitamos tanto en la cama como en las calles, y cada que alguien se intenta comunicar con otro cuerpo, generalmente no abandona esos dos lugares aparentemente destinados: él o ella.

Esta esfera subjetiva –en apariencia individual- es la primera que quiero analizar, puesto que este ejercicio investigativo gira en torno a personas que se identifican a sí mismas como mujeres. Previamente he reflexionado sobre la importancia de situar y no homogeneizar las experiencias de las mujeres, sobre la particularidad genérica que sus miradas aportan, empero, no he profundizado en la implicación social, política y subjetiva de la identidad sexo-genérica “mujer”.

---

<sup>41</sup> Cissexual es una categoría desarrollada por la activista trans Julia Serano (2011) en su libro *Whipping Girl: El Sexismo y la Demonización de la Femenidad desde el punto de vista de una Mujer Trans*. Serano crea la denominación cissexual como una categoría de definición para las personas que se identifican con la asignación sexo-genérica que reciben al nacer.

En el siglo XX la filósofa feminista Simone de Beauvoir (1949) escribió: “no se nace mujer, se llega a serlo” (p. 87). Esta frase significó un antes y un después para la teoría feminista, puesto que abrió paso a todos los desarrollos académicos que posteriormente conceptualizarían lo que hoy entendemos como género. Con el transcurrir de los años la teoría parecía muy clara: El sexo era biológico y el género social. Sin embargo, varios feminismos fueron cuestionando esta mirada y sumando análisis teóricos. Uno de ellos ha sido el transfeminismo, corpus teórico desde el que hoy me sitúo para entender la identidad sexo – genérica *mujer*, como una subjetividad política.

Cuando menciono a las mujeres, no tengo que explicar a qué me estoy refiriendo, porque su significado es social y culturalmente extendido. En algunos momentos se sobrentiende al punto de creerlo una obviedad. Aun develando la idea del género como una construcción social, se sigue sobrentendiendo algo: son cuerpos biológicamente definidos como hembras, porque tienen vulva, y la biología –desde una visión positivista- es material y concreta. Empero, la comprensión que quiero abordar para desenvolver la subjetividad identitaria de las mujeres no reside exclusivamente en el género, sino que también busca interpelar la categoría *sexo*.

El sexo no es biológico, al igual que el género también es cultural. Los seres humanos tenemos cuatro niveles de lo que se entendería por sexo: cromosómico, glandular, hormonal y genital<sup>42</sup>. De estos cuatro, sólo el sexo genital es visible mientras que los otros pueden o no coexistir en los cuerpos de maneras diferentes, que sólo podrían ser identificadas a través de evaluaciones médicas exhaustivas. Me refiero a que una persona con vulva puede tener en su interior diferencias biológicas que no corresponderían del todo a la condición de hembra (Butler, 2007).

Aun así, ni siquiera el nivel genital externo ha sido suficiente para la ciencia médica, que en su afán por normalizar el binarismo y anular todo lo que se salga de él, ha amputado y reasignando de manera violenta genitalidades intersexuales que no corresponden con las medidas y fisionomías de lo que debería ser un pene o un clítoris. Entonces, ¿a partir de qué medida un pene

---

<sup>42</sup> El sexo cromosómico se refiere a los cromosomas sexuales XX y XY. El sexo glandular se refiere a la presencia de ovarios y testículos. El sexo hormonal a los niveles de estrógeno, progesterona y testosterona. Por último, el sexo genital se refiere al pene, la vulva o genitalidades intersexuales.

es un pene, y un clítoris puede ser un clítoris? La respuesta se ha convertido en toda una entidad reguladora del cuerpo por parte de la comunidad médica (Preciado, 2008).

Es por esto que el sexo es cultural y no biológico. No porque sean inexistentes las condiciones físicas y genéticas en los cuerpos humanos, sino por la lectura social y binaria que se ha impuesto sobre estas condiciones para crear las categorías *hombre* y *mujer*, a través de la patologización y regulación de cualquier diversidad corpórea que yuxtaponga o contradiga estos moldes (Butler, 2007).

Principalmente en las sociedades occidentales, todos los cuerpos, desde que están en el vientre materno, pasan por la imposición binaria del sistema sexo – género, y así se producen: mujeres y varones. Con el transcurrir de los años las personas pueden sentirse bien con dicha denominación, o nunca cuestionarla siquiera, o rechazarla rotundamente. Lo cierto es que la forma en que las personas se auto-reconocen y son reconocidas implica una construcción de subjetividad política, la cual va a permear completamente su experiencia de vida.

Y es que el sexo no sólo es cultural, también es político. Las identidades sexo – genéricas binarias tienen relación con el sistema económico global, con la división socioeconómica del trabajo, con la guerra, con las unidades domesticas que configuran las sociedades. Garantizar el binarismo, garantiza el *statu quo*. Y por eso, como nos nombramos y como nos nombran, es un ámbito subjetivo transversal a cualquier fenómeno social. Ser mujer, por ejemplo, no es sólo sentirse cómoda con el significado social de tener una vulva entre las piernas, ser mujer, implica constituirse como tal, según los parámetros del sistema sexo-género.

Es así entonces, como mediante las categorías binarias –hombre/mujer- funciona y se perpetua lo que Paul Preciado (2008) denomina *la premisa del género dominante*, un ciclo consecutivo en el que un individuo porta un cuerpo, al que la sociedad le asigna un sexo, que podrá ser encasillado en un determinado género, para materializar una práctica de sexualidad específica. De esta manera, el sistema binario impone y moldea personas cissexuales.

*Cissexual* es una categoría creada por Julia Serano (2011) para definir a las personas que se identifican con la asignación sexo/genérica que reciben al nacer. Esta categoría es sugerida por la

autora para los análisis que involucran a personas no trans, en vista de poder abordar las implicaciones sociales no sólo el género sino también del sexo.

Nombrar a las mujeres cissexuales<sup>43</sup>, desmitifica el lugar incuestionable y “objetivo” del sexo, y pone en evidencia la estructura del sistema sexo-género que anteriormente desarrollé. Las mujeres con quienes compartí en campo son mujeres cissexuales, mi propio lugar de enunciación es el de una mujer cissexual. Ser constituidas como mujeres no es una obviedad ni sexual, ni genérica, es un lugar de enunciación que tiene significados e implicaciones socio – políticas que, aunque estructurales, se matizan de manera particular en distintos contextos.

En los relatos etnográficos las mujeres partían de su infancia y/o adolescencia para referirse a “lo que le enseñan a uno”: ellas mismas identificaban los comentarios y sucesos que marcaron sus vidas al imponerles como ser buenas mujeres y madres. Estos mandatos sexo – genéricos reafirman el sexo como una lectura social de la genitalidad, la cual implicó violencias que las mujeres tuvieron que sobrellevar en silencio durante muchos años.

A través de este recorrido teórico y reflexivo emergió la identidad sexo-genérica *mujer* como una subjetividad central para el análisis que me propongo desarrollar, en el cual quiero develar algunas implicaciones a nivel estructural y personal que para las mujeres de Villatina conllevó vivir en medio de las conflictividades urbanas del barrio, siendo reconocidas y auto-reconociéndose como mujeres.

### ***5.2.2 “Eso es cosa de hombres, entre hombres se entienden”: ¿Cuáles son entonces, las cosas de mujeres en medio de las conflictividades urbanas?***

Como he mencionado anteriormente, mi cercanía y relacionamiento en Villatina tuvo acogida particularmente con cuatro mujeres. Nuestras primeras conversaciones giraron en torno al cómo habían llegado al barrio, cómo había sido vivir allí por tantos años y qué recuerdos evocaban

---

<sup>43</sup> Esta lectura transfeminista es relevante en la medida que aborda no sólo las corporalidades trans, sino también los cuerpos cissexuales, puesto que, al día de hoy –principalmente las sociedades occidentales-, todos los cuerpos humanos desde antes de nacer están suscritos al sistema sexo-género.

del territorio de hace 26 años, a mediados de los noventa. Todas coincidieron en recordar la violencia: enfrentamientos armados y asesinatos eran la cotidianidad de las calles. Empero, al preguntarles por los actores armados prevalecía el silencio y la evasión, “no sé nada de eso”, “preferí siempre no saber, no meterme en esas cosas”. Hasta que, una de las mujeres me lo expresó directamente: “Es que eso es cosa de hombres, entre hombres se entienden”.

Ser mujeres en medio de las conflictividades urbanas, de entrada, parecía excluirlas de la confrontación armada. Pero la historia nos ha demostrado que ninguna guerra se queda en los enfrentamientos y asesinatos; las guerras trascienden a la vida misma, y el hecho de que unos cuerpos puedan ocuparse de matarse entre sí, implica que otros cuerpos sostengan, cuiden, trabajen: que mantengan el flujo cotidiano necesario para que los territorios disputados en los conflictos armados no desaparezcan. Mis preguntas de partida fueron ¿qué implicó para estas mujeres vivenciar las conflictividades urbanas? Sí no portaron las armas, por ejemplo, ¿cuáles fueron los lugares que ocuparon en medio de dichas conflictividades? ¿cómo se relacionan estos lugares con la dimensión subjetiva de reconocerse como *mujer*?

Particularmente la historia de vida de Lucero es radicalmente diferente, puesto que ella sí hizo parte de un grupo armado. No obstante, su participación allí fue diferenciada y desigual, y lo fue porque los hombres nunca la consideraron al interior de los grupos juveniles como un par. El hecho de que ella fuese mujer fue algo que utilizaron y por lo que la violentaron, una mujer pasaba más desapercibida para cargar drogas o dinero de un lado al otro, y finalmente, el hecho de que nunca aprendiera a utilizar las armas –porque no le enseñaron-, y por ende no cargara una, la ponía en un lugar vulnerable frente al acoso y violación que vivenció por parte de un hombre que estaba en el mismo grupo que ella.

Las vidas de estas cuatro mujeres, aunque diferentes, compartían entonces una implicación común en medio de los enfrentamientos armados del barrio: el habitar un lugar de vulnerabilidad. Porque ser mujer significaba estar más expuesta frente a los propios *muchachos* del barrio, y también ante los actores externos que se disputaban el control territorial.

Por ejemplo, Lucero –la mujer más joven- en su narrativa de vida, resaltó que el mayor temor que sintió cuando comenzó la disputa territorial, entre el Bloque Cacique Nutibara y *los muchachos* del barrio, fue el de ser violada. Y no es que la violación sólo comenzara a raíz del conflicto, puesto que anterior a éste ya ocurrían violaciones en el barrio<sup>44</sup>. Pero cuando la confrontación armada llegó a su punto más álgido, la violación fue una práctica recurrente, efectuada por los hombres que portaban las armas. Las mujeres reconocieron incluso una casa al interior del barrio, utilizada por los actores armados para violar mujeres<sup>45</sup>, lo cual develó regularidad en la práctica y una intencionalidad de causar terror y pánico en la comunidad.

Según el informe “*Memoria histórica con víctimas de violencia sexual*” del Centro Nacional de Memoria Histórica (Centro de Memoria Histórica, 2018), este incremento de delitos sexuales se generalizó en Colombia durante los años 1997 – 2005, alcanzando uno de los picos más altos en la historia del país en cifras de violencia sexual:

(...) se registraron 8.242 casos de violencia sexual, lo que representa un incremento acelerado de dicha modalidad de violencia en ese periodo por parte de actores armados. Durante este tiempo, la mayoría de los hechos se atribuye presuntamente a grupos paramilitares y corresponde a la fase de expansión del paramilitarismo y consolidación de su poder territorial: del total de casos, 4.342 se adjudican presuntamente a grupos paramilitares, 1.941 casos a grupos de guerrilla, 69 a agentes del Estado y en 1.868 se desconocía el perpetrador (Centro de Memoria Histórica, 2018, p. 64).

No obstante, es importante aclarar que pese a que las cifras sustentan sistematicidad en la práctica de la violación, estas no posibilitan una mirada completa respecto a la magnitud de la violencia sexual, ni tampoco aportan una lectura contextualizada del delito, puesto que si hay algo

---

<sup>44</sup> Esta afirmación la realizó desde los propios recuerdos de las mujeres, quienes legitimaban y reconocían en el accionar de *los muchachos* (las bandas juveniles del barrio), una figura de protección debido a que en el pasado habían hecho justicia a mano propia, cuando conocían algún caso de violación del que hubiese sido víctima una mujer/niña, y cuyo victimario fuese un hombre que viviera en el barrio.

<sup>45</sup> Según el Centro Nacional de Memoria Histórica (2018), la violencia sexual en el marco del conflicto armado, se ha efectuado no sólo contra mujeres cissexuales heterosexuales, sino también contra mujeres cissexuales lesbianas, y el resto de la población LGBT. En este contexto, la violencia sexual ha sido efectuada como una práctica correctiva que devela odio contra quienes aman y desean por fuera del mandato heterosexual.

que permea este crimen es el silencio de las mujeres, especialmente de aquellas que conviven en sus casas, barrios y/o veredas con los victimarios (Centro de Memoria Histórica, 2018).

Las mujeres con quienes conversé en Villatina, que habían presenciado estas violencias sexuales a una edad más avanzada, manifestaban un temor mayor frente a la violación en relación a sus hijas, quienes ellas percibían en mayor peligro de ser violentadas. Cuando les pregunte el porqué, hubo mofas en torno a la edad y lo atractivas que ya no eran. Estos imaginarios afianzan la idea de que los hombres violan por deseo sexual, cuando realmente la violación es una táctica de sometimiento, que, en escenarios de guerra, se intensifica como una estrategia de control.

Según la antropóloga Rita Segato (2016), la violación no es una consecuencia del conflicto armado, sino más bien una estrategia necesaria para adquirir dominio legítimo, puesto que se someten los cuerpos como anexos del territorio que se está disputando. En Villatina, la violación pareciera la expresión más crítica de control sobre los cuerpos de las mujeres, no obstante, los actores armados también impartieron dominio mediante el control sexo – afectivo.

¿A quiénes podían o no amar y desear las mujeres? ¿Qué implicaba para los actores armados que las mujeres se acostaran con hombres pertenecientes a bandos enemigos? por ejemplo, una de las hijas de Nubia se enamoró de un hombre señalado por los muchachos como policía, razón por la cual, él –concebido como una amenaza- fue asesinado, y ella –concebida como una propiedad- terminó siendo disciplinada mediante este asesinato. Con quienes intiman las mujeres, en términos simbólicos, es con aquellos hombres que pueden proveerles protección, hombres que tengan poder y, por ende, sean recompensados con sexo y servidumbre por su hombría; es la lógica de que las mujeres se tienen porque son objetos, y tener mujeres genera status.

Los cuerpos de las mujeres son leídos como botín de guerra a través de la deshumanización que padecen; se les aniquila su propia agencia, se les cosifica y emplea para atacar al bando enemigo. No ser concebidas ni como una amenaza, ni como seres humanos en medio de una disputa armada, implica para las mujeres un estado irrenunciable de vulnerabilidad.



Esta condición tiene que ver con que los lugares que ocupan tanto los hombres como las mujeres en el sistema sexo – género nunca son unidireccionales, la lógica binaria se retroalimenta. Es decir, para que los hombres sean concebidos como valientes y protectores, es necesario que las mujeres se proyecten como seres débiles, que necesitan ser protegidas. Según Beauvoir (1949), este dualismo favorece a quienes ocupan la posición de poder: los hombres, mientras a las mujeres, les relega un lugar de sub-alteridad, nunca las constituye como sujetas completas. Después de todo, las mujeres siempre han sido todo lo que los hombres repudian ser, todo lo que no son.

En campo, este pensamiento dualista era observable en las conversaciones colectivas que sostenía con las mujeres. El creer que había asuntos que les correspondían sólo a los hombres y obligaciones que eran responsabilidad sólo de las mujeres, era una idea rígida para ellas, que definía qué era ser un “*buen hombre*” pero sobre todo cómo ser una “*buena mujer*”<sup>46</sup>. Sin embargo, durante las conversaciones personales, cuando me contaban directamente sobre sus vidas y los sueños a futuro que en algún momento tuvieron, siempre fueron honestas con admitir que la forma en que las habían educado les parecía muy dura, y que sólo las preparaba para aguantar una experiencia de sufrimiento: el ser esposas.

Estar casadas era una situación por la que habían pasado todas estas mujeres, sin embargo, sólo dos de ellas aún continuaban sus matrimonios en la actualidad, mientras las otras dos habían sido –en sus propias palabras- “abandonadas” por sus maridos. A través de sus memorias de vida, estas mujeres me relataron cómo al interior de sus familias, conseguir un hombre y casarse fue un tema de conversación desde que estaban pequeñas, en el que la madre cumplió un papel importante, aconsejando y guiando, mientras el padre finalmente era quien autorizaba el vínculo matrimonial.

---

<sup>46</sup> Empleo una diferenciación en el uso del “qué” al hablar del hombre ideal y en el uso del “como” para referirme a los mandatos sexo – genéricos impuestos a las mujeres, porque las preconcepciones de las mujeres con quienes conversé, planteaban como *buenos hombres* aquellos varones que contaban con capacidad adquisitiva para sostener una familia, condición que podían sostener con un trabajo. Por el contrario, al pensar en el ideal de una *buena mujer*, se implantaban una serie de comportamientos que partían de la idea de la insuficiencia absoluta: no tener un buen cuerpo, no ser buena madre, no cocinar bien, no servir de manera adecuada etc., toda una serie de mandatos que exigían inagotablemente la energía de las mujeres en disposición de intentar ser suficientes, lo cual parecía nunca llegar a ser verificable, lo que las condenaba a tener que seguir demostrándolo indefinidamente cada día, cada hora, cada minuto.

A mí me llevaron al pueblo y ahí se me dañó la vida porque conocí a mi marido [...] Habló con mi papá y pusieron fecha pal matrimonio y todo, yo no lo quería ni un poquito. Yo le dije a mi mamá «amá ustedes por qué le dieron a él el sí viendo que yo no estoy enamorada de él», entonces dijo «no, usted poco a poco le va cogiendo cariño, ese muchacho promete». Me llevaba de edad 10 o 12 años, estaba encaprichado conmigo [...] Pensaba «yo que me voy a casar con un hombre que no quiero», pero a mí mamá le daba pesar de él, que porque se veía un buen hombre [...] Mi marido me suministraba un polvo, y me daba, me embobaba, con un polvo, me hicieron tratamiento. Ya yo me separé de él, porque se consiguió a otra más joven [...] Mi marido y yo éramos como el agua y el aceite, nos aguantábamos por los hijos, por apariencia, pero él no me tocaba ni yo lo tocaba, en una de esas noches de golpes mi hija mayor le aventó la policía y ahí si nos separamos del todo (mujer habitante de Villatina, 66 años, comunicación personal, septiembre de 2021).

Preguntarles por sus vidas siempre las remitía a nombrar reiteradamente a los hombres con quienes se casaron, y relatarme historias sobre ellos que giraban en torno a la insatisfacción y varias violencias. No les pregunté por qué seguían casadas o se habían casado con sus maridos, no fue necesario porque ellas mismas, en un ejercicio propio de rastreo, comenzaban a hablar de “lo que le enseñaban a uno”, lo que releo como mandatos sexo-genéricos impuestos sobre las mujeres.

Mi familia es del campo, nosotros éramos muy pobres, tanto así que mi papá dio gracias cuando me casé [...] A mi marido le tuve que soportar mucha cosa, mi mamá me dijo que me aguantara porque él era buen hombre, porque entraba mucha comida a la casa, pero yo no soy un marrano para que me lleven sólo comida [...] Mi esposo era un vicioso, un pelión, borracho, eso cortaba a la gente, se iba a puños, conmigo era muy grosero, con él nadie es capaz, es muy hombre [...] mi mamá me metía miedo «hay que hacerle caso al marido, pedirle permiso, quedarse callada» a nosotros nos metieron mucho miedo, que era lo que el marido dijera (mujer habitante de Villatina, 55 años, comunicación personal, septiembre de 2021).

El mandato sexo – genérico de ser esposa implica *per se* una idea estructurante para las mujeres, y es concebirse así mismas como incompletas. Desde la infancia, hay un

condicionamiento social prescrito: encontrar quién las elija y pueda amarlas. Esta premisa es inseparable de la heterosexualidad, puesto que quien tiene la capacidad de elegir o desestimar es un hombre. Es una relación que no se da entre dos sujetos, sino entre un sujeto y objeto: quien elige es humanizado, y quienes son elegidas son objetivadas a través de la inhibición de su propia agencia.

Es por esto que la heterosexualidad no puede ser entendida –simplemente– como la atracción erótico-afectiva hacia el sexo “opuesto”. Más allá de una orientación sexual, el feminismo ha hecho un cuestionamiento social y político de fondo sobre la heterosexualidad, develando que ésta tiene implicaciones que van mucho más allá de la práctica sexual. Según Preciado (2008) la heterosexualidad es principalmente un concepto económico que asigna posiciones rígidas a hombres y mujeres, al interior de las relaciones de intercambio y producción; serían las mujeres quienes en estas relaciones ocuparían los trabajos de gestación, crianza y cuidado sin recibir ninguna remuneración.

Esta teorización extiende el ámbito íntimo de la heterosexualidad hacia las implicaciones económicas y políticas que han generado históricamente una feminización de la pobreza<sup>47</sup>, lo cual, en una sociedad –como la occidental– que ha infravalorado el trabajo doméstico, no sólo implica desigualdades económicas sino también violencias físicas y psicológicas, que tienen lugar en los hogares de muchas mujeres a manos de sus maridos.

En varias de las conversaciones interpersonales que sostuvimos, las mujeres relataron episodios de violencia física, sexual y psicológica por parte de sus maridos. Gran parte de sus vidas parecía recogerse bajo la postura de aguantar frente a sus esposos: maltratos, infidelidades, ataques, silencios, abandonos, ausencias. Y aunque en varios casos el *aguantar* se debía a una dependencia económica, también emergía en sus relatos de vida la dependencia emocional.

---

<sup>47</sup> Este término es una conceptualización analítica que retomo de la investigadora social Paula Lucía Aguilar (2011), quien en su artículo *La feminización de la pobreza: conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas*, señala que ésta categoría se utiliza para exponer la relación entre los índices de pobreza y la brecha de género existente entre hombres y mujeres.

Irse de una relación es una decisión, y cualquier decisión implica autonomía; la subjetividad política de *ser mujer* constituye a las mujeres como sujetas carentes de agencia y autonomía a través –principalmente- del amor. La antropóloga Coral Herrera (2020), teorizó el amor romántico como un mito que implica una carga ideológica para las mujeres, basada en la sumisión hacia los varones. Según la autora, el amor romántico tiene un desenvolvimiento histórico y socio – cultural:

El amor no nace, se hace: aprendemos a amar en el momento histórico que nos ha tocado, en la clase social a la que nos ha tocado pertenecer: interiorizamos la cultura amorosa en la que nacemos a través de la educación, la socialización y los medios de comunicación de masas. No se ama igual en un pueblecito de Japón que en un barrio de Montreal: el amor es un fenómeno en constante construcción que varía con las etapas históricas y épocas geográficas, y se alimenta de las culturas amorosas a las que coloniza [...] El amor romántico es una construcción cultural y social, un mito que se consolidó durante el siglo XIX en nuestra cultura occidental y que se expandió por todo el planeta gracias a la globalización. Hoy es un fenómeno universal que une a las personas de dos en dos, y que constituye un gran negocio para una industria centrada en las parejas y sus creaciones de nidos (Herrera, 2020, párr. 3).

Cuando esta construcción se basa en el romanticismo, instaura pautas sociales y culturales muy fuertes en las mujeres, tales como: dependencia emocional, competencia misógina, búsqueda constante de condescendencia y aprobación masculina, miedo a la soledad; aísla y enajena tanto a las mujeres, que las deja inmersas en una postura de rotunda sumisión, lo cual deviene en sometimiento sistemático a través de desigualdades y violencias:

Las mujeres son educadas para amar sin condiciones, en una posición de sumisión, y desde pequeñas invertimos toneladas de tiempo y energía en el amor romántico. Tanto que incluso el hombre más pobre y mísero del planeta tiene a una mujer trabajando para él y cuidándolo gratis, en nombre del amor. Son millones de horas las que dedicamos a trabajar gratis las mujeres en todo el mundo: la doble jornada laboral de las mujeres no solo es un rol femenino de nuestra cultura patriarcal, también se considera una demostración de amor hacia el marido y los hijos e hijas (Herrera, 2020, párr. 4).

Esta búsqueda incesable por un compañero de vida, un hombre proveedor y protector, había sido impartida en las mujeres de Villatina desde que estaban niñas, razón por la cual, muchas se casaron a edades tempranas, sin terminar el bachillerato, ni plantearse en ningún momento de la vida qué hacer en caso de que algún día fuesen abandonadas por sus maridos. Por ende, al convertirse en esposas, quedaron bajo el mandato de sus maridos, a merced de las aspiraciones de vida de ellos, no propias.

Llegaron a Villatina porque sus maridos querían buscar una vida laboral en Medellín. Algunas rememoraron este tránsito como un momento de temor y angustia ante lo desconocido. Para ellas, el migrar representó perder su red principal de apoyo y cuidado, puesto que las alejaron de sus mamás y hermanas. Fue así como desde una posición de dependencia económica y emocional<sup>48</sup>, estas mujeres llegaron al barrio a vivenciar varias conflictividades urbanas que no involucraban directamente actores armados.

Las expectativas económicas respecto a la ciudad disminuyeron con rapidez. Sus maridos consiguieron trabajos que, aunque eran mejor pagos que los del campo, no alcanzaban a suplir el costo de vida ciudadano. Conflictividades como el hambre y la falta de acceso al trabajo, eran padecidas por estas mujeres desde una posición doblemente vulnerable e impotente. Por ejemplo, una de las mujeres con quien conversé, me confesó que nunca intentó conseguir trabajo porque le daba temor utilizar el transporte público del barrio. En ese tiempo el transporte de Villatina era muy deficiente, había horarios de circulación limitados, pocos buses y siempre iban muchas personas, especialmente hombres. Esta mujer sentía temor de que la tocaran en el bus, sentía que no podía hacerse escuchar ni ser respetada en este transporte por su tamaño físico y condición sexo – genérica. Toda la vida intentó conseguir ingresos desde quehaceres que le permitieron permanecer en casa, así se sintió más segura, aunque eso le costó independencia económica frente a su marido, ya que sus ganancias eran abismalmente desiguales.

---

<sup>48</sup> No obstante, esta dependencia cambió con el paso del tiempo porque las mujeres comenzaron a identificar y crear otras redes de apañe, en las cuales las amistades y relaciones vecinales tuvieron un papel importante. Este accionar se menciona y profundiza en el capítulo final.

Por el contrario, las mujeres que habían sido abandonadas por sus esposos tuvieron que enfrentarse a la ciudad, conseguir trabajos remunerados, y empezar a velar económica y socialmente por sus familias. Podría pensarse que estas mujeres adquirieron una condición más digna, libre o independiente al enfrentar sus vidas solas, no obstante, enfrentar conflictividades como el hambre, la falta de acceso a la salud y educación siendo mujer empobrecida, madre y cabeza de hogar, implicó un reto devastador y desgastante para ellas.

En sus relatos, estar solas evocaba resignación y culpa. Ésta última respecto a la maternidad puesto que, al trabajar por fuera la crianza de sus hijas e hijos había sido un proceso abandonado, lo que devino en problemáticas familiares a futuro que se vincularon directamente con la violencia y disputa armada en el barrio. Y aunque esto tiene que ver más con la condición de madres –la cual se profundizará en el siguiente apartado-, hay una sensación pilar que, ante la ausencia del marido, no se esfumó de la vida de estas mujeres, por el contrario, se acrecentó: la ausencia de sí mismas.

Cuando llegué a Villatina con la intención de llevar a cabo talleres de tejido, me percaté que había una dificultad común entre todas las mujeres para asistir a los talleres: la falta de tiempo para sí mismas. Pese a que todas estas mujeres ya tenían hijos e hijas mayores de edad, y actualmente no tenían un trabajo remunerado, seguían supliendo al interior de sus casas labores domésticas y de cuidado en las que parecían imprescindibles. Hay una sobresaturación del tiempo y las ocupaciones de las mujeres que están dirigidas hacia los otros, y esta dinámica de vida no deja mucha cabida para la soledad y el tiempo consigo mismas.

Nombro la falta de tiempo para sí mismas en las mujeres, como la *ausencia de sí mismas*, porque en mi observación etnográfica me percaté de que las mujeres no sólo estuvieron muchos años de sus vidas ocupadas, sino que cuando podían elegir desocuparse e invertir tiempo en sí mismas, buscaban continua e irrenunciamente ocuparse en otros seres. Esto se debe a que ser *mujer*, se erige bajo el mandato sexo – genérico de servir sin límites. Lo que encubre esta disposición irrenunciable a otras personas, es el miedo a la soledad. En palabras de Marcela Lagarde (2017),

El trato social en la vida cotidiana de las mujeres está construido para impedir la soledad. El trato que ideológicamente se da a la soledad y la construcción de género anulan la experiencia positiva de la soledad como parte de la experiencia humana de las mujeres [...] Al crecer en dependencia, por ese proceso de orfandad que se construye en las mujeres, se nos crea una necesidad irremediable de apego a los otros (Lagarde, 2017, párr. 20).

La soledad no es entendida sólo como un espacio que carece de la presencia de otras personas, sino también como un escenario en el cual la persona se ocupa de sí misma desde su pensamiento, allí hay cabida para la reflexión y las dudas. Que las mujeres huyan de la soledad implica pérdida de autonomía en el campo subjetivo, porque según Lagarde (2017) las acciones, pensamientos y reflexiones que nos movilizan estarían siempre mediadas por los otros, lo cual se vuelve más problemático aun en una sociedad que es pensada desde, por y para los hombres. En ese sentido,

No hay autonomía sin revolucionar la manera de pensar y el contenido de los pensamientos. Si nos quedamos solas únicamente para pensar en los otros, haremos lo que sabemos hacer muy bien: evocar, recordar, entrar en estados de nostalgia. Las mujeres somos expertas en nostalgia y como parte de la cultura romántica se vuelve un atributo del género de las mujeres (Lagarde, 2017, párr. 11).

Este constante recordar y ocuparse de las otras personas anula el pensamiento intersubjetivo, en el que las mujeres pueden reflexionar sobre su propia existencia: su vida, sus aspiraciones, sus disgustos. No es que las mujeres no piensen en sí mismas, sino que no se piensan a sí mismas solas; sus tiempos, ocupaciones y metas tienden a estar vinculadas a sus hijos, hijas, esposos, compañeros sexo-afectivos, familiares, etc. Según Lagarde (2017) que las mujeres no se piensen en soledad, sino que se enfoquen en compartir todo lo que sienten y les pasa con otros y otras, es una práctica que anula la capacidad de dudar, y da apertura al pensamiento dogmático:

Otra cosa que se hace en soledad y que funda la modernidad, es dudar. Cuando pensamos frente a los otros el pensamiento está comprometido con la defensa de nuestras ideas, cuando lo hacemos en soledad, podemos dudar. Si no dudamos no podemos ser autónomas

porque lo que tenemos es pensamiento dogmático. Para ser autónomas necesitamos desarrollar pensamiento crítico, abierto, flexible, en movimiento, que no aspira a construir verdades y esto significa hacer una revolución intelectual en las mujeres (Lagarde, 2017, párr. 9)

El pensamiento dogmático es la fuente de la que bebe el sistema sexo-género para oprimir a las personas. En el caso de las mujeres, desde muy niñas crecen rodeadas de representaciones socioculturales que no se les enseñan a cuestionar sino a seguir, tales como ser esposas, novias y madres etc. Estas representaciones no sólo se imponen como un lugar por ocupar, sino que también están rodeadas por una serie de valores y emociones que hegemonizan la manera “correcta” de habitar ese lugar. Por ejemplo, el mandato no es sólo ser madre, sino también cómo serlo.

Es así como la vida de las mujeres llega a sentirse como una cadena de mandatos que nunca cesa, y que por más que logren ser “cumplidos” nunca terminan, nunca son suficientes. A esto hace referencia Lagarde (2005) cuando nombra los *cautiverios de las mujeres*, lugares que éstas habitan para servir a las demás personas, demandándoles una incapacidad de renuncia más grande e importante que su propio placer y bienestar. Al ser estos cautiverios tan rígidos, estereotipados e institucionalizados terminan deshabitándolas de su autonomía, privándoles de la libertad –no siempre en un sentido material- para decidir sobre sus vidas y cuerpos. De ahí el termino cautivas.

La dimensión subjetiva de auto – reconocerse y ser reconocidas como mujeres, está permeada entonces por todos estos cautiverios, que desde niñas han anhelado y aguantado habitar. Empero, aunque esta condición genérica e histórica, influyó en sus perspectivas, sentires y vivencias frente a las conflictividades urbanas, también generó el despliegue de decisiones y acciones particulares frente a éstas.

Hay algo en común en las historias de vida de estas cuatro mujeres: la llegada de todas a Villatina coincidió con el comienzo en sus maternidades. Llegaron a criar hijos e hijas, a ser madres en medio de un contexto que amenazaba de distintas formas sus propias vidas y las de sus familias. ¿Qué implicó para estas mujeres ser madres en medio de las conflictividades urbanas? ¿Cómo las conflictividades trastocaron su dimensión subjetiva de la maternidad?



### 5.2.3 El “destino” de maternar<sup>49</sup>: Madres que no parieron, esposas que no tuvieron sexo.

*“El mundo hace a las madresposas virginales, buenas, deserotizadas, fieles, castas, y monógamas”.*

*Marcela Lagarde (antropóloga feminista)*

La maternidad tiene un devenir socio-biológico, es decir, acontece en los cuerpos con útero –con capacidad de gestación- y se desenvuelve en el trabajo reproductivo<sup>50</sup>. Para el primero es indispensable una condición fisionómica, y para el segundo ésta es prescindible. Sin embargo, el sistema sexo-género ha impuesto a las mujeres tanto el parir, como el cuidar y al trabajo no remunerado que hace posible el desenvolvimiento de la sociedad humana: el trabajo reproductivo y doméstico.

Los trabajos de cuidado y crianza no sólo son indispensables para la reproducción de nuestra especie y la conformación de familias, comunidades y sociedades, sino también para el sistema capitalista, razón por la cual la filósofa feminista Silvia Federici (2014) señala que la desigualdad que viven las mujeres en el mundo a manos del trabajo reproductivo, no es sólo explotación patriarcal, sino también capitalista:

El trabajo que la mayoría de mujeres hacen en el mundo, que es el trabajo reproductivo y doméstico, es ignorado. Y ese trabajo es la base del capitalismo porque es la forma en la que se reproducen los trabajadores. El trabajo de cuidados no es un trabajo por amor, es un trabajo para producir a los trabajadores para el capital y es un tema central. Si no hay reproducción, no hay producción. Si ese trabajo que hacen las mujeres en las casas es el

---

<sup>49</sup> Este apartado sobre la maternidad lo escribe un cuerpo que no ha maternado. Es importante desde la auto-reflexión feminista reconocer los lugares de enunciación y asumir los límites de éstos. Por esta razón, mi abordaje de la maternidad no pretende interpelar, opinar ni analizar algo que no he vivido como el trabajo de gestación, parto y crianza. Mi intención con este apartado es acercarme a los discursos, imaginarios y mandatos socio-culturales que han atravesado la maternidad y que desde mi trabajo de campo y observación etnográfica en Villatina, pude reflexionar.

<sup>50</sup> Esta categoría la retomo de la crítica feminista al marxismo desarrollada por la filósofa Silvia Federici (2003), quien en su libro *Revolución a punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* define el trabajo reproductivo como aquel que engloba los trabajos de cuidados e índole doméstico necesarios socialmente para el sostenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo.

principio de todo lo demás: si las mujeres paran, todo para; si el trabajo doméstico para, todo lo demás para. Por eso el capitalismo tiene que devaluar este trabajo constantemente para sobrevivir: ¿por qué ese trabajo no está pagado si mantiene nuestras vidas en marcha? La corriente de la que yo provengo vimos que si el capitalismo tuviera que pagar por este trabajo no podría seguir acumulando bienes (Federici, 2014, párr. 8).

La explotación humana y económica que sufren las madres en los hogares es el vívido reflejo del sistema sexo-género en articulación con el sistema capitalista. Las mujeres, especialmente aquellas que son madres, llevan a cuestas una vida de servidumbre voluntaria en nombre del amor (Lagarde, 2005); ocupándose del cuidado no sólo de sus hijos e hijas, sino también de sus esposos, nietos, familiares, vecinos, etc. Es decir, las mujeres extienden la maternidad a seres que no paren.

Las relaciones amorosas –más allá de lo erótico – afectivo- entre hombres y mujeres están mediadas por relaciones de maternidad y/o conyugalidad. Según Lagarde (2005) estas relaciones no son fijas, por el contrario, son móviles, dependiendo de los lugares económicos, sociales y políticos que puedan ocupar los varones que componen el tejido emocional en las vidas de las mujeres:

Hay mujeres que son esposas de su padre (conyugalidad realizada en la filialidad) o madres de sus hermanos o de sus amigos (maternidad realizada en la afinidad) Y desde luego que toda madre es esposa e hija de sus hijos varones, y toda esposa es madre de su cónyuge (Lagarde, 2005, p. 365).

La codependencia que se puede establecer a partir de la conyugalidad entre una madre y su hijo varón, es diferente a la que emerge entre un esposo y una esposa, puesto que el esposo puede abandonar o cambiar a su esposa en cualquier momento, mientras el hijo –inmerso también en la construcción idílica de la madre- se avocará en la defensa de su madre como “lo más sagrado” y como “la mujer que más ama” en el mundo.

Esto plantea algo importante en el análisis de la maternidad como un proceso subjetivo: Es una construcción sexo-genérica que se impone a todas las mujeres, tanto a las que llegan a parir como a las que no. No es fortuito que las mujeres se ocupen del cuidado de seres que no parieron, tales como sus esposos, familiares de parentesco por consanguinidad y afinidad e incluso amistades, amores y relaciones laborales que las mujeres van forjando o encontrando esporádicamente a lo largo de sus vidas. Según la antropóloga Marcela Lagarde (2005) la maternidad más que un estado físico, es una práctica social en la que se ha instruido a las mujeres desde niñas, para que la provean aun sin parir, y la extiendan aun cuando los humanos que hayan parido ya sean seres con capacidad de auto-cuidado.

Todas las mujeres por el sólo hecho de serlo son madres y esposas. Desde el nacimiento y aun antes, las mujeres forman parte de una historia que las conforma como madres y esposas. La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, de la clase social, de la definición nacional, religiosa o política de las mujeres [...] Todas las mujeres son madresposas aunque no tengan hijos ni esposo, así como es cierto también que algunas mujeres con hijos o casadas, tienen dificultades para cumplir con su deber y asumirse como tales, o para ser identificadas como madres o como esposas, de acuerdo con los estereotipos de adscripción vigentes (Lagarde, 2005, p. 363).

Ser madre está ligado –especialmente cuando la servidumbre es ofrecida a los varones- a ser esposa; ser madre y esposa son dos destinos que se vuelven uno sólo a través de la institución de la familia, es tanta su proximidad discursiva que siempre está la sospecha bajo las madres que no son esposas y las esposas que no son madres, así el modelo tradicional de familia sea cada día menos común y más insostenible.

Empero, las relaciones maternas y de conyugalidad trascienden de la conformación de una familia, puesto que no importa si una mujer es estéril o decide no tener hijos, la construcción social a la que es sometida desde antes de nacer, la predispondrá a sostener vínculos emocionales en los que refleje las labores de una madre y esposa (Lagarde, 2005). Por eso existen las madres que no han parido y las esposas que no han tenido sexo, porque las mujeres son capaces de maternar

de diversas formas a hombres y mujeres que les rodean y sostener pautas de sumisión y condescendencia frente a muchos varones, tal cual como si éstos fuesen sus esposos, independientemente de que sostengan intimidad, deseo o cercanía con ellos; porque ser madre y esposa nada tiene que ver ni con la decisión ni con el placer, sino con el dar, así no quede nada para sí mismas.

Aunque el proceso subjetivo de reconocerse y ser reconocidas como madres es profundamente personal, análisis como los de Silvia Federici (2003) y Marcela Lagarde (2005) permiten señalar la conexión que tiene la maternidad con estructuras como el capitalismo y el sistema sexo – género. Es por esto que la maternidad es un campo de análisis que se puede extender a escenarios como la guerra y demás conflictos sociales que involucren el desenvolvimiento y la materialización cotidiana de las vidas humanas, puesto que el análisis de la maternidad tiene un alcance relacional y transversal. Cada ser humano proviene de una madre, y cada grupo humano crece y se mantiene en el tiempo a través del trabajo reproductivo.

Desde este enfoque teórico acojo el ser *madre* como una dimensión subjetiva política, que influyó en las percepciones, sentires y vivencias de las mujeres en Villatina mientras transcurrían las conflictividades urbanas. Sus recuerdos sobre el barrio, sus trabajos y formas de vivir allí, guardan relación con el reto de ejercer el trabajo de cuidado y crianza en un territorio permeado por la violencia, los enfrentamientos armados y el hambre. Empero, este proceso subjetivo también atravesó decisiones personales y políticas que, aunque nunca fueron nombradas como *resistencias*, sí implicó alternativas para algunas de ellas en sus vidas, y en el habitar el barrio.

#### ***5.2.4 “Si no fuese por mis hijos yo sería otra”: Dolores, silencios y decisiones del ser madre en medio de las conflictividades urbanas.***

Acercarse a la maternidad desde los relatos de las mujeres no es un ejercicio sencillo puesto que plantea dos obstáculos: la naturalización y el automatismo. Ambas dificultades se correlacionan, ya que la sociedad en general –incluyendo a los hombres- ha naturalizado el ser madre como un destino, el cual al ser cumplido implica para las mujeres el acto de “amor más

grande y puro”<sup>51</sup>, porque “como la mamá no hay nadie más” y “ser mamá es la mayor felicidad que le puede ocurrir a una mujer”. Estos discursos operan como dispositivos de control que coaccionan y condicionan las emociones que las mujeres suscitan al hablar sobre sus propias experiencias, generando respuestas automáticas –dogmáticas- sobre el ser madre.

Esta naturalización en torno a la maternidad sostiene la figura de *la buena madre*; un constructo sociocultural cargado de valores morales impuestos a las mujeres que se traducen en sometimiento para sus vidas. Ser buena madre es un ideal que doblega la subjetividad de millones de mujeres en el mundo; y no hay nada que lo señale de manera más contundente que el hecho de que las mujeres no se nombren a sí mismas al hablar sobre sus experiencias siendo madres, sino que relaten repetitivamente emociones y responsabilidades que conlleva el ser madre. No existen las madres, existe el ser madre. Esto anula completamente los disensos reales que puede conllevar ejercer la maternidad, y silencia las reflexiones y experiencias subjetivas que las mujeres enfrentan en el proceso.

¿Qué pasaría si las mujeres tuviesen el espacio y la tranquilidad para admitir que no querían ser madres, o que algunas nunca han amado o dejaron de amar a sus hijos e hijas, que por momentos los seres que parieron no son lo más importante, o que no quieren dejarlo y hacerlo todo por ellos? ¿qué pasaría si la maternidad se reconociera como un campo relacional humano, cargado de las tensiones y contradicciones que implica cualquier relación humana?

Pero estas preguntas no tienen cabida en el discurso cultural de la maternidad que reproduce y consume la sociedad occidental. Esta noción del *ser madre* está arraigada en las mujeres con quienes trabajé en Villatina, principalmente desde el catolicismo. Parir se concibe como un acontecimiento divino y puro, como una bendición, lo cual, discursivamente, genera una ruptura simbólica frente a lo erótico. Esto sucede porque cuando una mujer se convierte en madre, sale del mercado sexual para entrar en servidumbre voluntaria. Es concebida como un cuerpo ajeno a lo erótico, por lo cual la aprobación masculina ya no se obtiene a través de la cosificación sexual, sino mediante la instrumentalización doméstica.

---

<sup>51</sup> Estas expresiones fueron sustraídas de conversaciones colectivas que he sostenido con las mujeres en Villatina en los talleres de tejido.

Cuando conversaba con las mujeres sobre cómo llegaron a hacer sus vidas en Villatina, nunca mencionaron haber decidido ser madres, por el contrario, había sido un suceso inesperado que llegó a sus vidas, relatado como: “Quedé en embarazo”. Tampoco hubo profundización en torno a emociones negativas o conflictivas sobre el ser madre<sup>52</sup>, no porque sean inexistentes, sino por toda la coacción social y cultural – que desarrollé anteriormente- sobre el sentirse bien, agradecidas y bendecidas con ello. Cada que comenzábamos alguna entrevista, la carta de presentación personal de las mujeres estaba compuesta por cuántos hijos e hijas habían tenido. Nunca tuve que preguntarles si eran madres, porque su existencia siempre se direccionaba a hablar de sus familias, de quiénes las componían.

Esta esfera subjetiva afloró en nuestras conversaciones a través –principalmente- de tres temas: las familias, la violencia en Villatina y la gestión barrial. Al principio el tema era tratado de manera impersonal, me contaban cuántos hijos e hijas tenían, y qué había sido de sus vidas, ya que la mayoría habían salido de la casa y conformado otras familias, es decir, ya eran abuelas. No obstante, al preguntar sobre el proceso de crianza mencionaban una emoción en común: miedo.

La mayoría de estas mujeres llegaron con bebés en sus brazos o en estado de embarazo al barrio. Comenzaron el proceso de crianza y para 1995 sus hijos e hijas se encontraban habitando la adolescencia. Desde años atrás, debido a las plazas de vicio que pululaban en las cuadras, la presencia de actores armados como las bandas juveniles, las milicias y las fuerzas estatales, los enfrentamientos armados, y sobre todo aún, tras el acontecimiento de la masacre en Villatina, las mujeres ya tenían algo claro respecto al barrio: era un territorio peligroso, especialmente para las infancias y juventudes.

Empero, el miedo no se quedaba sólo en la posibilidad de que alguno de sus familiares fuese asesinado por una bala perdida. Sus miedos eran diferentes entre hijas e hijos, según el sexo – género. Frente a los varones las madres mencionaron dos temores recurrentes: el involucramiento

---

<sup>52</sup> Es importante reconocer que para las mujeres el interlocutar sobre la maternidad con una mujer de su misma edad o con una menor, concebida como “joven” y que aparte nunca ha sido madre, debe ser una experiencia completamente distinta. Nuevamente emergen los límites de los lugares de enunciación.

armado con los muchachos y el consumo de drogas, mientras que, frente a las mujeres, la angustia se relacionaba con los embarazos no deseados a edad temprana y el involucramiento sexo – afectivo con los muchachos.

Para las mujeres, estos temores se podían evitar con buena educación y, sobre todo, con atención y cuidado. Algunas afirmaban que sus hijos nunca se habían involucrado con las bandas juveniles del barrio, porque ellas habían podido quedarse en casa, y estar al pendiente de ellos todos los días. Sin embargo, esta afirmación implica una contraparte: las madres cuyos hijos sí se involucraron en las drogas o con algún actor armado ilegal, fueron descuidadas, fallaron en su crianza.

Este señalamiento, desataba culpa y vergüenza en dos de las mujeres con quienes compartí. Nubia era una de ellas, quien nunca se atrevió a mencionarme la historia de vida de su hijo, porque siempre el dolor del recuerdo la dejaba en silencio y evasión al respecto. Sin embargo, la historia era conocida por otras mujeres, quienes además de ser sus vecinas desde hace años, también eran sus amigas. Ellas relataron que el asesinato del hijo de Nubia había ocurrido porque éste “andaba en malos pasos”.

Sin embargo, cuando hablaba de su hijo solía hacerlo evocando historias en las que éste la apoyaba económicamente en la casa, la llevaba de viaje o le hacía regalos. Afirmaba que pese a todo: “digan lo que sea, mi hijo nunca me faltó con nada”. Esto permitía entrever una ambivalencia emocional que habitaba Nubia como madre, se desaprobaba más así misma por no haber podido evitar que su hijo se involucrara en actividades delictivas que, como tal las acciones de su hijo, que a lo mejor desconocía y prefería desconocer, puesto que siempre evitaba hablar de ello. No obstante, aprobaba en su hijo el cumplimiento del mandato sexo – genérico como hombre proveedor.

Respecto a sus dos hijas, rechazaba rotundamente que una de ellas se fuera a vivir con tan sólo 14 años de edad, con un hombre que hacía parte de las bandas juveniles del barrio. Relataba que ella no le había podido brindar lo suficiente en términos materiales, sin embargo, reconocía que este hombre maltrataba a su hija hace muchos años y ella, que ya era mamá, dependía de él y

le soportaba golpes e infidelidades. También manifestaba desaprobación por su otra hija al haberse manifestado incapaz de criar a su hijo tras el asesinato de su compañero sexo – afectivo. Nubia era entonces quien había asumido la labor de cuidado y crianza de su nieto. Se sentía decepcionada de las condiciones de vida de sus dos hijas.

Esta legitimación respecto al éxito monetario de su hijo, pero la desaprobación rotunda respecto a la vida de sus hijas, tiene relación con el binarismo cissexual, el cual impregna las expectativas de las familias cada que una mujer queda en embarazo. Particularmente en Villatina las mujeres mencionaban que era muy diferente tener hijos o hijas. Los hijos suelen ser los futuros hombres de la casa, y esto tiene implicaciones tanto económicas como simbólicas para la familia, especialmente en aquellas donde la figura del esposo es ausente o ineficiente; puesto que un hijo que trabaje –más aún si ingresa y acumula altas sumas de dinero- puede sostener la familia y perpetuar la asignación económica que tienen hombres y mujeres, en trabajos remunerados y no remunerados, en las calles y en las casas respectivamente. En términos simbólicos el poder de la figura del esposo se extiende y suple en los hijos varones, no sólo como proveedores del hogar sino también como varones que aprueban desde el amor a sus madres y les protegen.

Durante una conversación personal una mujer en Villatina narraba que su hijo era una persona muy –en sus propias palabras- “machista”, porque al igual que su marido no la dejaba trabajar. Sin embargo, ella lo quería mucho porque era él quien la defendía de los golpes de su esposo, y nunca más “dejó que me pusieran un dedo encima”. Aquí es importante reconocer que los hijos varones son los hombres que protegen a sus madres, más no quienes las cuidan. Proteger y cuidar son prácticas profundamente diferentes, las mujeres han cuidado históricamente a quienes les rodean, los hombres han protegido a sus mujeres de otros hombres.

Por el contrario, cuando los hijos varones no protegen ni proveen económicamente los hogares, sí hay un sentimiento más marcado de decepción. La otra mujer que también había perdido a uno de sus hijos en medio de los enfrentamientos armados, tenía un sentimiento de impotencia, más que de culpa. Afirmaba tener una relación cercana con la muerte debido a que, de cinco hijos e hijas, había perdido a un hijo y dos hijas, éstas últimas por cuestiones de salud. Por quien realmente sentía culpa y vergüenza era por el único varón que aún tenía vida, quien desde hace



años estaba sumido en las drogas, y ella nunca había podido sacar de la adicción. Me contó que se volvió vicioso por juntarse con los muchachos y que, aunque había querido tomar las armas, el vicio le hacía tanto daño que nunca había estado en condiciones de manejarlas. Hace tiempo estaba fuera de sus cabales y era un habitante de calle en el centro de la ciudad.

Ambas historias tenían en común una condición: estas mujeres eran madres solteras y habían sido abandonas por sus maridos pocos años después de parir. Completamente solas afrontaron la responsabilidad económica de sus familias y el trabajo reproductivo. Se sentían agotadas y ausentes para cuidar, y en este trabajo no contaron de lleno con ninguna red de apoyo familiar o de amistad, sus hijos e hijas habían crecido con su ausencia, y en condiciones de hambre.

No comer lo suficiente era un recuerdo que resaltaban en su periodo de crianza, especialmente en la historia de vida la mujer que había perdido a sus dos hijas. Su primera hija murió cuando tenía dos años debido a diabetes, enfermedad que se le desarrolló a causa de la malnutrición, y la segunda, falleció cuando ya era adulta a causa de un cáncer de estómago, que ella afirmaba se podía deber al hecho de aguantar hambre siendo niña. Esta mujer nunca pudo conseguir un trabajo fuera del barrio, sus ingresos dependían de la venta informal de dulces y frutas a las afueras del colegio de Villatina.

Tanto esta mujer como Nubia se nombraron a sí mismas “madres cabeza de hogar”. Ser abandonas por sus maridos fue algo que cambió completamente sus vidas, puesto que las posicionó en un lugar socioeconómico más desigual y dificultoso para enfrentar la crianza y el sostenimiento de la vida en un territorio hostil en el que amenazaron y violentaron de distintas formas a sus hijos e hijas. En la comprensión de la vinculación de jóvenes a grupos armados ilegales, se suele señalar y reflexionar sobre los entornos de violencia, el consumo de drogas, la influencia de los referentes socio culturales en ellos etc. Pero ¿cómo abordar la relación del trabajo de cuidado y la maternidad con el conflicto? Al menos desde un enfoque que no culpabilice a las madres, sino que reconozca la transversalidad del cuidado en el sostenimiento y reproducción de las sociedades.

Parir, criar y cuidar marcan un antes y un después en la vida de las mujeres, les demanda completamente su tiempo; les reclama convertirse en otras personas, puesto que a todas les removió

---

para siempre su futuro de vida. Así lo reconoció principalmente Lucero, quien tras haber estado casi cuatro años en las bandas juveniles del barrio, decidió desvincularse de éstas cuando quedó en embarazo. Por el contrario, cuando un hombre perteneciente a algún grupo armado se convierte en padre, la generalidad, es que esto no les remueva sus decisiones personales de vida, la mayoría opta por el abandono, o por el esmero en acumular más dinero para responder económicamente por la criatura. Pero ser padre no trastoca e invade el cuerpo como sí lo hace el ser madre, lo que pone de manifiesto nuevamente, las posiciones desiguales y diferenciadas entre hombres y mujeres para vivenciar las conflictividades urbanas.

Por esta razón, una de las mujeres afirmaba tajantemente: “si no fuese por mis hijos yo sería otra”. Cumplir con el trabajo reproductivo y con los mandatos sexo – genéricos impuestos sobre éste producen una dimensión subjetiva: el *ser madre*, un cambio que se vive en un entorno profundamente personal: el cuerpo, y cuyas implicaciones trascienden de manera estructural en la vida social. Sin embargo, ser madre no sólo devino para estas mujeres en dolores, silencios y dificultades, también tuvo relación con decisiones que tomaron activamente en sus vidas, y con las cuales pueden reconocerse a través de las y los otros, pero también mediante sí mismas, como actoras.

Las historias de vida de dos mujeres que coincidían en ser madres solteras y en haber perdido hijas e hijos a raíz de la disputa armada en el barrio, tuvo en común también la decisión que ambas tomaron de acercarse a la gestión barrial. Por ejemplo, Nubia, al hablar respecto a cómo fue involucrándose poco a poco en la gestión, menciono el llevar tantos años viviendo en el barrio y conociendo a otras madres como un factor clave en su decisión.

Hubo complicidad y empatía entre las madres, puesto que vivían situaciones similares, especialmente aquellas que ejercían el cuidado solas. Algunas relaciones vecinales y de amistad entonces, eran referenciadas a través de la maternidad de otras mujeres, hasta el punto de que todas tenían presente cuántos y quiénes integraban las familias de las demás mujeres y las condiciones económicas difíciles que vivían. Paulatinamente, algunas mujeres reconocieron la falta de atención en Villatina en torno a los espacios públicos de esparcimiento para las niñas y niños, el manejo de las basuras y la atención y cuidado de personas mayores.

La manera como incide la maternidad en las mujeres es dinámica, aun cuando el mandato sobre ésta pretende homogeneizar. Mientras que a algunas mujeres su labor como madres y/o esposas las dejaba atomizadas en sus hogares, sin poderse involucrar de manera más política en espacios comunitarios, a otras les ocurrió lo contrario: Su cuidado maternal, direccionado desde sus creencias religiosas, las llevó a tomar la decisión de acercarse a escenarios como la Junta de Acción Comunal del barrio (JAC) y el grupo de la iglesia para construir propuestas de gestión – institucionales o no- que pudiesen afrontar problemáticas como el hambre y la falta de acceso a servicios de salud.

Yo rezo mucho por la gente, soy muy rezandera, me gusta ayudar a la gente [...] Yo me metí mucho en eso por las necesidades del barrio, a mí me gusta como luchar por ayudar a la demás gente, lo hago sin esperar que me den plata, a mí no me daban nada salvo pasajes la alcaldía, yo iba a las capacitaciones, a las reuniones, en diferentes partes [...] Yo por ejemplo tenía un liderazgo en esta forma, yo les decía: «muchachas me van a escuchar, voy a decirles algo importante, que vamos a hacer el favor de, no es obligación, la que tenga forma de traer una libra de arroz, una libra de panela, una libra de frijol, vea cualquier cosa, un paquete de pasta, cualquier cosa, tráiganlo para ayudar a una persona que está muy necesitada de acá del barrio» [...] Oiga a mí me decían: «vea usted va a pedir una ayuda, yo estoy muy mal», entonces yo no decía el nombre ni nada [...] daban muchas cosas, eran muy queridas, arreglamos dos mercados, no pa' una sola sino pa' dos, y yo ya sabía cuáles dos [...] A mí me dicen por un ladito: «doña (nombre de la mujer) vea yo no tengo forma, estoy mal en la casa, usted me hace el favor y me ayuda, usted que es la que les dice a ellas pa' los mercados, no hay nadie más que haga eso sino usted», y yo «ah sí», y ellas se alegran mucho cuando me ven [...] Pero sí, a mí me gusta mucho ayudar a las personas, eso es muy gratificante (mujer habitante de Villatina, 66 años, comunicación personal, septiembre de 2021).

La “ayuda al prójimo” y la generosidad, fueron algunos de los valores católicos que influenciaron en Nubia a decidirse por participar como gestora de propuestas y proyectos sociales, los cuales germinaban, en algunos momentos desde iniciativas autónomas en grupos a los que

asistía de la iglesia y la tercera edad, hasta que con el trascurrir de los años, fue posicionándose como líder de la zona baja de Villatina. En sus propias palabras más que una líder ha sido una gestora:

A mí me nombraron líder que porque yo hablaba en público, que porque yo era capaz de gestionar, de ir de llevar papeles a una parte, a la otra, y así, cierto [...] Yo me iba a recoger firmas para sacar un memorial, yo sé sacar un memorial, en ese entonces me cobraban como 3 mil pesos y me iba yo a sacar un memorial con las firmas de la gente, con eso gestioné muchas obras de acá del barrio, muchas cosas, como la canalización de esa quebrada de allí abajo [...] Yo pedí también la organización de las basuras, [...] para que las recogieran más ligero. [...] Se trajo para la gente lentes, bastones, prótesis dentales, una silla de ruedas para un discapacitado, a mí me dieron cupos para cuidadores de discapacitados (mujer habitante de Villatina, 66 años, comunicación personal, septiembre de 2021).

La gestión y liderazgo que durante muchos años accionó Nubia, no hubiese sido posible sin dos aspectos claves, los cuales giran en torno a su construcción subjetiva como madre: el sentido de cuidado hacia los y las otras, y el reconocimiento del grado de dificultad que implica el ocuparse de la alimentación, crianza, y cuidado de las familias. Un tercer aspecto importante, fue el habitar el barrio desde la cotidianidad, lo que le permitió observar cómo problemáticas tales como el manejo de basuras y la contaminación de la quebrada irrumpían en el desarrollo tranquilo del día a día en el barrio.

Sin embargo, la razón personal que más la movilizó en torno a querer hacer del barrio un mejor lugar, fue su hijo. Tras el asesinato de éste y la imposibilidad económica de abandonar Villatina, Nubia encontró en la gestión un camino para tramitar la frustración que sentía. Su condición como madre soltera, que tantas dificultades le había hecho padecer, la favoreció para tener agencia respecto a su vida y decidir ser gestora, contrario a la historia de una de las mujeres, quien afirmó no tener interés en espacios comunitarios por falta de tiempo, y porque a su esposo no le gustaban que ella fuese “amiguera” y saliera de la casa sin él.

No es fortuito que los hombres busquen el control de sus esposas a través del criticarles y/o prohibirles salir mucho, saben que es más factible dominarlas coaccionando el desarrollo de su ser –sus construcciones subjetivas y emotivas- al servicio de ellos. Esto devela que para las mujeres hay derechos que implican más allá de lo material como salir, cultivar amistades, pasar tiempo consigo mismas, etc., y que son también importantes en la medida en que son una posibilidad para que las mujeres se encuentren, definan y auto – reconozcan, de forma más autónoma.

La relación que se extiende entre la maternidad y la gestión comunitaria trastoca límites que asocian la primera a un ámbito privado y la segunda a uno público. En este sentido, una pregunta importante para problematizar es si podría considerarse como trabajo reproductivo la gestión barrial que varias mujeres han realizado al interior de Villatina.

El trabajo reproductivo no es sólo aquel que no es remunerado, labores como barrer las calles, asear los lugares públicos, cuidar a las personas internas en hospitales, asilos, cárceles, etc., son trabajos reproductivos remunerados, aunque nunca han dejado de ser devaluados, es decir, mal pagos e incluso menospreciados, puesto que son labores históricamente feminizadas. Esto pone de plano nuevamente el lugar materialmente necesario que ocupan las labores reproductivas en el sostenimiento de los grupos humanos.

Las sociedades, más que ser un conglomerado de familias, se desenvuelven mediante la conformación de grupos domésticos, definidos por Marcela Lagarde (2005) como esferas para la reproducción de los seres humanos, donde las actividades reproductivas pueden tener diferentes funciones, sean económicas, afectivas, sociales, políticas, procreadoras, etc. Lo clave para identificar un grupo doméstico, reside en que éstos se basan en la correspondencia de labores con fines reproductivos para determinados grupos sociales. Razón por la cual:

Un grupo doméstico puede ser una comuna, una banda, una familia, un grupo de ellas, o grupos parientes, pero también son grupos domésticos las comunidades que viven en asilos, en prisiones, en orfanatorios, en hospitales, en conventos, en internados y en manicomios (Lagarde, 2005, p. 369).

En esta medida Villatina podría ser entendido como un grupo doméstico compuesto por distintos grupos sociales que integran el tejido social del barrio (madres, bandas delincuenciales, grupos armados al margen de la ley, grupos religiosos etc.) y protagonizan e inciden de diferentes formas en algunas conflictividades urbanas.

La gestión barrial como la segunda esfera en la que planteo, incide la maternidad, abre una reflexión en torno a la afirmación constante del ser madre como algo conflictivo o negativo para las vidas de las mujeres, a veces, este proceso subjetivo las puede convocar a escenarios participativos donde tienen un reconocimiento que trasciende de los varones y los límites privados.

### **5.3 A manera de cierre**

A través de estas dos dimensiones de la subjetividad política: *mujer y madre*, como columnas vertebrales para este capítulo, pude acercarme a algunos desarrollos teóricos feministas que, contrastados con el trabajo en campo, me permiten reconocer la diversidad en operancia que ambos procesos subjetivos pueden devenir para las mujeres mientras vivenciaron las conflictividades urbanas en Villatina. Esta diversidad, más que una ambivalencia, plantea una reflexión importante que me posibilita interpelar la maternidad más allá de un cautiverio. Puesto que de su acontecer no sólo proviene la servidumbre voluntaria de las mujeres, sino también el trabajo reproductivo que sostiene las sociedades. Particularmente en Villatina, el sentido de cuidado que trasciende los lazos consanguíneos, ha abocado a algunas mujeres a gestionar recursos y cambios de infraestructura que trastocan vidas particulares en el barrio, y espacios públicos para toda la comunidad.

Entendiendo la subjetividad como las maneras de ser y hacer (Cabrera et al., 2017). Podemos develar que particularmente en las mujeres, dichas maneras están condicionadas y mediadas por la concreción de diferentes y situados cautiverios (Lagarde, 2005), los cuales se articulan con contextos emergentes como, por ejemplo, la violencia, el empobrecimiento y la presencia de distintos actores armados que irrumpen en la cotidianidad del barrio, y pueden devenir en la construcción de nuevas subjetividades. ¿Cómo puede aportar esta reflexión a la comprensión

de las conflictividades urbanas? ¿Qué implica pensar en las mujeres como actoras relevantes en dichas conflictividades?

En el siguiente capítulo, se abordarán de manera más amplia estas preguntas, con miras a darle un cierre a las impresiones y observaciones generadas por este ejercicio investigativo. Reconociendo a su vez, los límites propios de mi acercamiento y las reflexiones metodológicas pertinentes que demanda construir una propuesta investigativa desde el feminismo.

## 6 Capítulo III. Sobrevivencias y resistencias de las madres en medio de las conflictividades urbanas: “Hice lo que pude con lo que tenía”, un punto de fisura en el cautiverio.

*“Soy mujer. Y un entrañable calor me abriga cuando el mundo me golpea. Es el calor de las otras mujeres, de aquellas que hicieron de la vida este rincón sensible, luchador, de piel suave y corazón guerrero”.*

*Alejandra Pizarnik (Escritora)*

### 6.1 ¿Qué parte de nuestra historia tiene rostro de mujer?<sup>53</sup>

El acuerdo de paz firmado entre el gobierno colombiano y el entonces grupo insurgente FARC – EP, posicionó a Colombia como un país en transición, con miras a la construcción de una paz *estable y duradera*. Tras más de 60 años de conflicto armado interno, la sociedad colombiana no ha dimensionado ni comprendido de manera amplia, la magnitud de lo sucedido durante el conflicto. Reconocer los hechos, ha sido una apuesta crucial para la paz, puesto que posibilita la construcción de memorias colectivas, las cuales, son indispensables para la *no repetición*.

Anterior al tratado de paz, varias organizaciones sociales, corporaciones, movimientos, colectivos etc., se estaban preguntando por las afectaciones que las dinámicas del conflicto armado dejaban sobre los territorios y las comunidades. En el año 2013, la Ruta Pacífica de las Mujeres, a través del informe *“La verdad de las mujeres víctimas del conflicto armado en Colombia”* señaló a las mujeres como víctimas particulares del conflicto, cuyas historias de vida, daban cuenta de un relato que, aunque colectivo y común, era omitido.

A través de los relatos de más de 1.000 mujeres, se dio un mensaje contundente: Tras padecer violaciones, amenazas, desplazamiento forzado y enterrar a sus familias, las mujeres eran mayoritariamente, quienes sobrevivían al conflicto. Tenían la posibilidad de dar testimonio de lo

---

<sup>53</sup> Esta expresión plantea una analogía con el título del libro “La guerra no tiene rostro de mujer” escrito por Svetlana Aleksiéovich (2019). Sabiendo que la guerra no involucra solamente los enfrentamientos armados y los sujetos que portan las armas, ¿qué parte entonces de la historia del conflicto en nuestro país tiene rostro de mujer?



vivenciado, y aunque eran ampliamente escuchadas para relatar qué actor, en dónde y cómo, las implicaciones sobre sus vidas no habían sido tomadas en cuenta, opacando una reflexión central: era sobre sus manos donde comenzaba la reconstrucción del tejido social de los territorios que el conflicto armado había fragmentado.

Si se comprende la relación entre el sistema sexo – género y la guerra – la cual he señalado anteriormente- se puede constatar que el desenvolvimiento de guerras y conflictos armados en el mundo, ha estado protagonizado históricamente por varones blancos<sup>54</sup>, mientras el sostenimiento de los territorios disputados, ha estado al cuidado y trabajo de las mujeres<sup>55</sup>. El conflicto armado colombiano no ha sido una excepción, y la expresión de éste en conflictividades urbanas de los barrios periféricos de la ciudad de Medellín tampoco.

El tejido social que se ha fragmentado en Villatina a raíz de las conflictividades urbanas, ha quedado en las manos –principalmente- de las mujeres. En el trabajo de campo, algunas después de contarme sus vidas en el barrio, me confesaron que tras el dolor y sufrimiento que reconocían haber vivenciado allí, se habían “tenido que quedar” debido a la imposibilidad material de abandonar el barrio.

Siendo madres y cuidadoras, sumado a mujeres empobrecidas, en algunos casos sin un nivel de educación secundaria, estas mujeres se percibían como “condenadas” a una vida injusta, la cual, nunca había tenido clemencia contra el hambre o la salud de sus familias y ellas mismas. Vivir en Villatina, un territorio empobrecido y asediado por la violencia y los enfrentamientos armados, definió gran parte de sus vidas, y sobre todo del devenir de sus hijas e hijos, no obstante, ante esta realidad avasalladora, algunas mujeres eligieron caminos alternativos, habitaron espacios y tomaron decisiones.

---

<sup>54</sup> Esta afirmación no pretende invisibilizar ni negar la participación de hombres negros, indígenas y blanco – mestizos en las confrontaciones armadas. Lo que pretendo señalar es que, tras la ideación de las guerras en el mundo, que se han disputado por el control y adquisición de nuevos territorios, es decir, que han estado atravesadas por intereses colonialistas, han estado los varones cis-heterosexuales y blancos.

<sup>55</sup> Nuevamente, esta afirmación reconoce una condición genérica que es estructural, (las mujeres ocupando labores de cuidado), pero no pretende desconocer las historias de vida, -que no han sido pocas- de mujeres que han decidido tomar las armas y formar parte de las guerras.

Y en esos andares encontraron otros lugares de enunciación que trastocaron las dimensiones subjetivas estructurantes con las que habían llegado al barrio, siendo *mujeres* y *madres*. Conflictividades urbanas en específico tales como el hambre, consumo de drogas, presencia y dinámicas violentas de actores armados y violencia sexual y de género, fueron vivenciadas por estas mujeres no sólo desde una posición testimonial, sino desde una repercusión que paulatina y cotidianamente, fue incidiendo en sus vidas y reconfigurando sus subjetividades desde una incidencia política.

La intención de este capítulo es abordar dicha incidencia. Analizar cómo dimensiones subjetivas como el *ser mujer* y *madre* fueron trastocadas a raíz de problemáticas propias de las conflictividades urbanas que estas mujeres vivenciaron en el barrio. Inicialmente, retomo el concepto *grupo doméstico* de la antropóloga Marcela Lagarde (2005) para definirlo a la luz del contexto situado de Villatina. Posteriormente abordo algunas decisiones y acciones que las mujeres emprendieron al interior del barrio, las cuales reflejan la reconfiguración de sus subjetividades políticas. Finalmente, reflexiono respecto al porqué se nombra la incidencia de las conflictividades urbanas en las subjetividades como una reconfiguración.

## **6.2 Leer Villatina como un grupo doméstico: Alcances y des – limitaciones de la maternidad.**

Cuando se nombra un espacio como doméstico se está significando a través de lo personal, lo individual. Por lo general, los espacios domésticos son nombrados en las sociedades occidentales como casas, apartamentos u hogares. Son lugares destinados a actividades cotidianas tales como dormir, bañarse, cocinar, comer etc., las cuales son necesarias para salir y participar en los espacios públicos, aquellos en los que se relacionan de manera amplia los seres humanos.

El espacio público entonces, es antagónico al doméstico<sup>56</sup>. Algunas de las actividades que se realizan en los espacios privados, serían cultural y jurídicamente sancionadas de ser efectuadas

---

<sup>56</sup> En Villatina, por ejemplo, dicha distinción era notoria en las mujeres con quienes trabajé, quienes tenía una disposición diferente para hablar de sí mismas en espacios concebidos como público o privados. Esta tensión tiene que ver con lo que la antropóloga Natalia Quiceno (2008) retoma como “*puesta en escena*” en su texto “Puesta en

afuera; dicha distinción impone límites de relacionamiento entre ambos espacios. Esta dualidad ha permeado históricamente las relaciones humanas, generando una infravaloración de los quehaceres domésticos respecto a las actividades concernientes al ámbito público.

Por esta razón, concebir un barrio como un grupo doméstico es, de entrada, una declaración disruptiva. Los barrios están conformados tanto por espacios privados (casas, apartamentos, etc.) como por espacios públicos (calles, plazas, parques, sitios de reunión). Pero al concebir un barrio desde el ámbito doméstico se reconocen no sólo edificaciones y condiciones de infraestructura sino también los relacionamientos humanos que tienen lugar, material y simbólicamente, allí. Según Lagarde (2005) los grupos domésticos son: “ámbitos de reproducción de los seres humanos, organizados en torno a relaciones, actividades y funciones económicas, sociales, sexuales (procreadoras y eróticas), afectivas, sociales, políticas” (Lagarde, 2005, p. 369).

Los ámbitos de reproducción implican directamente trabajos reproductivos. Es a través de éstos que se desenvuelven los territorios, lo que posibilita que las comunidades subsistan, permanezcan y crezcan. Al concebir un territorio como un grupo doméstico, reconociendo el trabajo reproductivo que lo hace posible, se des – limita la separación tajante entre espacios públicos y privados.

En Villatina, por ejemplo, los enfrentamientos armados no ocurrieron en espacios y temporalidades diferentes o lejanas al desenvolvimiento cotidiano de las relaciones humanas, por el contrario, tuvieron cabida en espacios comunes, y los actores armados fueron en muchos casos hijos, hermanos, amigos, parejas etc., personas de la comunidad. Conflictividades como el hambre y la falta de acceso a servicios básicos tuvieron lugar cada día al interior de las viviendas, en las familias; las afectaciones de las conflictividades urbanas irrumpieron, día a día, directamente, en el tejido social del barrio.

---

escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia” donde narra como la distinción entre los espacios colectivos e individuales imparte diferentes reglas y tipos de lenguajes en los testimonios, y por ende en la producción de memorias asociadas al conflicto armado en Medellín.

Las mujeres con quienes conversé, llevaron auestas la labor de cuidado y crianza en medio de estas conflictividades, siendo madres. En el transcurso de los años 1995 y 2005, algunas de ellas perdieron a sus hijos e hijas, enfermaron por el hambre, soportaron violencias sexuales y de género; vivenciaron las conflictividades urbanas desde las posiciones que el sistema sexo – género les asignó, desde la desigualdad y vulnerabilidad.

No obstante, pese al dolor de la perdida y la impotencia por habitar condiciones indignas propias del empobrecimiento, las mujeres efectuaron labores de cuidado que trascendieron de sus núcleos familiares. Notaron el hambre de la vecina, la falta de apoyo institucional para con las cuidadoras, señalaron la falta de espacios de esparcimiento para las infancias y población de la tercera edad, les dolió el involucramiento tanto de sus hijos como de otros jóvenes con los grupos armados y el consumo de drogas, intentaron aconsejar, guiar, persuadir.

Des – limitaron el ejercicio de la maternidad, concibieron Villatina como una comunidad, su comunidad, y por eso, ejercieron ámbitos de trabajo reproductivo en el barrio, tal cual como ocurre en los grupos domésticos. Mientras la mayoría de hombres sostenían enfrentamientos armados, o trabajaban por fuera del barrio, estas mujeres, aún con el sostenimiento de sus familias auestas, trabajando por fuera y/o soportando golpes y agresiones por parte de sus maridos, pensaron en el barrio como un lugar que necesitaba “mejorarse” para que sus hijos e hijas tuviesen “un mejor futuro”.

Esta apuesta por trabajar en las necesidades que ellas identificaron desde sus propias experiencias, es reflejo de la relación entre la maternidad y el Estado. Las madres suplen una labor en las sociedades de aculturación, son quienes les enseñan, durante los primeros años de vida, a sus hijas e hijos, todas las pautas sociales necesarias para relacionarse con otros seres humanos y comprender lo que sucede a su alrededor. Según Lagarde (2005) maternar es una práctica institucionalizada de la aculturación:

La madre debe educar y reproducir en el hijo las cualidades genéricas, de clase, de edad, nacionales, lingüísticas, y todas las que definen a su grupo: el cúmulo de tradiciones, valores, costumbres y creencias, las normas de su mundo. Debe construir el sustrato cultural

primario, base para su desarrollo y contribuye a construir un sentido vital (...) Las madres son reproductoras de la cultura, aculturadoras de los otros. Son las primeras pedagogas de quienes comienzan a vivir, y en complejos sociales estatales, son funcionarías del Estado en la sociedad, durante toda la vida de los sujetos. En cualquier circunstancia, las mujeres madres son intelectuales, son funcionarías del Estado en la sociedad civil (Lagarde, 2017, p. 377).

Esta función trasciende del núcleo familiar. No sólo por el hecho de que las mujeres ejercen la maternidad con seres que no han parido, sino también porque los grupos domésticos vinculan varias familias en una comunidad, a través de la territorialidad<sup>57</sup>. De esta manera, un barrio es concebido como un espacio, y a la vez, como una comunidad de la que se hace parte. Las mujeres en Villatina comenzaron a construir redes de cercanía con otras familias que habitaban el barrio, y algunas de ellas se sintieron vinculadas al territorio hasta concebirlo como un lugar de vida que heredarían futuras generaciones, por ende, las condiciones materiales y sociales del territorio se posicionaron como una apuesta de trabajo y cuidado.

Y aunque esta des – limitación de la maternidad es señalada por Lagarde (2005) como una consecuencia de los cautiverios de las mujeres, quienes ejercen la maternidad extendida por fuera de sus relaciones de filiación y conyugalidad, en el análisis situado en Villatina, esta des – limitación no sólo implica el papel las mujeres como madres cuidadoras, sino también, un punto de fisura en el cautiverio mismo, donde las mujeres mediante la toma de decisiones y acciones, gestaron no sólo otras condiciones para el barrio, sino también posibilidades de autonomía y reconocimiento para consigo mismas.

---

<sup>57</sup> Definida por Lagarde, en relación a la maternidad y los grupos domésticos, como el arraigo con la tierra – casa: la herencia cultural y material de las familias. En la tierra-casa se posibilita la base primaria de las relaciones entre los miembros del grupo doméstico, mediante el trabajo y la identidad se confiere sentido a la vida.

### **6.3 “Las mujeres como las aguas, cuando se juntan crecen”: Resistir con otras ante el hambre y la muerte.**

En el capítulo anterior retomé las afectaciones, violencias y dolores que las mujeres evocaron al hablarme de sus vidas, las cuales, comenzaron desde niñas y se acrecentaron al ser reconocidas y auto – reconocerse como mujeres y madres. Sin embargo, al migrar hacía Villatina y comenzar procesos de crianza y conformación de familias, estas violencias ya no recaían sólo en sus cuerpos. Su ejercicio de maternidad identificó dos grandes amenazas de las que debían salvaguardar a sus hijos e hijas, en medio de las conflictividades urbanas del barrio: el hambre y la muerte.

Ambas amenazas comprometían directamente la vida de quienes habían parido. El hambre fue una problemática que afrontaron principalmente los primeros años de crianza, y aunque algunas pudieron contar con el ingreso económico de sus esposos, otras se encontraron completamente solas sobreviviendo a la falta de alimentos. Una de ellas incluso, perdió una de sus hijas a causa de desnutrición.

Por otro lado, la muerte era el fin último de la mayoría de problemáticas que trajeron al barrio las dinámicas conflictivas de los actores armados: enfrentamientos, fronteras invisibles, amenazas y consumo de drogas. El involucramiento de sus hijos –varones- con los grupos armados fue un temor constante que las mujeres sobrellevaron muchos años, y que, en algunos casos, culminó en el asesinato de sus hijos.

En algunas historias de vida estas amenazas se hicieron realidad, conllevando dolor y principalmente culpa, porque culturalmente el ejercicio de maternidad implica salvaguardar la vida de sus hijos e hijas, razón por la cual, ante la pérdida, no sólo sobrevino dolor sino también señalamiento social hacia estas mujeres.

Esta situación en una ciudad como Medellín ha sido común. Muchas madres han enterrado a sus hijos y tras ello, han tenido que permanecer en los barrios donde el suceso violento fue vivenciado, rodeadas por la comunidad que presenció no sólo el asesinato sino también el

involucramiento de sus hijos con los actores armados. ¿Cómo han sobrellevado esto? ¿Cómo han sobrevivido a la continuidad de sus vidas allí?

En el año 2017 el Centro Nacional de Memoria Histórica publicó el informe “*Medellín: memorias de una guerra urbana*”, el cual se enfocó en recopilar y socializar las memorias de habitantes de la ciudad sobre la violencia armada. Tras el dolor y horror que permeaban los testimonios, el equipo de investigación también identificó maneras, decisiones y formas, que sutil o directamente, las personas encontraban para seguir viviendo aun en medio del miedo y la tristeza. Estas tácticas fueron denominadas como *repertorios de resistencias y sobrevivencias*.

En el contexto situado de Villatina, a la luz de las conversaciones que sostuve con las mujeres del barrio, encontré algunas expresiones de resistencias y sobrevivencias que ellas efectuaron para hacer vivible su cotidianidad en el barrio. Cuáles acciones emprendieron, de qué forma y hasta qué punto, es algo variable y único en cada una de estas mujeres, lo cierto es que, en muchas ocasiones, estas tácticas se entrecruzaban entre ellas mismas, es decir, se concretaban en la juntanza y cercanía con otras.

Dicha cercanía tuvo que ver en gran medida no sólo con el hecho de reconocer en la maternidad de la otra las dificultades que implica como tal el cuidado, sino también porque su ejercicio de maternidad estaba atravesado por una condición de clase<sup>58</sup>. Ser madre empobrecida repercutió en la empatía que muchas mujeres sintieron por el hambre que otras familias padecían, generando un interés –en algunas- frente a la gestión comunitaria.

Recolectar comida para construir mercados fue una práctica de resistencia y sobrevivencia llevaba a cabo por una de las mujeres con quien trabajé en campo. Mediante su participación en el grupo de la iglesia y el club de vida del barrio<sup>59</sup> –espacios que compartía con otras mujeres- generó de manera autónoma esta iniciativa, la cual se fue regularizando hasta posicionarla ante los ojos de

---

<sup>58</sup> Según Lagarde (2005), el contenido específico de la maternidad de las mujeres no es homogéneo. Así la maternidad esté condicionada de manera estructural por el sistema sexo – género, la clase, étnica, raza y edad son factores que transversalizan y somatizan el ser madre de distintas maneras.

<sup>59</sup> Los clubes de vida son espacios dirigidos a personas mayores en pro de la salud física y el esparcimiento colectivo. Esta iniciativa es liderada por el Instituto de Deportes y Recreación de Medellín (INDER).

la comunidad como quien se encargaba de esta labor, razón por la cual, otras mujeres, en un acto de confianza, se acercaban a ella y le exponían sus necesidades. Cuando le pregunté por qué había decidido involucrarse en la gestión barrial, hizo hincapié en dos aspectos que desde su subjetividad eran importantes: ayudar a otras personas sin esperar nada a cambio y hacer del barrio un territorio más digno para quienes vivían allí.

Cabe destacar que este tipo de prácticas en Villatina han estado impulsadas por otras mujeres, desde antes de 1995. Cuando comencé el acercamiento contextual al barrio, entrevisté a una investigadora social que trabajó muchos años en la comuna ocho. Al preguntarle puntualmente por Villatina en la década de 1995 – 2005, hizo hincapié en el empobrecimiento como una problemática generalizada en la comunidad, especialmente en las familias que recién llegaban desplazadas al barrio:

Es la época en la que empiezan con los recursos muy jodidos pero que fueron sobre todo las mujeres las que empezaron a hacer los recorridos barriales para conseguir comida, que lo que les daba la gente era lo que no lograban vender en el día los negocios, cierto, y de a 50 pesos, 100 pesos pues con lo que pagaban el agua o los servicios públicos si tenían algún tipo de energía en los ranchitos (Catalina Cruz, investigadora social, entrevista virtual, noviembre de 2020, Medellín).

Otra táctica de sobrevivencia que las mujeres entretejieron entre sí fue el cuidado. Aquellas que no tenían posibilidad de quedarse en sus casas cuidando de sus familias porque trabajaban fuera del barrio, encontraron en algunas vecinas lazos de cercanía que se tradujeron en favores<sup>60</sup> como recoger a sus hijas e hijos en la guardería, o cuidar de éstos determinadas horas al día mientras ellas lograban retornar al barrio. Fue así como algunas madres ante la necesidad confiaron y delegaron, por momentos, el cuidado de sus familias a otras madres.

El hambre y la falta de recursos para ejercer la doble jornada, es un recuerdo que atraviesa principalmente los primeros años de crianza de sus hijos e hijas. Con el paso del tiempo éstos

---

<sup>60</sup> Con el paso del tiempo, estos favores devinieron en el reconocimiento entre ellas como madres y amigas. Cada una fue divisando con claridad las familias que las otras mujeres tenían bajo su cuidado.



crecieron y las amenazas y preocupaciones fueron otras, más en relación con la presencia de actores armados en el barrio y la posible vinculación de sus hijos con éstos. Dos de las mujeres con quienes conversé enfrentaron problemas de adicción en sus hijos y posteriormente habitaron el duelo cuando éstos fueron asesinados.

La muerte fue una condición que marcó un antes y después en sus vidas. Una de estas mujeres sintió una ruptura social tan fuerte con el barrio que se fue de éste durante dos años con la determinación de no querer volver jamás. No obstante, volvió, porque sentía que allí “estaba mi casita, y a uno como le costó conseguir casa por acá”. Tras su retorno identificó que Villatina sería el futuro tanto suyo como de su hija y nieto, razón por la cual, emprendió con ahínco su participación política en espacios tanto institucionales como autónomos, en pro del mejoramiento y denuncia de varias condiciones problemáticas del barrio.

Volver pese a los chismes de otras vecinas y vecinos tras el asesinato de su hijo no fue fácil. Retornar no sólo para habitar una casa, sino para habitar el barrio, fue una posibilidad de resistencia desde la que esta mujer se abrió camino mediante la gestión barrial, participando de espacios colectivos organizados como la Junta de Acción Comunal y las comisiones barriales. Con el paso del tiempo, comenzó a ser más referenciada ante la comunidad por su accionar, que por ser “la madre del muchacho que mataron”, y eso fue importante tanto para su dolor como para la continuidad de su vida en Villatina.

Otra práctica de resistencia que agenció una de las mujeres con quien conversé, consistió en el enfrentamiento verbal contra dos actores armados que en distintas ocasiones amenazaron su propia vida y le exigieron acatar órdenes. Este accionar no respondió a una dinámica organizada colectiva, sino a su voluntad como *sujeto aislado*<sup>61</sup>, ya que fue un desacato contra la legitimidad que estos actores ostentaban en el barrio. Al negarse e incluso enfrentarse desde la palabra a sus órdenes, ella cuestionó directamente dos acciones: la amenaza y el asesinato.

---

<sup>61</sup> Esta denominación fue sustraída de la Propuesta de Glosario de Resistencias y Sobrevivencias (2015) del informe: “Medellín ¡Basta Ya! Memoria Histórica de las violencias en el marco del conflicto armado en la ciudad de Medellín 1980-2014” donde se propone que las resistencias pueden ser efectuadas desde tres tipos de agencias: actores colectivos organizados, actores colectivos no organizados y sujetos asilados.

Una vez arrancaron a pelear allá arriba, a darse bala con los muchachos de al frente de don Luis, y un muchacho bajó corriendo a que le prestará un cuchillo de la chaza, como nosotros mantenemos cuchillos para pelar el mango, pero yo me le pare y le dije que respetará (...) También me mandaron un negro a que me matara, cuando fue a la casa a amenazarme, yo le salí y le dije que era de la Acción Comunal y que no le tenía miedo, que en ese barrio todos me conocían y que si me hacían algo la gente se les iba a ir encima. No me volvieron a molestar (mujer habitante de Villatina, 86 años, comunicación personal, febrero de 2021).

Tras el involucramiento de su hijo en el consumo de drogas, esta mujer hablaba de los actores armados con rabia y desaprobación, no obstante, reconocía que enfrentarlos no era una buena idea porque ellos mantenían armados y solían ser –en sus palabras– “impulsivos”. Sin embargo, en estas dos ocasiones se negó a acatar estas órdenes, porque dimensionó en la entrega del arma una complicidad de asesinato, y en la amenaza la pérdida de su vida, del hogar que tantos años le había costado construir en el barrio.

Las resistencias, colectivas, organizadas o aisladas responden, en ambos casos, a una defensa por la vida, que da cuenta de la relación subjetiva existente entre la maternidad y el cuidado, no sólo por sus hijos, hijas o por su vida misma, sino también por otras personas que habitan el barrio, por su comunidad. No es fortuito, por ejemplo, que ambas mujeres se involucraron en la gestión barrial después de haber perdido a sus hijos a causa de los enfrentamientos armados. Y aunque no se podría afirmar tajantemente que este suceso fue la razón por la que comenzaron a incidir políticamente en el barrio, sí es notorio que aún con el peso del dolor personal e intransferible, trascendieron su vivencia como algo aislado y observaron en los rostros de otros jóvenes del barrio un futuro que comenzaba a ser común para ellos: tomar las armas.

¿Qué sentido tenía criar y cuidar de otros si también terminarían siendo asesinados? ¿Qué les esperaba a sus nietos? ¿Cómo ayudar a otras madres, que como ellas años atrás, no pudieron criar con cercanía ni cuidar con constancia a sus hijos e hijas por salir a trabajar por fuera? Varias de estas preguntas se entrevistaron en sus relatos como una preocupación que, desde la empatía, las había impulsado a trabajar por el barrio. A su vez, gestionar les demandaba muchas ocupaciones, las cuales, de alguna manera, lograban hacer retornar el cuidado por otros y otras, a sus vidas.

La gestión barrial es una resistencia muy visible, puesto que de manera directa se están desplegando una serie de acciones en pro del territorio. Empero, también existieron otras maneras de hacer vivible la cotidianidad en el barrio, las cuales retomo como tácticas de *sobrevivencia*<sup>62</sup>. Estas estrategias son más sutiles y, por ende, menos perceptibles, especialmente para los actores armados, puesto que no buscan confrontar –directamente– la legitimidad de éstos, sino sobrellevar situaciones dolorosas o peligrosas para la cotidianidad de las personas.

Particularmente en Villatina, las mujeres edificaron entre ellas un lugar de refugio, solidaridad, escucha y consejos, que nombran como “amistad”. Desde lo que observé en campo, tener amigas y espacios de encuentro entre ellas fue importante de diferentes maneras para sus vidas, hasta el punto de hacerles percibir su cotidianidad más amena y menos angustiante. Tener amigas implicó cultivar una red de apoyo, afectos y empatía, e incluso, para una de estas mujeres se convirtió en una práctica de autonomía.

#### **6.4 “Somos amigas de tierra, de matas, de materos”: Cultivar vínculos para sobrevivir al control, miedo y soledad.**

*“Qué habría sido de las mujeres en el patriarcado sin el entramado de mujeres alrededor, a un lado, atrás de una, adelante, guiando el camino, aguantando juntas. ¿Qué sería de nosotras sin nuestras amigas? ¿Qué sería de las mujeres sin el amor de las mujeres?”.*

*-Marcela Lagarde (antropóloga feminista)*

---

<sup>62</sup> Esta denominación fue sustraída de la Propuesta de Glosario de Resistencias y Sobrevivencias (2015) del informe: “Medellín ¡Basta Ya! Memoria Histórica de las violencias en el marco del conflicto armado en la ciudad de Medellín 1980-2014” donde se propone el concepto *repertorios de sobrevivencias*, para referirse a acciones sutiles, soterradas y solapadas que accionan las personas para hacer más fácil su vida en un territorio que está siendo disputado y sometido mediante la violencia armada.

Mi primer acercamiento con las mujeres en Villatina no fue propiamente en los talleres de tejido. Cuando Gisela me acompañó a caminar el barrio le pregunté si podía conocer a su abuela para conversar, en vista de que era ella quien llevaba años habitando el territorio. La abuela de Gisela conversó un rato conmigo y luego me dijo “voy a llamar a una amiga mía que yo creo que le puede ayudar”<sup>63</sup> terminamos visitando a su amiga, y ésta al final de la conversación también me llevó donde otra amiga. Fue así como paulatinamente conocí a varias mujeres del barrio, y tuve la posibilidad de conversar con ellas en sus casas, gracias a que eran amigas.

Estas cercanías de amistad tenían altibajos y sobretodo reticencias. Las mujeres, pese a tener varias amigas –unas más cercanas que otras-, se referían a la amistad como una relación ambivalente que podía involucrar envidias, chismes y problemas a futuro, lo cual, en un mundo que educa a las mujeres para competir entre sí, no es novedoso. Parecía entonces, que las relaciones de amistad implicaban para las mujeres algunos favores esporádicos y cordialidad entre sí.

Pero con el transcurrir del trabajo en campo, las conversaciones individuales fueron develando anécdotas importantes en la vida de las mujeres que involucraban a sus amigas. Su vecindad fue integrando compañías, desahogos, consejos y confianza; posibilidades que las mujeres no encontraban en otras relaciones, puesto que el resto de éstas estaban en gran parte atravesadas por la servidumbre voluntaria. En últimas, las mujeres acudían a sus amigas para nombrar lo que en sus casas era innombrable, y allí, con ellas, podían tener experiencias para sí mismas, que no involucraran invertir tiempo en el cuidado de otros seres.

Identificar la amistad como una táctica de sobrevivencia fue difícil, puesto que es un accionar sutil y en la mayoría de casos inconsciente para las mismas mujeres. No obstante, mediante el acercamiento a la historia de vida de una mujer en específico logré reflexionar respecto al cómo tener amigas implicó para su vida una práctica de autonomía.

La asistencia a los talleres de tejido –como he mencionado anteriormente- fue un reto metodológico en el trabajo en campo por razones diferentes, sin embargo, hubo una razón que

---

<sup>63</sup> A todas las mujeres con quienes conversé en Villatina siempre les compartí desde un inicio mis intereses académicos, y al hacerlo ellas tuvieron la claridad de que buscaba conversar con varias mujeres.

particularmente guardaba relación con el control doméstico. Una de las mujeres no podía salir de la casa si el marido se encontraba en esta, siempre que él estuviera ella debía permanecer, puesto que, al depender económicamente de su marido, éste le negaba su autonomía afirmando que ella “no tenía nada que hacer en la calle”. Por tal motivo, esta mujer sólo asistía a los talleres de tejido cuando su marido estaba trabajando.

Tuve la oportunidad de conversar individualmente con ella en su casa –por supuesto en ausencia del esposo-, allí me relató que ella, pese a ser tan cercana a mujeres que participaban de la gestión barrial, nunca se había involucrado porque no “le gustaban esas cosas”, y porque en palabras de su esposo implicaba volverse muy “amiguera”. Casi no salía de su casa, salvo cuando en el barrio ofrecían talleres de manualidades y siembra. En estos talleres había coincidido con su amiga más entrañable, ya que ambas tenían afinidad con las plantas.

A lo largo de los años comenzaron a sembrar juntas, regalarse materos, tierra e “hijitos de las matas”. Visitar a su amiga implicó la posibilidad de salir de su casa, y de hablar con otras personas diferentes a su marido, lo cual fue importante para su depresión. Pese a que esta mujer nunca concluyó procesos de denuncia por violencia física y psicológica contra su marido, ni tampoco tuvo la posibilidad de separarse y vivir en otro lugar; cultivar vínculos de amistad le permitió hacer su vida amena, para sobrevivir más allá de los golpes y amenazas de su esposo.

Tener amigas es una táctica de sobrevivencia aparentemente ineficaz, porque no cambia ni confronta radicalmente situaciones de violencia, sin embargo, a algunas mujeres les brindó posibilidades de maniobra más allá del control de sus esposos, e inclusive, de los actores armados. Cuando en Villatina empezaron los toques de queda y las fronteras invisibles, las mujeres desplegaron mecanismos de comunicación entre sí, y mediante el *chisme* se alertaban respecto a los muchachos que iban formando parte de los grupos armados.

También, al conocer sobre sus familias, aquellas que convivían con sus esposos subían juntas al cuadradero de los buses para recogerlos, y evitar que éstos fueran abordados por los actores armados en vista de que eran menos conocidos que ellas en el barrio, lo cual resultaba amenazante a raíz de los toques de queda y las fronteras invisibles. Las mujeres eran más

distinguidas no sólo porque desarrollaban su cotidianidad en las calles del barrio, sino también porque pese al miedo saludaban a los muchachos, lo que denotaba “cercanía” con estos actores. Una de las mujeres planteaba que saludar era algo que a ella no le gustaba, pero lo hacía porque “a esa gente es mejor llevarla bien”.

Otra táctica de sobrevivencia para una de las mujeres fue “terapiar” a los muchachos. Esto consistió en aconsejarles en algunas ocasiones dejar el consumo de drogas, empezar a buscar otras fuentes de ingreso económico, cambiar sus vidas por futuros menos violentos y destructivos. En estos consejos, tácitamente, esta mujer posicionaba su discrepancia con el accionar de los actores armados, y a su vez, creía que podía cambiar la opinión de algún joven, debido a que, tras perder a su hijo en una confrontación armada, sentía tristeza cuando los jóvenes se involucraban en los grupos armados.

Los saludos y consejos dirigidos a estos actores implicaban una cercanía solapada que oscilaba entre la legitimación y desaprobación del accionar de estos grupos. Cabe señalar que estas tácticas de maniobra fueron posibles en gran medida debido a que quienes las agenciaban eran mujeres. Existe una relación entre estas tácticas de sobrevivencia y la posición sexo – genérica de las mujeres al interior de las conflictividades urbanas.

Como se esbozó de manera más amplia en el anterior capítulo, las mujeres no son percibidas como una amenaza en la confrontación armada. Esta condición, de entrada, implica una posición vulnerable para ellas, aunque a su vez, posibilita que puedan acercarse de determinada manera a los actores armados, generando que tanto la simpatía como la confrontación, tuviesen un nivel de tolerabilidad entre los actores, situación que hubiese sido radicalmente diferente si estas tácticas de sobrevivencia y/o resistencia las hubiesen efectuado hombres, así no portaran armas.

Estas fueron algunas estrategias que las mujeres desde sus posibilidades agenciaron frente a conflictividades urbanas que las afectaban directa o indirectamente. Inicialmente, dichas estrategias no fueron sensibles de análisis en el trabajo de campo, porque el enfoque de interés se concentró en las subjetividades de las mujeres. No obstante, al ver en sus relatos de vida atisbos de

esperanza, permanencia y autonomía, emergió la reflexión en torno a cómo la agencia incide en la reconfiguración de las subjetividades, develando una incidencia política en éstas.

### **6. 5 (H)ilaciones de cierre: ¿Por qué hablar de una reconfiguración de las subjetividades políticas de las mujeres?**

Cuando comencé este trabajo de grado tenía especial interés en la influencia que tenían las conflictividades urbanas de Villatina en la construcción de subjetividades de las mujeres. El concepto mismo parecía tan abstracto que no sabía en la concreción material del trabajo en campo cómo observar este fenómeno o cómo direccionar las preguntas para indagar por él. Fueron los silencios de las mujeres, sus lágrimas, risas y conversaciones lo que envolvió mi observación etnográfica, al punto de reconocer algo importante: Ninguna omitió su propia historia personal de vida para hablarme de su cotidianidad en Villatina.

Llegar al barrio había marcado entonces, el inicio de un nuevo ciclo en sus vidas: ser *madres*, y lo debían vivir en medio de un contexto que implicaba soledad, violencias y escasez. Emprendieron esta labor desde lo que sus familias les habían inculcado e impuesto, y ellas mismas se encontraron conscientemente inconformes, frente a eso que les “tocó” asumir. Fue allí entonces, donde las pautas, expectativas y normativas sobre el ser *mujer* y *madre* emergieron a mis ojos como dos dimensiones subjetivas pilares para este ejercicio investigativo.

Pero, ¿qué pasaba después de las violencias vivenciadas? ¿Cómo estas experiencias alteraron su autopercepción como madres y mujeres? Especialmente cuando afectaciones, tales como la violación y el asesinato, habían trastocado para siempre dichas subjetividades. Ante el silencio y las lágrimas siempre emergió el dolor como un espectro emocional que parecía cubrirlo todo. Sin embargo, al escuchar sobre sus vidas en tiempos más presentes hubo una observación contundente: a su decisión o no, estas mujeres habían permanecido en el barrio.

Aun así, su continuidad en Villatina trascendía de la resignación. Allí, habían tejido relaciones y se habían apropiado de espacios que eran importantes para ellas en la actualidad, los cuales llevaban años entretejiendo en compañía de otras mujeres. Estos fueron sus andares, las

formas en las que desplegaron acciones –principalmente colectivas- y decisiones personales, para hacer sus vidas más que soportables.

Por tal motivo, en esta *agencia*<sup>64</sup> es donde concretamente se refleja y materializa la reconfiguración de sus subjetividades políticas. Porque ser mujeres y madres fue algo que posicionó de manera diferenciada el cómo llegaron a Villatina y vivenciaron las conflictividades urbanas, sin embargo, a raíz de estas conflictividades mismas, enfrentaron sucesos de violencia que las movilizaron de diversas maneras, y que, cabe señalar, afrontaron desde una re-apropiación de estas dimensiones subjetivas.

Por ejemplo, materner implicó afectaciones específicas para sus vidas respecto a la confrontación armada, y a su vez, tras la pérdida, algunas mujeres sustrajeron elementos de la maternidad, tales como el cuidado, para participar en la gestión comunitaria, acción que les permitió continuar viviendo en el territorio desde lugares de enunciación que trascendían del dolor. Allí tiene lugar la reconfiguración de sus subjetividades; porque ser mujeres y madres en medio de las conflictividades urbanas, implicó habitar lugares de vulnerabilidad, que las mujeres a través de la *agencia*, transformaron en lugares de posibilidades.

Cabe mencionar que la reconfiguración de las subjetividades políticas también se sitúa en las maneras de concebir lo público y doméstico. Históricamente estos ámbitos han tenido significados rígidos para las mujeres, los cuales han estado atravesados por un dualismo irreconciliable: lo doméstico no tiene cabida en lo público. No obstante, a través de la des – limitación de la maternidad las mujeres han trascendido prácticas ligadas al trabajo reproductivo y de cuidado a escenarios públicos, sin que estas acciones pierdan su dimensión personal.

Finalmente, aún quedan preguntas y posibles observaciones a futuro para intentar comprender como estas *agencias* impactaron sus mundos personales, puesto que sus acciones fueron –en varios momentos- contra-corriente de los lugares rígidos que ellas debían conservar:

---

<sup>64</sup> Esta denominación fue sustraída de la Propuesta de Glosario de Resistencias y Sobrevivencias (2015) del informe: “Medellín ¡Basta Ya! Memoria Histórica de las violencias en el marco del conflicto armado en la ciudad de Medellín 1980-2014” donde se retoma el concepto *agencias*, como la combinación de posibilidades del pasado, presente o futuro que una persona retoma para sobreponerse ante los retos que emergen en su contexto situado.



como esposas y devotas de sus hogares, por ejemplo. La reconfiguración de sus subjetividades políticas no pretende afirmar cambios extremos, o posturas de vida contra hegemónicas, pero sí visibilizar la porosidad y flexibilidad de las relaciones sociales en contextos que pretenden coaccionar la capacidad de acción y los cuerpos de las mujeres.

## 7 Consideraciones finales

*Que nadie cierre un libro o culmine un texto sin preguntas*<sup>65</sup>.

Este apartado final se titula consideraciones porque tras dar rienda suelta al desenvolvimiento de este ejercicio investigativo por alrededor de tres años, considero que llego a este punto con más preguntas que respuestas y con salvedades y reflexiones valiosas para futuros acercamientos. Quisiera reflejar dos aspectos aquí: 1. Un micro – recorrido por las reflexiones nodales que atravesaron este ejercicio investigativo y 2. Temáticas emergentes en campo, que más que aspectos incompletos o inacabados representan una posibilidad de interés académico a futuro.

El primer aspecto entonces, concierne a reflexiones que emergieron a raíz de la pregunta que dio nacimiento a este trabajo de grado. Mi acercamiento a las narrativas de vida de las mujeres con quienes trabajé, logró brindarme una perspectiva diferente en torno a la subjetividad, maternidad, cotidianidad y conflictividades urbanas, ámbitos que en esta consideración final pretendo entrecruzar.

La subjetividad es un proceso inacabado para todos los seres humanos. Cada acción, vivencia y recuerdo trastoca dicho proceso generando cambios infinitos. Por tal motivo, este trabajo de grado se centró en dos dimensiones subjetivas –bastante amplias de por sí- de cuatro mujeres que vivenciaron algunas conflictividades urbanas en Villatina, entre los años 1995 – 2005. Estas dos dimensiones fueron la identidad sexo – genérica y la maternidad, las cuales fueron abordadas desde una perspectiva tanto antropológica como feminista.

A lo largo de los capítulos estas dimensiones de la subjetividad fueron abarcadas de manera separada, no obstante, es importante hacer hincapié en la interconexión que plantean ambas, pues *ser madre* y *ser mujer* son mandatos sexo – genéricos que históricamente se han suscrito entre sí. Esta relación reconoce que ambas dimensiones están mediadas por el sistema sexo – género y, por

---

<sup>65</sup> Esta frase fue suscitada por el trabajo de campo que hizo posible este acercamiento investigativo.

---

tanto, revelan la subjetividad como un campo atravesado por el entorno cultural, donde las relaciones sociales tienen implicaciones políticas.

Sin embargo, la subjetividad no puede desligarse del plano individual y personal, el cual se sitúa en el acumulado de haz de relaciones y vivencias que carga consigo cada ser, y sobre todo en las decisiones y reflexiones que las personas agencian desde dicho acumulado. Esta simbiosis entre el plano individual y colectivo de las dimensiones subjetivas se traza concretamente en la lectura situada de las conflictividades urbanas en Villatina.

Pues para las mujeres ser madres en aquel contexto implicó una experiencia tanto común como personal, de la cual algunas se armaron para tomar decisiones que –nuevamente- incidieron en ellas mismas, pero también en dinámicas barriales. El trabajo reproductivo y la avocación al cuidado de otros y otras, se movilizaron para ser más que cargas coercitivas, propias de los cautiverios de las mujeres (Lagarde, 2005), a acciones de sobrevivencia desde las cuales éstas delimitaron su ejercicio de maternidad e incidieron en algunas conflictividades, preservando el cuidado por la vida.

Por esta razón, más que una incidencia ha existido una articulación entre las conflictividades urbanas y la construcción de subjetividades políticas de las mujeres. Puesto que las conflictividades no sólo incidieron en las subjetividades, sino que éstas mismas repercutieron en la capacidad de agencia de las mujeres, quienes crearon mecanismos, maneras y redes de apoyo entre sí para solventar –así no fuese de raíz- problemáticas como el hambre, la invisibilización y falta de apoyo a las cuidadoras, la salud y recursos materiales en pro de condiciones dignas para las personas mayores e infancias.

Esta articulación fue observable para mí en la cotidianidad. Escenario donde las mujeres, poco a poco desarrollaron cercanías, amistades, construyeron espacios de desahogo, confianza; se juntaron. Cada una observó en el día a día como las conflictividades irrumpían en sus hogares, y algunas, generaron alternativas desde una posición empática con otras madres, con otros hijos e hijas, con otras familias.

Plantear la cotidianidad como un campo de análisis es un reto etnográfico, más aún cuando dicha cotidianidad no es lejana a la sociedad occidental y al entorno cultural al que pertenece – como en este caso- quien investiga. Como mencioné en el apartado de reflexiones metodológicas, en muchas de las historias de las mujeres de Villatina, vi experiencias entrecruzadas con mujeres que han hecho parte de mi legado familiar, esto, sumado a los imaginarios y estereotipos sexo – genéricos que no son ajenos a ninguna persona, planteo un reto aún mayor para observar las prácticas de sobrevivencia y resistencias de las mujeres.

Y es que la feminidad se ha asociado culturalmente con el sufrimiento, al punto de posicionar una narrativa de vulnerabilidad que más que reconocer las violencias sexuales y de género, a las que son sometidas las mujeres, genera una mutilación de agencia sobre éstas. Mientras más se sufre, mejor madre se es. La expresión reiterada: “Yo he tenido una vida muy horrible” es profundamente real, y a la vez, es muestra de un discurso que busca reiterar el dolor como un lugar irrenunciable para las mujeres.

Por tal motivo, al interior de los relatos prevalecían las violencias y duelos como estados perdurables, dejando la capacidad de agencia como un atisbo minúsculo. Esta invisibilización no es fortuita, ronda en las mujeres y en el propio entorno cultural de nuestra sociedad, debido a que la fuerza no se integra desde lo femenino, por el contrario, es un valor asociado principalmente a lo varonil.

Sería importante incorporar estas reflexiones a futuros acercamientos investigativos en torno a la construcción de subjetividades políticas de las mujeres. Agudizando el análisis y la interpelación sobre campos como las cotidianidades y mismidades, que, aunque son lejanos a escenarios más “tradicionales” de la antropología, aguardan perspectivas necesarias que aun en la actualidad continúan siendo inexploradas.

El segundo y final aspecto que cabe mencionar, es que a lo largo de este trabajo de grado emergieron dos temáticas que considero importantes para solidificar la potencialidad de leer las conflictividades urbanas desde un enfoque feminista: las relaciones sexo – afectivas y el cuidado. En los relatos de las mujeres, emergió la articulación entre el control territorial que pretendían

---

instaurar algunos actores armados con el control sexo – afectivo hacía las mujeres jóvenes, quienes no podían vincularse con hombres que pertenecieran a bandos enemigos.

Por otro lado, el cuidado sigue interpelándome enormemente como un campo desde el cual las mujeres han estado sometidas, pero a la vez, han encontrado maneras de sobrevivir junto con sus familias ante los horrores de la confrontación armada y el hambre. Y es que, ante un panorama en el que la mayoría de hombres acciona desde el afuera, las mujeres se han quedado en los entornos privados supliendo el trabajo reproductivo necesario que sostiene a los grupos domésticos; cabría preguntarse ¿Qué pasaría si las mujeres no suplieran estas laborales de cuidado? ¿Será que dimensionaríamos lo insostenible de la guerra?

El momento histórico que como sociedad y academia estamos atravesando en Colombia, nos reclama construir posibilidades que no encierren nuestro día a día en el horror de la guerra. Quizás, observar el trabajo invisibilizado que han ejercido millones de madres en nuestro país pese al dolor de la pérdida y dimensionar la preservación del cuidado por la vida al que nos abogan, es una de las tantas formas, que nos permitirán más que sobrevivir, construir un país en el que se pueda convivir dignamente.

### Referencias

- Abierta, V. (2009). El hombre que creó el bloque Metro y lo exterminó. *VerdadAbierta.com*.  
<https://verdadabierta.com/sotelo-acabo-con-el-frente-que-creo/>
- Abu-Lughod, L., Viveros, M., Gómez, D., & Ojeda, D. (2019). *Antropología y feminismo* (A. Caicedo, Ed.; primera). Asociación Colombiana de Antropología.
- Agencia Prensa Rural, I. (2008). *La masacre de Villatina, un triste recuerdo de Medellín*.  
<https://prensarural.org/spip/spip.php?article1643>
- Aguilar, P. (2011). La feminización de la pobreza: Conceptualizaciones actuales y potencialidades analíticas. *Revista Katálisis*, 14(1), 126-133. <https://doi.org/10.1590/S1414-49802011000100014>
- Alcaldía de Medellín. (2018). *Historias de vida. Comuna 8* (Nº 1; pp. 1-203). Alcaldía de Medellín.
- Alonso, M., Giraldo, J., & Sierra, D. (2007). Medellín: El complejo camino de la competencia armada. En M. Romero (Ed.), *Parapolítica. La ruta de expansión paramilitar y los acuerdos políticos* (primera). Torre Gráfica.
- Atehortúa, A., & Rojas, D. (2008). El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos. *Historia y espacio*, 4(31), 7.
- BBC. (2021). El mercenario escocés contratado para matar a Pablo Escobar. *BBC News Mundo*.  
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-56355882>
- Beauvoir, S. (1949). *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Siglo XX.
- Beltrán, I., Ojeda, D., & Rivera, C. (2019). La “princesa antropóloga”: Disciplinamiento de cuerpos feminizados y método etnográfico. *Nómadas*, 51, 99-115.  
<https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a6>
- Berrío, A., Grisales, M., & Osorio, R. (2001). *Violencia y subjetividad* (primera). Universidad de Antioquia.

- 
- Blair, E., Hernández, M. G., & Guzmán, A. M. M. (2009). *Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: Otra «clave» para leer el conflicto en Medellín*. 26.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (A. Muñoz, Trad.; Paidós Líberica, S.A).
- Cabrera, P. (2009). *Antropología de la subjetividad* [Plataforma]. Antropología de la subjetividad. <http://www.antropologiadelasubjetividad.com/>
- Cabrera, P., Desjarlais, R., & Faretta, F. (2017). *Antropología de la subjetividad*. EFL, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Centro de Memoria Histórica. (2018). *Memoria histórica con víctimas de violencia sexual: Aproximación conceptual y metodológica*. <https://bit.ly/3NSAM2m>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales. (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, Corporación Región, Colombia. Ministerio del Interior, Medellín. Alcaldía, Universidad Eafit, & Universidad de Antioquia. (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana*. Centro Nacional de Memoria Histórica Universidad EAFIT Universidad de Antioquia. <https://bit.ly/3ajkmCJ>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (2005). *Informe N° 105/05. Caso 11.141. Solución amistosa masacre de Villatina Colombia* [Comisión Interamericana de Derechos Humanos]. <http://www.cidh.oas.org/annualrep/2005sp/colombia11141.sp.htm>
- El Tiempo. (2017). *30 años del deslizamiento en Villatina, una tragedia que no se olvida*. El Tiempo. <https://bit.ly/2SOpfps>

- Elias, N. (2003). Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros. *Reis*, 104, 219.  
<https://doi.org/10.2307/40184576>
- Federici, S. (2003). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (primera). Traficante de sueños.
- Federici, S. (2014). *Es un engaño que el trabajo asalariado sea la clave para liberar a las mujeres* (A. Aguilar) [Interview]. <https://bit.ly/3OVrMuQ>
- Franco, V. L. (2003). Violencias, conflictos urbanos, guerra civil: El caso de Medellín en los noventa. En *Violencias y conflictos urbanos: Un reto para las políticas públicas* (Instituto Popular de Capacitación-IPC).
- Gil, M. Y. (2009). *Paramilitarismo y conflicto urbano: Relaciones entre el conflicto político armado nacional y las violencias preexistentes en la ciudad de Medellín: 1997-2005*. Universidad de Antioquia.
- Goldstein, J. S. (2002). La correspondencia entre género y guerra. *Debate Feminista*, 25.  
<https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2002.25.623>
- Guber, R. (2001). *La Etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.
- Herrera, C. (2020). Definición de «Amor Romántico», por Coral Herrera. *Blog de Coral Herrera Gómez*. <https://haikita.blogspot.com/2020/07/definicion-de-amor-romantico.html>
- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, monjas, putas, presas y locas* (cuarta). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lagarde, M. (2017). La soledad y la desolación, por Marcela Lagarde. *Mujer del mediterráneo*.  
<https://bit.ly/3uxbrEu>
- Londoño, L. M. (2005). *La corporalidad de las guerreras: Una mirada sobre las mujeres combatientes desde el cuerpo y el lenguaje*. 21, 67-74.



- Márquez, F. (1998). *La comuna 8 de la zona 3 de Medellín. Aspectos de su proceso de poblamiento y actores sociales: Para acercarse a las conflictividades y las dinámicas juveniles*. Universidad de Antioquia.
- Medellín Basta Ya. (2015). *Propuesta de glosario: Componente de resistencia y sobrevivencias*.
- Millett, K. (1969). *Política sexual*. Cátedra S.A.
- Molano, A. (2015). Fragmentos de la historia del conflicto armado (1910—2010). En Comisión Histórica del Conflicto y sus víctimas (Ed.), *Contribución al entendimiento del conflicto armado en Colombia*. Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas.
- Nieto, J. (2009). Resistencia civil no armada en Medellín. La voz y la fuga de las comunidades urbanas. *análisis político*, 67, 38-59.
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Espasa. <https://bit.ly/3NKZwJH>
- Quiceno, N. (2008). Puesta en escena, silencios y momentos del testimonio. El trabajo de campo en contextos de violencia. *Estudios Políticos*, 33, 181-208.
- Quiceno, N., Muñoz, A., & Montoya, H. (2008). *Memoria y Territorio*. Secretaría de Cultura Ciudadana Proyecto Memoria y Patrimonio.
- Quintero, A. (s. f.). *Bibliografía Recomendada comuna 8 de Medellín «Hemeroteca—Publicaciones seriadas*. Hemeroteca. Recuperado 30 de junio de 2022, de <https://bit.ly/3AAVQHQ>
- Ruta Pacífica de las Mujeres (Ed.). (2013). *La verdad de las mujeres en el conflicto armado en Colombia Tomo II*. G2 Editores.
- Salazar, A. (2010). *Mujeres, Guerreras, Amantes, Madres: La participación de las mujeres dentro del conflicto armados en barrios de Jesús en la comuna 9 de la ciudad de Medellín*. Universidad de Antioquia.

- 
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres* (primera). Traficante de sueños.  
[https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45\\_segato\\_web.pdf](https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf)
- Serano, J. (2011). El privilegio cissexual. En *Whipping Girl: El Sexismo y la Demonización de la Femenidad desde el punto de vista de una Mujer Trans*. <https://bit.ly/3bQRqCd>
- Serna, C. (2011). La naturaleza social de los desastres asociados a inundaciones y deslizamientos en Medellín (1930-1990). *Historia Crítica*, 43, 198-223.  
<https://doi.org/10.7440/histcrit43.2011.11>
- Vélez, R., López, G., Cabrera, R., & Montero, L. (2004). *Gobernabilidad local en Medellín: Configuración de territorialidades conflictos y ciudad* (Escuela Superior de Administración Pública-ESAP).
- Zapata, M. (1994). *Una pompa de jabón: Villatina*. Corporación Región.